

PARIS ERA UNA FIESTA



Ernest
Hemingway

Lectulandia

París era una fiesta, el primer escrito de Hemingway que vio la luz póstumamente, despliega el mítico panorama de la ciudad de París, la capital de la literatura americana hacia 1920. La obra es una mezcla fascinante de paisajes líricos y agudamente personales, con otros más contundentes y anecdóticos en torno a sus años de juventud en aquel encantado lugar en el que fue «muy pobre pero muy feliz», en un tiempo de ilusión entre dos épocas de atrocidad.

Diario del hombre y del escritor, crónica de una época y una generación irrepetibles, este texto alinea en sus páginas a figuras como Gertrude Stein, Ezra Pound, Scott Fitzgerald o Ford Madox Ford. El París cruel y adorable, poblado por la extraordinaria fauna de la «generación perdida» y sus precursores, el ideal de juventud para Hemingway, protagoniza este vivaz testamento tan entremezclado de realidad, deseo y remembranza que Manuel Leguineche prologa sin escatimar entusiasmo.

Lectulandia

Ernest Hemingway

París era una fiesta

ePUB v1.0

vidadoble 30.12.11

más libros en lectulandia.com

Título original:
A Moveable Feast

Primera edición
en Biblioteca Formentor: junio 2001
Segunda edición: enero 2003
Tercera edición: marzo 2005

© Hemingway Foreign Rights Trust

Derechos exclusivos de edición
en castellano reservados para todo el mundo:
© Editorial Seix Barral, S. A., 1964,2005
Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
www.seix-barral.es

© Prólogo: Manuel Leguineche, 2001
© Traducción: Gabriel Ferrater

ISBN: 84-322- 1969-X
Depósito legal: M. 10.889 - 2005
Impreso en España

Prólogo

Su amigo Charles Ritz, el dueño del hotel del mismo nombre en París, descubrió en un sótano situado bajo la cocina dos polvorientas maletas con papeles, notas, borradores, viejos libros, recortes de periódico. Pertenecían a Hemingway. Veintiocho años después Hem, o Papa, o Tatie, o Ernesto recibió los olvidados materiales. A partir de aquí, según algunos de sus biógrafos, se puso a escribir París era una fiesta, con los apuntes de aquella feliz época de entreguerras. Para otros A Moveable Feast, que es el título original de las memorias parisienses, estaba en el telar Hemingway sin que hubiera necesitado de notas o reminiscencias escritas.

Éste es uno de tantos misterios en torno a la obra. Mary Welsh, ex periodista de Time y última esposa de Hemingway, aseguró que Ernesto, como me pidió que le llamara cuando lo conocí en una corrida de toros en Calahorra (Rioja), había puesto la palabra «fin» meses antes de su suicidio. Pero Gianfranco Ivancich, un invitado y amigo de la familia, hermano de Adriana, de la que el suicida estaba enamorado, y que se alojó en su casa un día después de su muerte, encontró sobre el carro de la máquina de escribir un folio que correspondía a París era una fiesta. Este título se utiliza hoy para todas las ocasiones, «Madrid era una fiesta», «El estadio era una fiesta» o, hasta como leí una vez, «la fiesta era una fiesta».

Mary Welsh tomó el título del libro de la carta de Hemingway a un amigo en 1950: «Si tienes la suerte de haber vivido en París cuando joven, luego París te acompañará, vayas adonde vayas, todo el resto de tu vida, ya que París es una fiesta que nos sigue ["a moveable feast"].» La excitación de la posguerra, la recuperación de los traumas que sufrió con sus múltiples heridas en Fossalta, donde servía en ambulancias, el reposo del guerrero, las delicias de Capua, de la gastronomía francesa, el amor por Hadley, su primera esposa, a la que tanto echaría luego de menos, la práctica de los deportes (boxeo, pesca, esquí), la afición a las apuestas en los hipódromos, la galería de amigos, todo está aquí palpitante, vivo, elegíaco, cargado de infinita nostalgia. El manuscrito de París era una fiesta pasó por turbulentas fases, entre una corrida y un disparo contra un elefante. Los cambios de residencia, tan frecuentes, la parte final agónica, con electrochoques en la Clínica Mayo y un delirio generalizado, complicaron la terminación del libro, Mary puso orden en el caos porque Hemingway no era ya capaz de escribir. Un párrafo destinado a la toma de posesión del presidente Kennedy le había costado todo un día de dolorosa redacción.

Pero el mejor Hemingway está en París era una fiesta. Aunque la estructura aparece confusa y desordenada, quedan el estilo, la frescura, el sentido del humor, los diálogos rápidos e intencionados, la descripción de caracteres (tan cruel para con Ford Madox Ford, por ejemplo), un tempo de felicidad conyugal (hasta que

aparece Pauline al final del libro), una ciudad a la altura de sus sueños, caprichos y hedonismos... «París —decía su amiga-enemiga Gertrude Stein— es donde está el siglo xx.» Para el crítico Frank Kermode, en estas páginas el viejo Hemingway escribe sobre el joven pero «con la prosa del segundo, del joven». Es su mejor prosa desde hace por lo menos cuarenta años.

«Fui muy pobre y muy feliz» en el París de la que un garajista llamó «la generación perdida». Mentirá, al menos en la primera parte de la frase. Hemingway aprovecha literariamente el narcisismo de la miseria. Hadley Richardson, de San Luis (el novelista sentía una clara predisposición hacia las chicas de San Luis), recibía anualmente una pensión de tres mil dólares, mas los ocho mil que le tocaron de una herencia. Hem trabajaba como corresponsal del Toronto Star, cubrió desde la pesca en Vigo hasta los efectos de la inflación en Alemania, y cobraba, algo, de las revistas literarias que publicaba entre otros su querida amiga Sylvia Beach, dueña de la librería Shakespeare & Company. Francia como puente hacia Italia, España (Pamplona en San Fermín o Valencia en ferias), hacia África o Key West. En París, escribió Henry James, tan admirado por Hadley, hasta el aire está lleno de estilo. Pero no eran tan pobres como aseguraba Ernesto. En algún momento confiesa con remordimiento que se acercó a Hadley con una mezcla de amor e interés.

Hemingway llega a París con cartas de recomendación de Sherwood Anderson (al que luego tratará muy mal) para Gertrude Stein, Sylvia Beach y Ezra Pound, al que adora. «Sabéis que he nacido para disfrutar de la vida —escribe a sus padres— pero Dios se olvidó del dinero.» La preocupación por las finanzas, los medios de subsistencia, es una obsesión en estas páginas. Exagera. Pero la lucha por la vida, mientras centenares de expatriados malvivían en la orilla izquierda y el Barrio Latino queda bien, induce a la piedad, invita al aplauso. Hem corrió la voz de que boxeaba por diez francos el asalto y que cazaba pichones en los parques públicos para tener algo que llevarse a la boca. La realidad es que no se privaba de nada por muchas que sean sus quejas. La vida era barata. Se calcula que entre 1922 y 1927 unos 35.000 estadounidenses se instalaron en la Ciudad Luz atraídos por la leyenda bohemia y el sentido de libertad y la baratura de los precios. Por un dólar recibías, cuando Hemingway llegó a París, nada menos que quince francos. París, a la que Hem llamó su «querida», bullía de talentos literarios que bebían y se intercambiaban textos. Por allí circulaban Joyce, Pound, Dos Passos o Scott Fitzgerald al que devuelve admiración por paternalismo. «Eres —le dijo Scott Fitzgerald— el primero y el último norteamericano al que quiero conocer en Europa.» El autor de El viejo y el mar confiesa que siente un complejo de superioridad hacia Scott, que ya para entonces había publicado con éxito, entre otros, El gran Gatsby. Zelda Fitzgerald no lo soportaba. «Lo odiaba —señala Aubrey Dillon-Malone— porque era igual que Hemingway.»

Nuestro hombre llamó a la puerta de la casa de Gertrude Stein, en el 27 de la calle Fleurus, en marzo de 1922. La escritora norteamericana («una rosa es una rosa es una rosa») vivía con su amante Alice Toklas, a la que nunca le cayó bien el escritor de Illinois. Veía en él a un rival, «un tipo oportunista empeñado en fabricar su propia leyenda» e hizo todo lo que estuvo en su mano para sabotear esa amistad. Al fin lo logró. De Stein, el Nobel de 1954 dijo que tenía «cara de india pero hablaba como los ángeles». Se hacía llamar Ernest Hemingstein. Gertrude hacía el papel de madre adoptiva del mismo modo que, pasados los años, Hemingway convertiría en «hijas» suyas a Ingrid Bergman o Ava Gardner.

Hemingway, en tiempos de decadencia física, con grandes dificultades, trata de recuperar los años felices de París y lo consigue. Es como volver a vivir una segunda juventud. «Nunca escribas sobre un lugar hasta que estés lejos de él —aconsejó a su amigo el pescador cubano Samuelson—, porque ese alejamiento te da una mayor perspectiva. Después de ver algo puedes trazar una descripción perfecta pero nunca será una escritura creativa.» En efecto, el periodista le puede al novelista. Hem escribe años después, con perspectiva.

Una selección de París era una fiesta se publicó el 10 de abril de 1964 en la revista Life. Tres semanas y media más tarde el libro, editado por Mary Welsh para Scribner's, salió a las librerías con una tirada inicial de 85.000 ejemplares más 204.000 del Club del Libro del Mes. Desde el 24 de mayo hasta el 6 de diciembre aguantó en la lista de libros más vendidos del New York Times, con diecinueve semanas en el primer lugar. La acogida no pudo ser más extraordinaria. Stanley Kauffman del New Republic llamó a las memorias «una pequeña mina de diamantes». «El mejor libro de Hemingway desde los años 20», aplaudía otro respetado crítico. El novelista George Plimpton lo vio de otra manera. Más allá del catálogo de comidas y de vinos, de las calles y cafés de París, «el París era... rezuma caos y muerte». Es la muerte, la «gran puta», la llamada que le espera en la boca de una escopeta inglesa de caza de cañones paralelos. Enfermo, deprimido y paranoico («el FBI me sigue» y algo había de cierto en ello), Ernesto sufre constantes crisis de llanto. El hombre puede ser derrotado pero no vencido. París quedaba ya muy lejos cuando, como todas las noches, en su casa de Ketchum, Idaho, Mary le cantó una canción italiana que le gustaba mucho Tutti mi chiamano bionda (Todos me llaman rubia) a lo que Hemingway, de 61 años, respondió como siempre «pero no soy rubia». Después le deseó buenas noches a su esposa y, aunque Mary había escondido sus armas de fuego, Ernesto sabía donde estaba la llave. Bajó a la cocina, tomó la llave, sacó del armario la escopeta del 12 y se pegó un tiro que le voló el cráneo. Había perdido la última batalla contra sí mismo.

MANUEL LEGUINECHE

*Si tienes la suerte de haber vivido en París cuando joven,
luego París te acompañará,
vayas adonde vayas, todo el resto de tu vida,
ya que París es una fiesta que nos sigue.*

De una carta de Ernest Hemingway a un amigo (1950).

Nota

Ernest empezó a escribir este libro en Cuba en el otoño de 1957, lo trabajó en Ketchum (Idaho) en el invierno de 1958-1959, se lo llevó a España en nuestro viaje de 1959, y siguió con el libro de vuelta a Cuba y luego a Ketchum, a fines de otoño. Lo terminó en la primavera de 1960 en Cuba, después de una interrupción para escribir otro libro, El verano peligroso, que trataba de la violenta rivalidad entre Antonio Ordóñez y Luis Miguel Dominguín por las plazas de toros españolas en 1959. Retocó el libro en el otoño de 1960 en Ketchum. El libro trata de los años que van de 1921 a 1926, en París.

MARY HEMINGWAY

Prefacio

Por razones que al autor le bastan, a muchos lugares, personas, observaciones e impresiones no se les ha dado cabida en este libro. Hay secretos, y hay cosas que todo el mundo sabe y de que todo el mundo ha escrito y sin duda volverá a escribir.

No se encontrará mención del Stade Anastasie, donde los boxeadores servían de camareros a las mesas entre árboles, y el ring estaba en el jardín. Ni de los entrenamientos con Larry Gains, ni de los grandes combates a veinte asaltos en el Cirque d'Hiver. Ni de buenos amigos como fueron Charlie Sweeney, Bill Bird y Mike Strater, ni de André Masson ni de Miró. No se dice palabra de nuestros viajes a la Selva Negra, ni de las exploraciones de un día por los bosques que tanto nos gustaban, alrededor de París. Sería estupendo que todo hubiera cabido en el libro, pero por ahora nos quedamos con las ganas.

Si el lector lo prefiere, puede considerar el libro como obra de ficción. Pero siempre cabe la posibilidad de que un libro de ficción arroje alguna luz sobre las cosas que fueron antes contadas como hechos.

ERNEST HEMINGWAY

San Francisco de Paula, Cuba, 1960.

Un buen café en la Plaza Saint-Michel

Para colmo, el mal tiempo. Se nos echaba encima en un solo día, al acabarse el otoño. Teníamos que cerrar las ventanas de noche por la lluvia, y el viento frío arrancaba las hojas a los árboles de la place Contrescarpe. Las hojas se pudrían de lluvia por el suelo, y el viento arrojaba lluvias al gran autobús verde en la parada de término, y el Café des Amateurs se llenaba y el calor y el humo de dentro empañaban los cristales. Era un café tristón y mala sombra, y allí se agolpaban los borrachos del barrio y yo me guardaba de entrar porque olía a cuerpo sucio y la borrachera olía a acre. Los hombres y mujeres que frecuentaban el Amateurs andaban bebidos casi siempre, o sea siempre que el dinero les alcanzaba; generalmente pedían vino, litros o medios litros. Había anuncios de aperitivos con nombres raros, pero casi nadie era bastante rico, o en todo caso echaban un cimiento de aperitivo para luego edificar su trompa de vino. A las borrachas las llamaban *poivrottes*, que quiere decir alcohólico, pero en mujer.

El Café des Amateurs era la sentina de la rué Mouffetard, aquel encanto de callejuela con tiendas y puestos de mercado que iba a la place Contrescarpe. En las viejas casas de vecindad, los retretes en cuclillas, uno en cada piso dando a la escalera, con las dos eminencias en forma de zapato a cada lado del agujero, de cemento y con una cuadrícula para que el *locataire* no resbalara, se vaciaban en sentinas a las que vaciaban de noche con una bomba y volcaban en la cuba de un carro de caballos. En verano, con todas las ventanas abiertas, oíamos la bomba y el olor era fuerte. Los carros con las cubas iban pintados en marrón y azafran, y rué Cardinal-Lemoine arriba, a la luz de la luna, los cilindros con ruedas tras sus caballos parecían cuadros de Braque. Pero nadie vaciaba el Café des Amateurs, y el amarillo aviso en la pared que daba los horarios y las penas de ordenanza para la embriaguez pública se veía cagado de moscas y desdeñado en la medida misma en que los clientes eran permanentes y malolientes.

Toda la tristeza de la ciudad se nos echó encima de pronto con las primeras lluvias frías de invierno, y al pasear no se les veía remate a los caserones blancos, sólo el negro húmedo de la calle y las puertas cerradas de los tenduchos, los herbolarios, las tiendas de papelería y periódicos, la comadrona (de segunda clase), y el hotel donde Verlaine murió y yo tenía alquilado un cuarto en el último piso y allí trabajaba.

Calculé que eran seis u ocho tramos hasta el último piso y que hacía mucho frío, y me sabía cuánto valían unas cuantas ramitas de pino, más tres haces de teas atadas con alambre y largas como medio lápiz, y cuando el fuego de las ramitas prende en las teas hay que tener uno de aquellos haces de leña medio húmeda, y con menos no se enciende a la chimenea como para calentar el cuarto. De modo que pasé a la otra

acera y miré al tejado aguantando lluvia, para ver si había chimeneas con humo y qué tal salía el humo. Pero no se veía ningún humo y pensé que la chimenea estaría fría y el tiro iba a ser un problema, y a lo mejor el cuarto se me llenaba de humo y desperdiciaba la leña y el dinero se me iba en nada, y eché a andar bajo la lluvia. Pasé ante el Lycée Henri-Quatre y aquella iglesia antigua de Saint-Etienne-du-Mont y por la place du Panthéon que el viento barría, y doblé a la derecha para guarecerme y al fin alcancé el lado de sotavento del boulevard Saint-Michel, y aguanté caminando más allá del Cluny en la esquina del boulevard Saint-Germain, hasta que llegué a un buen café que ya conocía, en la Place Saint-Michel.

Era un café simpático, caliente y limpio y amable, y colgué mi vieja gabardina a secar en la percha y puse el fatigado sombrero en la rejilla de encima de la banqueta, y pedí un café con leche. El camarero me lo trajo, me saqué del bolsillo de la chaqueta una libreta y un lápiz y me puse a escribir. Estaba escribiendo un cuento que pasaba allá en Michigan, y como el día era crudo y frío y resoplante, un día así hizo en mi cuento. Por entonces, ya los fines de otoño se me habían echado encima de niño y de muchacho y de joven, y, puestos a describirlos, en unos lugares salía mejor que en otros. A eso se le llama trasplantarse, pensé, y a lo mejor les conviene tanto a las personas como a otras especies cuando crecen. Pero en mi cuento los amigos bebían unas copas y me entró sed y pedí un ron Saint James. Sabía a maravilla con aquel frío y seguí escribiendo, sintiéndome muy bien y sintiendo que el buen ron de la Martinica me corría, cálido, por el cuerpo y por el espíritu.

Una chica entró en el café y se sentó sola a una mesa junto a la ventana. Era muy linda, de cara fresca como una moneda recién acuñada si vamos a suponer que se acuñan monedas en carne suave de cutis fresco de lluvia, y el pelo era negro como ala de cuervo y le daba en la mejilla un limpio corte en diagonal.

La miré y me turbó y me puso muy caliente. Ojalá pudiera meterla en mi cuento, o meterla en alguna parte, pero se había situado como para vigilar la calle y la puerta, o sea que esperaba a alguien. De modo que seguí escribiendo.

El cuento se estaba escribiendo solo y trabajo me daba seguirle el paso. Pedí otro ron Saint James y sólo por la muchacha levantaba los ojos, o aprovechaba para mirarla cada vez que afilaba el lápiz con un sacapuntas y las virutas caían rizándose en el platillo de mi copa.

Te he visto, monada, y ya eres mía, por más que esperes a quien quieras y aunque nunca vuelva a verte, pensé. Eres mía y todo París es mío y yo soy de este cuaderno y de este lápiz.

Luego otra vez a escribir, y me metí tan adentro en el cuento que allí me perdí. Ya lo escribía yo y no se escribía solo, y no levanté los ojos ni supe la hora ni guardé noción del lugar ni pedí otro ron Saint James. Estaba harto de ron Saint James sin darme cuenta de que estaba harto. Al fin el cuento quedó listo y yo cansado. Leí el

último párrafo y luego levanté los ojos y busqué a la chica y se había marchado. Por lo menos que esté con un hombre que valga la pena, pensé. Pero me dio tristeza.

Cerré la libreta con el cuento dentro y me la metí en el bolsillo de la cartera, y pedí al camarero una docena de portuguesas y media jarra del blanco seco que allí servían. Al terminar un cuento me sentía siempre vaciado y a la vez triste y contento, como si hubiera hecho el amor, y aquella vez estaba seguro de que era un buen cuento, aunque para saber hasta dónde era bueno había que esperar a releerlo al día siguiente.

Comiendo las ostras con su fuerte sabor a mar y su deje metálico que el vino blanco fresco limpiaba, dejando sólo el sabor a mar y la pulpa sabrosa, y bebiendo el frío líquido de cada concha y perdiéndolo en el neto sabor del vino, dejé atrás la sensación de vacío y empecé a ser feliz y a hacer planes.

Ya que el mal tiempo había llegado, nos convenía cambiar un poco París por un lugar donde aquella lluvia fuera nieve cayendo entre pinos y cubriendo la carretera y las laderas empinadas, a una altura bastante para que la nieve nos cruzara al andar de vuelta a casa por la noche. Al pie de Les Avants había un chalet con una pensión estupenda, donde estaríamos juntos y con los libros y calientes en la cama juntos por la noche con las ventanas abiertas y las estrellas brillando. Era el lugar que nos convenía. Viajar en tercera no es caro. La pensión cuesta poco más de lo que gastamos en París.

Dejando el cuarto de hotel donde escribía quedaba sólo el alquiler de 74 rue Cardinal-Lemoine que era nominal. Tenía trabajo hecho para periódicos de Toronto que todavía no había cobrado. Cosas para periódicos las podía escribir en cualquier lugar y de cualquier humor, y el dinero del viaje lo teníamos.

Tal vez, lejos de París, podría escribir sobre París tal como en París era capaz de escribir sobre Michigan. Pero no me daba cuenta de que eso era prematuro, porque todavía no conocía París bastante bien. Aunque llegó un día en que fue verdad. En todo caso, la cosa entonces era marcharnos si mi mujer quería, y terminé las ostras y el vino y pagué la cuenta, y tomé el camino más corto para subir a la Montagne Sainte- Geneviève atravesando la lluvia, que por entonces, era ya un fenómeno climático local mientras que antes nos transformaba la vida, y llegué al piso en la cumbre de la loma.

—Me parece muy buen idea, Tatie —dijo mi mujer. Tenía una cara de modelado suave y los ojos y la sonrisa se le iluminaban ante cada decisión ofrecida, como si fuera un regalo de valor—. ¿Cuándo nos marchamos?

—Cuando quieras.

—Yo quiero en seguida. ¿No lo sabes ya?

—A lo mejor se pone estupendo y claro cuando volvamos. Muchas veces es una maravilla cuando se pone claro y frío.

—Sí que se pondrá de maravilla —dijo ella—. Me hace mucha ilusión. Has tenido una buena idea.

Miss Stein da enseñanzas

Cuando volvimos a París los días eran claros y fríos y de maravilla. La ciudad se había puesto en armonía con el invierno, vendían leña buena en la carbonería de enfrente, y muchos cafés buenos habían puesto braseros fuera, de modo que podíamos sentarnos al calor de las terrazas. Teníamos el piso caliente y alegre. En la chimenea quemábamos *boulets*, que eran polvo de carbón comprimido en forma de huevo, y por las calles era hermosa la luz de invierno. Ya nos habíamos acostumbrado a los árboles desnudos rayando el cielo, y paseábamos por la gravilla rociada de las sendas del Luxemburgo bajo el viento vivo y claro. Si nos conformábamos con los árboles sin hojas podíamos mirarlos como esculturas, y los vientos de invierno se veían soplar en los estanques y estaba su soplo en los surtidores a la luz límpida. Todas las distancias se nos hacían cortas, ahora que volvíamos de las sierras.

Gracias al cambio de altura, si alguna vez notaba las pendientes de las lomas era con agrado, y era un gusto subir hasta el último piso del hotel donde me encerraba a trabajar, en un cuarto con vistas a todos los tejados y chimeneas de aquel barrio en pendiente. La chimenea del cuarto tenía buen tiro y se estaba caliente y se trabajaba a gusto. Me subía mandarinas y castañas asadas en bolsas de papel, y comía las mandarinas menudas y arrojaba mondas y escupía las pipas al fuego, y cuando tenía hambre comía también castañas tostadas. Siempre tenía hambre, de tanto andar y frío y trabajar. En el cuarto guardaba una botella de kirsch que trajimos de la montaña, y echaba un trago de kirsch cuando se acercaba el fin de un cuento o el fin de una jornada de trabajo. Cuando daba por concluido el trabajo de un día, guardaba el cuaderno o los papeles en el cajón de la mesa y si quedaban mandarinas me las metía en el bolsillo. Se hubieran helado por la noche en aquel cuarto.

Era una maravilla bajar los largos tramos de escaleras y tener conciencia de que el trabajo se me había dado bien. Cada día seguía trabajando hasta que una cosa tomaba forma, y siempre me interrumpía cuando veía claro lo que tenía que seguir. Así estaba seguro de continuar al día siguiente. Pero a veces, cuando empezaba un cuento y no había modo de que arrancara, me sentaba ante la chimenea y apretaba una monda de mandarina y caían gotas en la llama y yo observaba el chisporroteo azulado. De pie, miraba los tejados de París y pensaba: «No te preocupes. Hasta ahora has escrito y seguirás escribiendo. Lo único que tienes que hacer es escribir una frase verídica. Escribe una frase tan verídica como sepas.» De modo que al cabo escribía una frase verídica, y a partir de allí seguía adelante. Entonces se me daba fácil porque siempre había una frase verídica que yo sabía o había observado o había oído decir. En cuanto me ponía a escribir como un estilista, o como uno que presenta o exhibe, resultaba que aquella labor de filacterio y de voluta sobraba, y era mejor cortar y poner en cabeza la primera sencilla frase indicativa verídica que hubiera escrito. En aquel

cuarto tome la decisión de escribir un cuento sobre cada cosa que me fuera familiar. Tenía esa intención presente siempre que escribía, y me daba una disciplina buena y severa.

En aquel cuarto aprendí también a no pensar en lo que tenía a medio escribir, desde el momento en que me interrumpía hasta que volvía a empezar al día siguiente. Así mi subconsciente haría su parte de trabajo y entretanto yo escucharía lo que se decía y me fijaría en todo, con suerte; y aprendería, con suerte, y leería para no pensar en mi trabajo y volverme impotente para rematarlo. Bajar la escalera cuando el trabajo se me daba bien, en lo cual entraba suerte tanto como disciplina, era una sensación maravillosa y luego estaba libre para pasear por todo París.

Podía elegir entre varias calles para bajar por la tarde hasta el jardín del Luxemburgo, y paseaba por el jardín y entraba en el museo del Luxemburgo, donde estaban las grandes pinturas que luego trasladaron al Louvre y al Jeu de Paume. Iba casi cada día por los Cézanne, y por ver los cuadros de Manet y Monet y los demás impresionistas con los que tuve un primer contacto en el Art Institute de Chicago. Iba yo aprendiendo algo en la pintura de Cézanne, y resultaba que escribir sencillas frases verídicas distaba buen trecho de lograr que un cuento encerrara todas las dimensiones que yo quería meterle. Iba aprendiendo mucho de aquel hombre, pero entonces no sabía expresarme bastante como para decírselo a nadie. Además era un secreto. Pero en cuanto me faltaba luz en el Luxemburgo, cruzaba los jardines y subía al apartamento en forma de estudio donde vivía Gertrude Stein, en el 27 de la rue de Fleurus.

Mi mujer y yo visitamos a Miss Stein, y tanto ella como la amiga con quien vivía estuvieron muy cordiales y amistosas, y nos gustó mucho aquel gran estudio con sus cuadros de primera. Era como una de las mejores salas de un museo admirable, con la diferencia de que allí había una gran chimenea y se estaba caliente y cómodo, y nos daban bien de comer y té y holandas naturales de ciruelas rojas o amarillas o de moras silvestres. Eran aguardientes aromáticos e incoloros, que traían en jarras de cristal tallado y servían en copitas minúsculas, y tanto el *quetsche* como la *mirabelle* o la *framboise* sabían a los frutos de que provenían, un sabor transformado en fuego discreto y reservado que al ponerlo en la lengua se soltaba y nos confortaba con su calidez.

Miss Stein era muy voluminosa, pero no alta, de arquitectura maciza como una labriega. Tenía unos ojos hermosos y unas facciones rudas, que eran de judía alemana, pero hubieran podido muy bien ser friulanas, y yo tenía la impresión de ver a una campesina del norte de Italia cuando la miraba con sus ropas y su cara expresiva y su fascinador, copioso y vivido cabello de inmigrante, peinado en un moño alto que seguramente no había cambiado desde que era una muchacha. Miss Stein hablaba sin parar y al principio de nuestra amistad no hablaba más que de

personas y de lugares.

Su compañera tenía una voz muy agradable, era pequeña y muy morena, peinada como Juana de Arco en los dibujos de Boutet de Monvel, y de nariz muy ganchuda. Estaba haciendo un bordado cuando nuestra primera visita, y siguió con su labor mientras atendía a la comida y la bebida y daba conversación a mi mujer. Su costumbre era sostener un diálogo y escuchar otros dos e intervenir a menudo en un diálogo que no era el suyo. Más adelante me explicó que ella estaba encargada de dar conversación a las esposas. Mi mujer y yo nos dimos cuenta de que a las esposas sólo se las toleraba. Pero Miss Stein y su amiga nos eran simpáticas, aunque la amiga asustaba un poco. Los cuadros y los pasteles y los aguardientes eran de verdadera maravilla. Al parecer también a ellas les éramos simpáticos y nos trataban como si fuéramos niños muy buenos y bien educados y precoces, y tuve la impresión de que nos perdonaban el estar enamorados y casados (con el tiempo, ya nos enmendaríamos), y cuando mi mujer las invitó para el té, aceptaron.

Cuando vinieron a casa pareció que todavía nos cogían más cariño, pero tal vez fuera porque el piso era tan pequeño y nos acercaba mucho más unos a otros. Miss Stein se sentó en la cama que era un somier en el suelo y quiso ver los cuentos que tenía escritos y le gustaron salvo uno que se titulaba «Allá en el Michigan».

—Es bueno —dijo—, eso no se discute. Pero es *inaccrochable*, no se puede colgar. Quiero decir que es como un pintor que pinta un cuadro y luego cuando hace una exposición no puede colgarlo en público y nadie se lo va a comprar porque tampoco pueden colgarlo en una habitación.

—¿Pero no piensa usted que tal vez no sea indecente, que uno pretende sólo emplear las palabras que los personajes emplearían en la realidad? ¿Que hacen falta esas palabras para que el cuento suene a verdadero, y no hay más remedio que emplearlas? Son necesarias.

—Es que no se trata de eso —dijo ella—. Uno no debe escribir nada que sea *inaccrochable*. No se saca nada con hacer eso. Es una acción mala y tonta.

Ella por su parte quería que la publicaran en el *Atlantic Monthly*, según me dijo, y estaba segura de conseguirlo. Dijo que yo no era bastante buen escritor para aquella revista o para el *Saturday Evening Post* aunque tal vez tuviera un estilo nuevo de escribir a mi manera, pero lo primero que tenía que meterme en la cabeza era no escribir cuentos que fueran *inaccrochables*. No se lo discutí ni intenté volver a explicar la intención de mis diálogos. Era asunto mío y me interesaba más escuchar que hablar. Aquella tarde nos enseñó también el modo de comprar cuadros.

—Uno puede comprarse vestidos o cuadros —dijo—. Eso es todo. Hay que ser riquísimo para permitirse ambas cosas a la vez. Dele poca importancia al vestir y no le dé ninguna a la moda, cómprese vestidos cómodos y que duren, y con lo ahorrado en vestir podrá comprar cuadros.

—Pero es que aunque no me compre otro traje en mi vida —dije—, nunca tendré dinero para comprar los Picassos que quisiera.

—No, claro. No está a su alcance. Usted tiene que comprar a pintores de su edad, a chicos de su quinta. Ya les conocerá. Se encontrarán por el barrio. Siempre salen nuevos pintores serios y buenos. Pero lo que importa no son los trajes que usted pueda comprarse. Se tratará siempre de su esposa. Vestir a una mujer es lo que sale caro.

Vi que mi mujer procuraba no mirar a las extrañas ropas de batalla con que Miss Stein se cubría, y que lo lograba. Las dos señoritas nos dejaron sin retirarnos su favor a lo que me pareció, y fuimos invitados a volver al 27 de la rué de Fleurus.

Algún tiempo después yo fui invitado a pasar por el estudio a cualquier hora después de las cinco, todo el invierno. Encontré a Miss Stein en el Luxemburgo. No logro recordar si estaba paseando a su perro, ni siquiera si tenía un perro entonces. Yo me estaba paseando a mí mismo, porque entonces no podíamos mantener ni perro ni gato, y mis únicos gatos conocidos eran los de los cafés o restaurantillos, o los grandes gatos que se hacían admirar en las ventanas de las porterías. Más adelante, a menudo encontré a Miss Stein con su perro en los jardines del Luxemburgo, pero me parece que por entonces todavía no lo tenía.

En todo caso, con perro o sin perro acepté su invitación, y me acostumbré a dejarme caer por el estudio, y ella me servía siempre el *eau-de-vie* natural, y ponía puntillo en servirme otra copa, y yo miraba los cuadros y charlábamos. Los cuadros me entusiasmaban y la charla era muy buena. Ella hacía el gasto y me hablaba de pintura moderna y de los pintores, más como personas que como pintores, y me hablaba de su propia obra. Me enseñó los muchos tomos que tenía manuscritos y que su compañera iba pasando a máquina. Dedicar cada día cierto tiempo a escribir la hacía feliz, pero a medida que la fui conociendo mejor me di cuenta de que para sostener su felicidad hacía falta que aquella producción diaria, incesante pero variable según su energía, se publicara y tuviera éxito.

La crisis no era todavía aguda cuando la conocí, gracias a que tenía publicados tres relatos perfectamente inteligibles para todo el mundo. Uno de ellos, «Melanctha», era muy bueno, y unas muestras buenas de sus experimentos de estilo se habían publicado en un volumen y las habían elogiado los críticos que eran amigos o conocidos suyos. Ella tenía tanta personalidad que cuando quería ganarse a alguien no había modo de resistirse, y muchos críticos que la visitaron y vieron sus cuadros dieron por buenos escritos suyos que no alcanzaban a comprender, simplemente porque ella les entusiasmaba como persona y porque tenían confianza en su sentido crítico. Por otra parte en cuestiones de ritmo y de emplear palabras en repetición ella había descubierto verdades válidas y valiosas, y sabía comentarlas.

Pero le repugnaba el trabajo peonero de retocar y corregir, y contra la obligación

de hacerse entender se sublevó, por mucha que fuera su necesidad de que la publicaran y la aceptaran oficialmente, sobre todo en el libro increíblemente largo que tituló *The Making of Americans*.

El libro empezaba espléndidamente, marchaba muy bien por un largo trecho con pasajes de brillantez majestuosa, y luego se prolongaba interminablemente con repeticiones que un escritor más concienzudo y menos gandul hubiera tirado a la papelera. Llegué a conocerme la obra muy bien cuando convencí (o la verdad, tal vez obligué) a Ford Madox Ford a publicarla por entregas en *The Transatlantic Review*, sabiendo que duraría más que la revista. Tuve que corregir en vez de Miss Stein todas las galeradas de la revista, porque ése era trabajo que no la hacía feliz.

Todo eso se escondía todavía en años por venir, una tarde de frío en que pasé frente a la portería y crucé el viejo patio para alcanzar el calor del estudio. Aquella tarde, Miss Stein me dio enseñanza sexual. Habíamos llegado ya a querernos mucho y yo a aprender la lección de que cada cosa que yo no entendiera tenía probablemente su miga. Miss Stein pensaba que en materia sexual yo era un ser primitivo, y debo admitir que me quedaban prejuicios contra la homosexualidad ya que conocía sus aspectos más toscos. La conocía como la razón para que un muchacho tuviera que llevar un cuchillo y estar dispuesto a usarlo cuando se encontraba en compañía de vagabundos, en los días en que la palabra de «lobo» ya tenía un sentido obsceno en América, pero no designaba precisamente, como ahora, a un obseso por las mujeres. Desde mis días en Kansas City, me sabía muchos términos y frases *inacrocables*, y sabía lo que ocurre en muchos lugares de aquella ciudad y de Chicago y en los barcos que cruzan los grandes lagos de la frontera. Sometido a interrogatorio por Miss Stein, probé de explicarle que cuando uno era un muchacho y andaba en compañía de hombres, uno tenía que estar dispuesto a matar un hombre, y saber cómo se hace y realmente sentirse capaz de hacerlo, si no quería verse molestado por decirlo con un término *acrocable*. Si uno se sentía capaz de matar, los demás se daban cuenta pronto y le dejaban a uno en paz, pero siempre había ciertas situaciones a las que uno no debía dejarse llevar ni por la fuerza ni por la trampa. Hubiera podido expresarme con mayor vividez usando un dicho *inacrocable* que oí a lobos en los barcos de los lagos: «Que cosan las rajan, yo entro por los ojos.» Pero siempre cuide mi lenguaje ante Miss Stein, aunque un dicho verdadero hubiera podido aclarar o expresar mejor mi prejuicio.

—Sí, Hemingway, sí —decía ella—. Pero usted vivía en un medio de delincuentes y de perversos.

No me puse a discutirlo, aunque mi opinión era que yo había vivido en un mundo como los que se dan por ahí, y en el había gentes de toda clase y yo procuré entenderles, aunque a algunos no pude tomarles cariño y por algunos todavía me quedaba odio.

—¿Y qué me dice usted del viejo de modales exquisitos y apellido ilustre, que en Italia me visitaba en el hospital y me traía botellas de Marsala o de Campari y se portaba perfectamente hasta que un buen día tuve que decirle a la enfermera que nunca más le dejara entrar en mi cuarto? —pregunté.

—Ésos son enfermos que no pueden retenerse, y usted debiera compadecerles.

—¿Debo compadecer a Fulano? —pregunté, y dije el nombre, pero le da tanto gusto decirlo él mismo que me parece que no hay necesidad de que lo diga yo por él.

—No. Es un vicioso. Es un corruptor y de verdad vicioso.

—Pero dicen que es buen escritor.

—No lo es —dijo ella—. Es un charlatán que corrompe por el placer de corromper, y arrastra a los demás a otras prácticas viciosas. A las drogas, por ejemplo.

—¿Y el sujeto de Milán a quien debo compadecer no estaba acaso queriendo corromperme?

—Vaya, no diga tonterías. ¿Quién va a corromperle a usted? ¿Quién corrompe a un joven como usted, que bebe alcohol de quemar, con una botella de Marsala? No, hombre, era un viejo desgraciado que no podía gobernarse. Estaba enfermo y no podía retenerse y usted debería compadecerle.

—Ya lo compadecí —dije—. Pero me decepcionó porque sus modales exquisitos me habían impresionado.

Tomé otro sorbo del aguardiente y compadecí al viejo y miré al Picasso que era un desnudo de una chica con una cesta de flores. No era yo quien había iniciado aquella conversación, y me pareció que se ponía peligrosa. Casi nunca había ninguna pausa en una conversación con Miss Stein, pero estábamos en una pausa y ella quería decirme algo y llené mi copa.

—La verdad, Hemingway, en esta cuestión es usted un ignorante —dijo ella—. Sólo ha conocido a delincuentes convictos y a enfermos y viciosos. El punto decisivo es el que el acto que cometen los homosexuales masculinos es feo y repelente, y luego se dan asco a sí mismos. Se emborrachan y se drogan para apagar el asco, pero su acto les repugna y siempre están cambiando de *partenaires* y nunca logran ser verdaderamente felices.

—Ya veo.

—Entre mujeres es lo contrario. No hacen nada que les dé asco ni nada repulsivo; y luego son felices y pueden pasar juntas una vida feliz.

—Ya veo —dije—. ¿Pero qué me dice de Fulana?

—Es una viciosa —sentó Miss Stein—. Es viciosa de verdad, y claro, no logra sentirse feliz más que con gente nueva. Es una corruptora.

—Ya comprendo.

—¿Está seguro de que lo comprende?

Se presentaban tantas cosas que comprender en aquellos días, y me sentí aliviado cuando cambiamos de conversación. El parque estaba ya cerrado de modo que tuve que andar por la rué de Vaugirard y dar la vuelta a todo el parque. Daba una sensación de tristeza ver el parque cerrado y cercado y me ponía triste darle la vuelta en vez de atravesarle y tenía prisa por llegar a la rué Cardinal-Lemoine y meterme en casa. Y un día que había empezado tan claro. Al día siguiente habría que trabajar como una bestia. El trabajo lo cura casi todo, pensaba yo entonces y lo pienso ahora. Luego caí en la cuenta de que para dar gusto a Miss Stein yo no tenía que curarme más que de ser joven y querer a mi mujer. No me sentía triste en absoluto cuando llegué a casa, y comuniqué mi reciente sabiduría a mi mujer. Por la noche nos sentimos felices con la sabiduría que ya teníamos y con otras nuevas sabidurías que habíamos adquirido en las montañas.

«Une génération perdue»

Nada más fácil de adquirir que el hábito de pasar por el 27 de la rue de Fleurus al caer la tarde, por amor a la lumbre y los cuadros magníficos y la conversación. Muchas veces yo era el único visitante, y Miss Stein estuvo siempre muy amable y por un tiempo estuvo cariñosa. Cuando yo volvía de un corto viaje a una conferencia política o al próximo Oriente o a Alemania, enviado por el periódico canadiense o por la agencia de noticias para la que trabajaba, ella me hacía contar todas las anécdotas divertidas. Siempre había incidentes chuscos que le gustaban, y le encantaban también los cuentos de un cómico macabro, lo que los alemanes llaman humor de horca. Miss Stein quería estar al tanto de la parte alegre de lo que ocurría por el mundo; nunca las partes reales, nunca las partes malas.

Yo era joven y no melancólico, y en los peores momentos ocurrían siempre cosas extravagantes y cómicas, y a Miss Stein le gustaba oír las contar. De otras cosas yo no hablaba, pero las escribía por mi cuenta.

Cuando no había viaje reciente que contar, pero me dejaba caer por la rue de Fleurus al terminar mi trabajo, a veces procuraba que Miss Stein hablara de libros. Mientras estaba trabajando en algo mío, me resultaba necesario leer al acabar de escribir. Si uno sigue pensando en lo que escribe, pierde el hilo y al día siguiente no hay modo de continuar. Yo necesitaba hacer ejercicio, cansarme el cuerpo, y además era buena cosa hacer el amor con la persona que uno amaba. No había nada mejor que eso. Pero luego, vacío, era una necesidad leer para no pensar en el trabajo ni preocuparse hasta el momento de reemprenderlo. Por entonces ya me había adiestrado a no secar nunca el pozo de lo que escribo, y a pararme siempre cuando todavía queda algo en lo hondo del pozo, y a dejar que por la noche lo volvieran a llenar las fuentes de que se nutre.

Para no pensar en lo que estaba escribiendo, muchas veces después del trabajo leía cosas de escritores de aquel momento, tales como Aldous Huxley o D. H. Lawrence o cualquier libro nuevo que encontraba en la librería de Sylvia Beach o en un puesto de los *quais*.

—Huxley es un cadáver —me dijo una vez Miss Stein—. ¿Por qué va usted a leer a un cadáver? ¿No se da cuenta de que es un cadáver?

Yo no sabía entonces darme cuenta de que era un cadáver, y dije que sus libros me divertían y me distraían de pensar.

—Debería usted leer sólo lo verdaderamente bueno o lo francamente malo.

—Me he pasado todo este invierno y el otro invierno leyendo libros verdaderamente buenos y el próximo invierno lo pasaré igual, y los libros francamente malos no me gustan.

—¿A qué leer esa basura? Es basura puesta en conserva, créame, Hemingway.

Obra de un cadáver.

—Me gusta estar al tanto de lo que escriben por ahí —dije—. Y me distrae de lo que yo escribo.

—¿Qué otras cosas está leyendo?

—A D. H. Lawrence —dije—. Tiene cuentos muy buenos, uno que se llama «El oficial prusiano».

—Intenté leer sus novelas. No hay modo. Es sentimental e insensato y risible. Tiene un estilo de enfermo.

—*Hijos y amantes* y *El pavo blanco* me gustaron —dije—. Bueno, el segundo tal vez no tanto. Lo que no pude terminar son las *Mujeres enamoradas*.

—Ya que no le gusta leer lo malo, le recomendaré una cosa que le absorberá y que es una maravilla en su género. Tiene que leer a Marie Belloc Lowndes.

Nunca había oído hablar de ella, pero Miss Stein me prestó *The Lodger*, esa maravilla de relato basado en Jack el Destripador, y además otro libro de un crimen en un pueblo cerca de París que estoy seguro que es Enghien-les-Bains. Eran dos libros espléndidos para después del trabajo, con personajes verosímiles y con una acción y un terror que nunca suenan a hueco. Eran perfectos para leer cuando uno había pasado el día trabajando, y me leí todos los Belloc Lowndes que existían. Pero un buen día se me acabaron, y además ninguno estaba a la altura de aquellos dos primeros, y no encontré nada tan bueno para llenar los vacíos del día o de la noche hasta que salieron las primeras buenas cosechas de Simenon.

Me parece que a Miss Stein le hubiera gustado el buen Simenon (el primero que yo leí fue o *L'écluse numéro 1* o *La maison du canal*), pero no estoy seguro porque en la época en que frecuenté a Miss Stein no le gustaba leer en francés aunque le encantaba hablarlo. Fue Janet Flanner quien me pasó los dos primeros Simenon que leí. Ella tenía afición a leer francés y había descubierto a Simenon cuando el hombre aún hacía reportajes de crímenes.

En los tres o cuatro años en que fuimos buenos amigos no logro recordar que Gertrude Stein hablara bien de ningún escritor a no ser que hubiera escrito en favor de ella o hecho algo en beneficio de su carrera, salvo en el caso de Ronald Firbank y más tarde de Scott Fitzgerald. Cuando empecé a tratarla no decía nada de Sherwood Anderson como escritor, pero hablaba con fervor de su persona y de sus grandes ojos de italiano hermosos y cálidos, y de su bondad y su encanto. A mí me importaban un bledo sus grandes ojos de italiano hermosos y cálidos, pero me gustaban mucho algunos cuentos suyos. Eran sencillos de estilo y a veces muy hermosos de estilo, y conocía muy bien a las gentes sobre las que escribía y sentía por ellas una honda cordialidad. Miss Stein no quería hablar de sus cuentos y siempre volvía a su persona.

—¿Y qué me dice de sus novelas? —le pregunté. Pero ella no quería hablar de las obras de Anderson, de la misma manera que no quería hablar de Joyce. Si alguien

mencionaba dos veces a Joyce en su casa, no se le invitaba nunca más. Era como si uno está hablando con un general y le habla bien de otro general. Es un error que después de haberlo cometido una sola vez uno aprende a no repetir. Claro que a un general siempre se le puede hablar bien de otro general que ha sido derrotado por el general a quien uno habla. El general con quien uno habla hará elogios magníficos del general derrotado y luego se le caerá la baba contando con todo detalle cómo le derrotó.

Los cuentos de Anderson eran demasiado buenos para que resultara un acierto tomarlos como tema de conversación. Yo estaba dispuesto a hablar a Miss Stein de cómo me desconcertaba la maldad de las novelas de Anderson, pero sería otra metedura de pata porque significaría criticar a uno de los más leales defensores de Miss Stein. Cuando al fin él se descolgó con una novela llamada *Dark laughter*, tan atrocamente mala y boba y afectada que no pude contenerme y la parodié*, ⁴ Miss Stein se enfadó de verdad. Yo había atacado a alguien que formaba parte de su escenografía. Pero antes hubo un largo período en que por esa parte no vinieron enfados. Ella misma se puso a elogiar a Anderson con prodigalidad en cuanto se vio que era un escritor acabado.

Miss Stein estaba furiosa contra Ezra Pound porque se había sentado con demasiado abandono en una silla pequeña y frágil, y sin duda incómoda y que es muy posible le ofrecieran adrede, y la torció o la rompió. El hecho de que él fuera un gran poeta y un hombre cordial y generoso, y que cabía perfectamente en una silla de tamaño normal, no se le tenía en cuenta. Las razones de su antipatía a Ezra, según ella las expone con destreza y malicia, se las inventó años más tarde.

Estábamos de vuelta del Canadá y vivíamos en la rué Notre-Dame-des-Champs y Miss Stein y yo éramos todavía buenos amigos, cuando ella lanzó el comentario ése de la generación perdida. Tuvo pegas con el contacto del viejo Ford T que entonces guiaba, y un empleado del garaje, un joven que había servido en el último año de la guerra, no puso demasiado empeño en reparar el Ford de Miss Stein, o tal vez simplemente le hizo esperar su turno después de otros vehículos. El caso es que se decidió que el joven no era *sérieux*, y que el *patron* del garaje le había reñido severamente de resultas de la queja de Miss Stein. Una cosa que el *patron* dijo fue: «Todos vosotros sois une *génération perdue*.»

—Eso es lo que son ustedes. Todos ustedes son eso —dijo Miss Stein—. Todos los jóvenes que sirvieron en la guerra. Son una generación perdida.

—¿De veras? —dije.

—Lo son —insistió—. No le tienen respeto a nada. Se emborrachan hasta matarse...

—¿Estaba borracho ese joven mecánico? —pregunté.

—Claro que no.

—¿Usted me ha visto alguna vez borracho?

—No. Pero sus amigos son unos borrachos.

—A veces me he emborrachado —dije—. Pero no la visito a usted cuando estoy borracho.

—Desde luego que no. No dije eso.

—El *patron* de ese muchacho estaba probablemente borracho a las once de la mañana —dije—. Así le salen de hermosas las frases.

—No me discuta, Hemingway —dijo Miss Stein—. No le hace ningún favor. Todos ustedes son una generación perdida, exactamente como dijo el del garaje.

Cuando, luego, puse las palabras del garajista referidas por Miss Stein como epígrafe de mi primera novela, procuré equilibrarías con una cita del Eclesiastés. Pero aquella noche, mientras caminaba de vuelta a casa, pensé en el muchacho del garaje y me pregunté si alguna vez le habrían transportado en uno de aquellos vehículos que reparaba, precisamente en un Ford T cuando los tenían convertidos en ambulancia. Me acordé de cómo se quemaban sus frenos bajando por las carreteras de montañas con toda una carga de heridos hasta que para frenar había que poner la primera y finalmente la marcha atrás, y de cómo los últimos ejemplares que quedaban fueron despeñados por una pendiente, vacíos, para que tuvieran que remplazarlos por grandes Fiat con buenos cambios en H y con frenos metálicos. Pensé en Miss Stein y en Sherwood Anderson y en lo que significan el egoísmo y la pereza mental frente a la disciplina, y me dije: ¿quién trata a quién de generación perdida? Y cuando llegué a la altura de la Closerie des Lilas y la luz daba en mi viejo amigo, la estatua del mariscal Ney blandiendo su espada con las sombras de los árboles en su bronce, y allí estaba él bien sólito y nadie seguía su avance y en menudo fregado se metió en Waterloo, pensé que todas las generaciones se pierden por algo y siempre se han perdido y siempre se perderán, y me senté en la Closerie para hacer compañía a la estatua y me tomé una cerveza muy fría antes de volver a casa, al piso de encima de la serrería. Pero mientras me estaba allí sentado frente a mi cerveza, mirando la estatua y pensando en los muchos días que Ney pasó peleando en retaguardia en la retirada de Moscú, cuando Napoleón ya había tomado la delantera en el coche con Caulaincourt, me acordé de que Miss Stein había sido una amiga buena y cariñosa y qué hermosas cosas decía de Apollinaire y contando su muerte en el día del armisticio en 1918 cuando la multitud chillaba por la calle «*À bas Guillaume*», y Apollinaire en su delirio creía que iba por él, y me dije, voy a hacer cuanto esté en mi mano por serle útil y para que se den cuenta de que ha escrito cosas muy buenas, y lo haré siempre que pueda con la ayuda de Dios y de Mike Ney. Pero al cuerno con sus sermones de generación perdida y con toda la porquería de etiquetas que cualquiera puede ir por ahí pegando. Cuando llegué a casa y crucé el patio y subí las escaleras y me encontré a mi mujer y a mi hijo y a *F. Puss* que era el gato de mi hijo, todos

contentos y con un fuego en la chimenea, le dije a mi mujer:

—Sabes, Gertrude es una buena mujer, al fin y al cabo.

—Claro que lo es, Tatie.

—Pero a veces dice la mar de disparates.

—Nunca la he oído hablar —dijo mi mujer—. Yo soy una esposa. A mí me da conversación su amiga.

Shakespeare and company

En aquellos días no había dinero para comprar libros. Yo los tomaba prestados de Shakespeare and Company, que era la biblioteca circulante y librería de Sylvia Beach, en el 12 de la rué de l'Odéon. En una calle que el viento frío barría, era un lugar caldeado y alegre, con una gran estufa en invierno, mesas y estantes de libros, libros nuevos en los escaparates, y en las paredes fotos de escritores tanto muertos como vivos. Las fotos parecían todas instantáneas e incluso los escritores muertos parecían estar realmente en vida. Sylvia tenía una cara vivaz de modelado anguloso, ojos pardos tan vivos como los de una bestezuela y tan alegres como los de una niña, y un ondulado cabello castaño que peinaba hacia atrás partiendo de su hermosa frente y cortaba a ras de sus orejas y siguiendo la misma curva del cuello de las chaquetas de terciopelo que llevaba. Tenía las piernas bonitas y era amable y alegre y se interesaba en las conversaciones, y le gustaba bromear y contar chistes. Nadie me ha ofrecido nunca más bondad que ella.

La primera vez que entré en la librería estaba muy intimidado y no llevaba encima bastante dinero para suscribirme a la biblioteca circulante. Ella me dijo que ya le daría el depósito cualquier día en que me fuera cómodo y me extendió una tarjeta de suscriptor y me dijo que podía llevarme los libros que quisiera.

No había razón para que ella confiara en mí. No me conocía, y la dirección que le di, en el 74 de la rué Cardinal-Lemoine, no era como para inspirar optimismo. Pero Sylvia estuvo encantadora, sonriente y cordial, y a sus espaldas, subiendo hasta el techo y entrando en la trastienda que daba al patio, se desplegaban, estante tras estante, las riquezas de la librería.

Empecé por Turguéniev y me llevé los dos tomos de los *Apuntes de un cazador* más uno de los primeros libros de D. H. Lawrence, creo que era *Hijos y amantes*, y Sylvia me dijo que me llevara más libros si lo deseaba. Escogí la traducción de Constance Garnett de *La guerra y la paz*, y *El jugador y otras narraciones*, de Dostoievski.

—Tardará usted en volver si tiene que leerse todo eso —dijo Sylvia.

—Volveré a pagarle —dije—. Tengo dinero en casa.

—No, si no es por eso —dijo—. Me paga cuando le vaya bien.

—¿Cuándo viene por aquí Joyce? —pregunté.

—Si viene, acostumbra a ser a última hora de la tarde —dijo—. ¿No le conoce usted?

—De vista, en Michaud, cuando comía con su familia —dije—. Pero no le he visto bien porque no se debe mirar a la gente cuando comen, y además Michaud es caro.

—¿Come usted en casa?

—Ahora sí, la mayoría de las veces —dije—. Tenemos una buena cocinera.

—No hay ningún restaurante cerca de donde vive usted, ¿verdad?

—No. ¿Cómo lo sabe usted?

—Larbaud vivía por allí —dijo—. Le gustaba mucho el barrio salvo por eso.

—Para encontrar un restaurante bueno y barato hay que ir más allá del Panteón.

—Yo conozco poco aquel barrio. Nosotros comemos en casa. Tiene usted que venir alguna vez con su esposa.

—Antes de invitarme, espere a que le pague —dije—. Pero se lo agradezco mucho.

—No lea con prisas —dijo.

El piso de la rué Cardinal-Lemoine tenía dos habitaciones sin agua caliente y sin más dispositivo higiénico que un recipiente con antiséptico, que de todos modos no era molesto para una persona acostumbrada a las letrinas de los patios del Michigan. Con su buena vista, y con su buen colchón y somier que armaban una cama cómoda aunque baja, y cuadros que nos gustaban en las paredes, era un piso alegre y simpático. Al llegar con mis libros le conté a mi mujer mi maravilla de hallazgo.

—Pero Tatie, tienes que ir a pagar esta misma tarde —dijo ella.

—Claro que voy a ir —dije—. Iremos juntos. Y luego pasaremos por el río siguiendo los muelles.

—Iremos por la rué de Seine y entraremos en todas las exposiciones y miraremos los escaparates.

—Estupendo. Podemos ir a cualquier parte y nos metemos en un café nuevo donde nadie nos conozca y tomaremos una copa.

—Podemos tomar dos copas.

—Entonces también podemos cenar en alguna parte.

—Eso no. No olvides que hay que pagar en la librería.

—Bueno, volveremos y cenaremos aquí y tendremos una buena cena y para beber compraremos vino de Beaune de ese de la cooperativa de enfrente que marca el precio en el escaparate. Y luego leeremos un rato y nos iremos a la cama y haremos el amor.

—Y yo te querré siempre a ti y tú siempre a mí.

—Siempre. Y a nadie más.

—Seremos felices toda la tarde y toda la noche. Y ahora vamos a almorzar.

—Estoy muerto de hambre —dije—. He estado trabajando en el café y no he tomado más que un cortado.

—¿Qué tal el trabajo?

—Me parece que bien. Veremos. ¿Qué hay para comer?

—Unos rábanos, y un buen *foie de veau* con puré de patatas y escarola. Y tarta de manzana.

—Y tendremos para leer todos los libros del mundo y cuando nos marchemos de viaje nos los podremos llevar.

—¿Hay derecho a hacer eso?

—Claro que sí.

—¿Tiene también a Henry James?

—Claro que sí.

—Hombre —dijo ella—. Qué suerte encontrar eso.

—Siempre estamos de suerte —dije, y como un necio no toqué madera. Y en un piso que tenía madera por todas partes.

Gente del Sena

Se podían seguir varios caminos para bajar hasta el río desde lo alto de la rué Cardinal-Lemoine. El más corto consistía en seguir calle abajo, pero era una pendiente empinada, y después de dar en el llano y atravesar el tráfico denso al comienzo del boulevard Saint-Germain uno desembarcaba en un barrio aburrido, asomando al río por un muelle sórdido y ventoso que tenía a la derecha la Halle aux Vins. La tal Halle no era un mercado como cualquier otro de París sino una especie de almacén de puerto franco donde se guardaba vino mediante el pago de cierto impuesto, y de fuera era tan deprimente como un cuartel o un campo de concentración.

Atravesando un brazo del Sena se llegaba a la Île Saint-Louis, con sus calles estrechas y sus viejas casas altas y hermosas, pero en vez de cruzar el río uno podía doblar a la izquierda y caminar a lo largo de los muelles, viendo al otro lado toda la longitud de la Île Saint-Louis y luego la Cité con Notre-Dame.

En los puestos de libros que hay en el pretil de los muelles uno encontraba a veces libros americanos recién publicados, y los vendían muy baratos. Entonces el restaurante de la Tour d'Argent tenía encima unas cuantas habitaciones y las alquilaban ofreciendo un descuento en el restaurante, y si los inquilinos al marcharse dejaban algún libro en la habitación, el *valet de chambre* los vendía a un puesto cercano y la dueña del puesto los daba por muy poco dinero. No tenía ninguna confianza en los libros escritos en inglés, apenas pagaba nada por ellos, y los revendía por un beneficio mínimo, pero rápido.

—¿Son buenos? —me preguntó una vez cuando nos habíamos hecho amigos.

—A veces se encuentra uno bueno.

—¿Y cómo hay modo de distinguirlo?

—Yo los distingo leyéndolos.

—Bueno, pero es un juego de azar. ¿Y cuánta gente hay que sepa inglés?

—Guárdemelos y yo les daré una ojeada.

—No. No puedo guardarlos. Usted no pasa con regularidad. Está demasiado tiempo sin venir. Tengo que venderlos en cuanto puedo. Nadie me garantiza que tengan algún valor. Si resulta que no valen nada, me quedo sin venderlos.

—¿Y cómo distingue usted si un libro francés vale algo?

—Primero, depende de si tiene ilustraciones. Luego, según que las ilustraciones sean buenas o malas. Luego está la encuadernación. Si un libro es bueno, el que lo compra se lo hace encuadernar bien. Los libros ingleses vienen todos encuadernados, pero mal. No hay modo de formarse un juicio.

Pasado aquel puesto cerca de La Tour d'Argent, para encontrar otro que vendiera libros americanos e ingleses había que llegar al Quai des Grands-Augustins. Allí se

encontraban varios, hasta más allá del Quai Voltaire, que tenían libros comprados al personal de los hoteles de la Rive Gauche, sobre todo al hotel Voltaire que tenía una clientela más rica que los otros. Un día, a otra dueña de puesto que también era amiga mía le pregunté si alguna vez los mismos propietarios iban a vender sus libros.

—Nunca —me dijo—. Los tiran. Por eso sabemos que no tienen valor.

—Es que muchas veces se los regaló algún amigo para leer en el barco.

—No lo dudo —dijo—. Y muchos deben olvidarlos en el barco.

—Sí —dije—. Y la compañía los recoge y los hace encuadernar y forman las bibliotecas de los barcos.

—Bueno, algo es algo —dijo—. Por lo menos así están bien encuadernados. Un libro bien encuadernado sí que tiene valor.

Yo paseaba por los muelles al terminar mi trabajo o cuando intentaba reflexionar y organizarme las ideas. Me resultaba más fácil reflexionar mientras andaba y hacía algo o mientras miraba a la gente hacer algún trabajo que supieran hacer bien. En el extremo de la isla de la Cité, debajo del Pont-Neuf, donde está la estatua de Henri-Quatre y la isla termina en punta afilada como una proa de barco, había un jardincillo al borde del agua con unos hermosos castaños, robustos y de copa ancha, y con las corrientes y remolinos que el Sena forma al fluir se encuentran excelentes puntos de pesca. Uno baja al jardín por una escalera, y puede observar a los pescadores que están allí mismo o debajo del gran puente. Los puntos buenos para la pesca cambian según el nivel del río, y me acuerdo de que los pescadores usaban cañas muy largas con varias secciones enchufadas, pero pescaban con hilo muy fino y anzuelo ligero, con flotadores de plumas, y exploraban con mucha pericia la parte de agua que les correspondía. Siempre pescaban algo, y a veces hacían muy buena pesca de gobios, un pescado que es una delicia en fritura, y yo era capaz de comerme sartenes enteras. Eran pescados gordos y de pulpa suave, de sabor incluso mejor que la sardina fresca, y nos los comíamos con espinas y todo.

Uno de los mejores lugares para comerlos era un restaurante al aire libre, río arriba, en Bas-Meudon, adonde íbamos cuando teníamos dinero para hacer una excursión lejos de nuestro barrio. Se llamaba Le Pêche Miraculeuse y tenían un espléndido vino blanco por el estilo del *muscadet*. Era un lugar salido de un cuento de Maupassant, con un panorama de río de cuadro de Sisley. Pero no había necesidad de llegar tan lejos para comer el *goujon*. Se comían muy buenas frituras en la Île Saint-Louis.

Yo conocía a varios pescadores de los que se ponían en los puntos buenos del Sena entre la Île Saint-Louis y la place du Vert-Galant, y a veces cuando hacia un día hermoso me compraba un litro de vino y un pan y salchichón y me sentaba al sol a leer algún libro recién comprado también, y a mirar cómo pescaban.

Los viajeros que escriben libros sobre París hablan de los pescadores del Sena

como si fueran unos chalados que nunca sacan nada, pero la verdad es que se trata de una pesca seria y fructífera. La mayoría de los pescadores eran jubilados con pequeñas pensiones que entonces todavía no sabían si iban a parar en nada con la inflación, o fanáticos de la pesca que aprovechaban la primera jornada o media jornada libre. Había mejor pesca en Charenton, donde el Marne desemboca en el Sena, o río arriba o abajo de París, pero también se encontraba muy buena pesca en París mismo. Yo no pescaba porque no tenía aparejo y prefería ahorrar para irme de pesca a España. Además, entonces no sabía nunca cuándo iba a tener un día libre o cuándo tendría que salir de viaje por cuenta del periódico, y no quería enredarme en una pesca que a veces se daba bien y a veces se daba mal. Pero la observaba con atención y era interesante y provechoso conocer la técnica, y siempre me alegraba que hubiera pescadores en la ciudad, dedicados a una pesca sensata y metódica, que llevaban buenas frituras a sus casas.

Con los pescadores y toda la vida del río mismo, las hermosas gabarras con su vida a bordo, los trenes de gabarras de los que tiraba un remolcador con chimeneas que se plegaban para pasar bajo los puentes, los grandes olmos en los muelles de piedra y los plátanos y en algunos puntos los álamos, y nunca me sentía solo paseando por el río. Con tanto árbol en la ciudad, uno veía acercarse la primavera de un día a otro, hasta que después de una noche de viento cálido venía una mañana en que ya la teníamos allí. A veces, las espesas lluvias frías la echaban otra vez y parecía que nunca iba a volver, y que uno perdía una estación de la vida. Eran los únicos períodos de verdadera tristeza en París, porque eran contra naturaleza. Ya se sabía que el otoño tenía que ser triste. Cada año se le iba a uno parte de sí mismo con las hojas que caían de los árboles, a medida que las ramas se quedaban desnudas frente al viento y a la luz fría del invierno. Pero siempre pensaba uno que la primavera volvería, igual que sabía uno que fluiría otra vez el río aunque se helara. En cambio, cuando las lluvias frías persistían y mataban la primavera, era como si una persona joven muriera sin razón.

En aquellos días, de todos modos, al fin volvía siempre la primavera, pero era aterrador que por poco nos fallaba.

Una falsa primavera

Cuando llegaba la primavera, incluso si era una primavera falsa, la única cuestión era encontrar el lugar donde uno pudiera ser feliz. Si estábamos solos, ningún día podía estropeársenos, y bastaba esquivar toda cita para que cada día se abriera sin límite. Sólo la gente ponía límites a la felicidad, salvo las poquísimas personas que eran tan buenas como la misma primavera.

En las mañanas de primavera, yo me ponía a trabajar temprano, mientras mi mujer dormía todavía. Las ventanas estaban abiertas de par en par, y el empedrado de la calle iba secándose tras la lluvia. El sol arrancaba la humedad a las fachadas de enfrente. Las tiendas estaban todavía encerradas en sus postigos. El cabrero subía por la calle al son de su flauta, y la mujer que vivía en el piso encima del nuestro bajaba a la calle con un gran jarro. El cabrero escogía una de sus cabras negras, de ubres pesadas, y la ordeñaba en el jarro, mientras el perro arrimaba las demás cabras a la acera. Las cabras miraban a su alrededor, torciendo el cuello como turistas en un panorama nuevo. El cabrero cobraba y daba las gracias a la mujer, y subía calle arriba tocando la flauta, y el perro guiaba a las cabras que meneaban los cuernos a cabezadas. Yo volvía a concentrarme en mi trabajo, mientras la mujer subía las escaleras con su jarro de leche de cabra. Iba calzada con las zapatillas de suela de fieltro, como cuando hacía la limpieza del piso, y no se oían sus pasos, pero sí su jadeo cuando se paraba en el rellano junto a nuestra puerta, y luego la puerta de su piso al cerrarse. En todo el edificio, era la única vecina que compraba la leche de cabra.

Una mañana bajé a comprar un periódico de hípica. Incluso en el barrio más pobre se podía comprar el periódico especializado en las carreras de caballos, pero en días hermosos como aquél había que comprarlo temprano, antes de que se agotara. Lo encontré en la rué Descartes, en la esquina de la place Contrescarpe. El rebaño de cabras bajaba por la rué Descartes, y yo respiraba hondo mientras volvía de prisa a casa y a mi trabajo, resistiendo la tentación de la aurora y de seguir a las cabras calle abajo. Pero antes de ponerme a trabajar di una ojeada al periódico. Había carreras en Enghien, el pequeño y bonito y deshonesto hipódromo que frecuentábamos los no profesionales.

Aquel día, pues, cuando concluí mi trabajo, nos fuimos a las carreras. Teníamos algún dinero, recién recibido del periódico de Toronto que me empleaba, y queríamos apostar si se presentaba la ocasión de una apuesta arriesgada, por un caballo no favorito. Una vez en Auteuil, mi mujer había escogido un caballo que se llamaba *Chèvre d'Or* y que podía dar ciento veinte por uno, y el caballo llegó a tomar veinte largos de ventaja hasta que se cayó en el último salto, dando en el suelo con nuestros ahorros de los que hubiéramos vivido seis meses. Desde entonces, nuestro empeño

era olvidar aquel salto. Fue una temporada en que íbamos ganando en las apuestas, hasta que se nos cayó *Chèvre d'Or*.

—¿Tenemos bastante dinero para una apuesta seria, Tatíe? —me preguntó mi mujer.

—No. No hagamos cá!culos. Vamos a las carreras y gastemos el dinero que tengo en el bolsillo, y luego olvidémoslo. ¿Te gustaría más gastarlo de otro modo?

—Hombre —dijo ella.

—Bueno, claro. Ya me doy cuenta de que andamos apurados y de que a veces soy quisquilloso y mezquino con el dinero.

—No —dijo ella—. Pero...

Desde luego, yo no había hecho nada por darle un poco de comodidad, y tenía que reconocer que los apuros no eran cosa de broma. A la persona que trabaja y que encuentra satisfacción en su trabajo, la pobreza no le preocupa. Los que sufren son los otros. Para mí, las bañeras y las duchas y los retretes eran cosas sin valor porque cualquier necio las tiene y además nosotros las teníamos también cuando salíamos de viaje, lo cual ocurría a menudo. Para el uso ordinario, siempre había los baños públicos al cabo de la calle, junto al río. Mi mujer no se quejaba nunca por cosas así, como tampoco lloriqueaba porque *Chèvre d'Or* se cayera. Sí lloró, me acuerdo, pero por el caballo y no por el dinero. Yo me comporté como un estúpido cuando ella deseaba una chaqueta de piel de cordero gris, que luego me gustó mucho cuando al fin pudo comprársela. Y en muchas otras ocasiones fui un estúpido. Lo malo de la lucha contra la pobreza es que el único modo de ganarla es no gastar. Y los que menos pueden olvidar esto son los que piensan ahorrar en trajes para comprar cuadros. Claro que nosotros no nos veíamos clasificados en la categoría de los pobres. No queríamos aceptar la clasificación. Nos creíamos superiores, y en la clase de los ricos contábamos sólo a ciertas personas que despreciábamos y mirábamos con justa desconfianza. Para mí era la cosa más natural llevar *chandail* de boxeador para calentarme. Las cuestiones de elegancia eran memeces de ricos. Nosotros comíamos bien y barato, y bebíamos bien y barato, y juntos dormíamos bien y con calor, y nos queríamos.

—No es mala idea ir a las carreras —dijo mi mujer—. Hace tanto tiempo que no vamos. Nos llevaremos de comer y una botella de vino. Voy a hacer unos buenos sándwiches.

—Iremos en tren, que es lo más barato. Pero si lo prefieres vamos a otra parte. De todos modos, hoy lo pasaremos bien en cualquier parte. Hace un día maravilloso.

—No, lo mejor es ir a las carreras.

—Si prefieres emplear ese dinero en otra cosa...

—No —cortó con arrogancia; sus hermosos altos pómulos eran una máscara de arrogancia—. Con tanto vacilar, nos estamos dando importancia.

De modo que tomamos el tren en la Gare du Nord, atravesamos la parte más sucia y más triste de la ciudad, y anduvimos desde el apeadero hasta el oasis del hipódromo. Llegamos temprano. Nos sentamos en mi gabardina, extendida encima del césped recién cortado, y comimos y bebimos la botella de vino, mirando la vieja tribuna, las taquillas de apuestas que eran de madera pintada marrón, el verde de la pista, el verde más oscuro de las vallas, el espejeo sombrío de los fosos de agua con los muros bajos de piedra encalada y los postes y barreras también blancos, el recinto de los establos con sus árboles de hojas nuevas, y los primeros caballos que guiaban al pesaje. Terminamos el vino y estudiamos el programa de carreras que traía el periódico, y luego mi mujer se tendió en la gabardina y se durmió, con el sol en la cara. Yo di una vuelta y encontré a un conocido, uno que años atrás encontraba en el San Siro de Milán. Me recomendó dos caballos.

—Bueno, no es que sean una inversión segura —dijo—. Pero tampoco te van a salir muy caros.

Por el primer caballo apostamos la mitad del dinero que teníamos, y ganamos doce por uno: saltó con hermoso estilo, tomó el mando de la carrera corriendo por el borde exterior de la pista, y ganó por cuatro cuerpos de ventaja. Guardamos la mitad del dinero, y la otra mitad la apostamos por el segundo caballo, que arrancó muy rápido, estuvo en cabeza en todo el trecho de obstáculos, y en la recta final fue perdiendo terreno a cada salto, y las dos fustas vibraban y el favorito daba alcance a nuestro caballo, pero éste resistió y todavía cruzó en cabeza la línea de meta.

Pedimos unas copas de champaña en el bar, mientras esperábamos que anunciaran la cotización de las apuestas.

—Eso de las carreras le deja a uno agotado —dijo mi mujer—. ¿Viste cómo se le echaba encima ese otro caballo?

—Todavía me lo siento aquí en la barriga.

—¿Cuánto nos darán?

—Lo cotizaban a dieciocho por uno. Pero a lo mejor en el último momento han apostado otros.

Pasaron los caballos, y el nuestro estaba empapado y dilataba las narices para resollar, mientras el jockey le daba palmadas.

—Pobrecillo —dijo mi mujer—. A nosotros nos bastó con apostar.

Los caballos se alejaron, y bebimos otra copa de champaña, y al fin salió la cifra de nuestra ganancia: 85. Quería decir que daban ochenta y cinco francos por cada diez.

—Tienen que haber apostado una enormidad de dinero por ese caballo, a última hora —dije.

Pero el caso es que también nosotros ganábamos dinero, y era una suma grande para nosotros, y resultaba que además de la primavera había llegado el dinero. Me

pareció que no podíamos desear más. Dividiendo aquel dinero en cuatro partes, podíamos repartirnos la mitad entre los dos y dejar la otra mitad para capital de carreras. Yo siempre guardaba el capital de carreras secreto y separado de todo otro capital.

Otro día del mismo año, en que llegamos de vuelta de un viaje y nos fuimos a no sé qué hipódromo y volvimos a ganar, a la vuelta nos paramos en Prunier y nos sentamos a una mesa en el bar, habiendo estudiado los precios de todas las maravillas que anunciaban en la ventana. Comimos ostras y *crabe à la mexicaine*, con unas copas de Sancerre. Ya de noche, atravesamos andando las Tullerías, y nos paramos a mirar el Arc du Carroussel tras la negrura de los jardines, y al fondo de toda aquella severa tiniebla se veían los faroles de la place de la Concorde y la larga hilera de luces alejándose hacia el Arco de Triunfo. Luego miramos la masa negra del Louvre, y dije:

—¿Crees que es verdad eso de que los tres arcos están en línea recta? ¿Estos dos y el Sermione de Milán?

—Yo qué sé, Tatie. Si lo dicen, ellos lo sabrán. ¿Te acuerdas de cuando nos asomamos al lado italiano del San Bernardo, y después de aquella subida por la nieve nos encontramos en plena primavera, y tú y Chink y yo caminamos todo el día de bajada hasta Aosta, y estábamos en plena primavera?

—Chink lo tituló «la expedición al San Bernardo en zapatos de calle». ¿Te acuerdas de los zapatos que llevabas?

—Pobrecillos zapatos. ¿Te acuerdas de la copa de frutas que tomamos en el caté Biffi, en la Galleria? ¿Aquel vino de Capri con melocotones y fresas silvestres, con hielo, en un jarro alto de cristal?

—Entonces se me ocurrió por primera vez que es muy raro eso de los tres arcos.

—Me acuerdo del Sermione. Se parece mucho a este arco.

—¿Te acuerdas de aquella posada en Aigle, aquel día en que tú y Chink os sentasteis en el jardín a leer, mientras yo pescaba?

—Claro que me acuerdo.

Yo recordé el Ródano, estrecho y gris y lleno de agua de nieve, que tenía a cada lado un curso de agua buena para las truchas: el Stockalper y el canal del Ródano. Aquel día, el Stockalper estaba muy límpido ya, pero el canal del Ródano seguía turbio.

—¿Te acuerdas de que los castaños estaban en flor, y de cuando yo quise contaros un chiste que a mí me parece me contó Jim Gamble, un chiste que trata de una parra, y resultó que no pude acordarme?

—Sí. Y tú y Chink no parabais de hablar sobre el modo de dar realidad a las cosas al escribir, y de captarlas con todo lo que decíais. A veces tenía razón él y a veces la tenías tú. Me acuerdo de todos los matices de luz que observabais, y de todas las

calidades de la materia y de todas las formas, y de lo que discutíais.

Seguimos andando y salimos del jardín por la puerta que da al Louvre y cruzamos la calle y seguimos por el puente, y luego nos paramos para acodarnos en el pretil de piedra y mirar abajo, al río.

—Los tres discutíamos a propósito de cualquier cosa, siempre de cosas concretas, y siempre nos tomábamos el pelo unos a otros —dijo Hadley—. Me acuerdo de todo lo que hicimos y de todo lo que dijimos en todos los días de aquel viaje. Te lo juro. De todo. En una conversación entre tú y Chink, yo tomaba parte. No era como ser una esposa invitada en casa de Miss Stein

—Lo que yo quisiera recordar es el chiste de la parra.

—No vale la pena. Las parras tienen importancia, pero no los chistes.

—¿Te acuerdas de que compre vino en Aigle y lo llevamos al chalet? Nos lo vendieron en la posada. Dijeron que era un vino bueno con las truchas. Nos lo llevamos envuelto en hojas de *La gazette de Lucerne*, me parece.

—El vino de Sion era mejor. ¿Te acuerdas de que Madame Gangeswisch nos preparó las truchas *au bleu*, en el chalet? Las truchas que pescaste eran estupendas, y bebimos vino de Sion, y comimos en la terraza mirando a la pendiente de la ladera. Al otro lado del lago se veía el Dent du Midi con nieve hasta media ladera, y los árboles en la boca del Ródano, donde el río se mete en el lago.

—En invierno y en primavera, siempre echamos de menos a Chink.

—Siempre. Yo le echo mucho de menos, ahora que está tan lejos.

Chink era un oficial de carrera, que al salir de Sandhurst fue enviado a Mons. Yo le conocí en Italia, y durante muchos años fue nuestro mejor amigo, mío primero y luego de los dos. Cuando tenía un permiso, se reunía con nosotros.

—Procurará conseguir un permiso esta primavera. La semana pasada escribió de Colonia.

—Ya lo sé. Tenemos que vivir en el presente, no perdernos ni un minuto sin gozarlo.

—En el momento presente, sólo vemos el agua que da en los sillares del puente. Levantemos la mirada, a ver qué encontramos.

Miramos, y allí estaba todo: nuestro río y nuestra ciudad y la isla de nuestra ciudad.

—Tenemos demasiada suerte —dijo ella—. Me da miedo. Me gustará que venga Chink. Él es nuestro protector.

—Si se lo dices, se enfadará.

—Claro.

—Él piensa que es nuestro compañero de exploración.

—Lo es. Pero no todos exploramos lo mismo.

Dejamos el puente y alcanzamos nuestra ribera.

—¿Tienes hambre otra vez? —dije—. Tanto hablar y tanto andar.

—Desde luego que tengo hambre. ¿Tú no?

—Vamos a un restaurante de primera, y cenemos bien de verdad.

—Escoge.

—¿Michaud?

—Sí que es de primera, y está a un paso.

Tomamos, pues, por la rué des Saints-Pères hasta la esquina de la rué Jacob, parándonos a mirar los escaparates de cuadros y de muebles. Antes de entrar en Michaud, leímos la carta enmarcada junto a la puerta. Estaba lleno de gente, y nos quedamos fuera en espera de que alguien se marchara, acechando las mesas donde ya tomaban el café.

El paseo nos había puesto hambrientos, y para nosotros comer en un sitio caro como Michaud era una aventura llena de alegría. Allí estaba Joyce cenando con su familia. Él y su esposa se sentaban de espaldas a la pared, y Joyce examinaba la carta a través de sus gruesos lentes, acercándosela a la cara; a su lado se sentaba Nora, que comía con apetito, pero sólo platos finos; Giorgio era delgado, cuidaba mucho su aspecto, y su nuca se veía muy bien peinada; Lucía tenía una gran belleza rizada, y era una muchacha no del todo desarrollada todavía. Hablaban en italiano.

Mientras esperábamos de pie, me pregunté si lo que habíamos sentido en el puente era sólo hambre. Le planteé la duda a mi mujer y me contestó:

—Yo que sé, Tatie. Hay tantas clases de hambre. En primavera hay todavía más. Pero ahora ya ha pasado. Ponerse a recordar, eso sí que es una especie de hambre.

Yo me estaba poniendo tonto, pero me salvé al mirar adentro y ver dos *tournedos* que un camarero servía y darme cuenta de que tenía un hambre de la especie más natural.

—Hoy dijiste que tenemos suerte. Claro que la tenemos. Pero no olvides que un experto nos aconsejó.

Ella se echó a reír.

—No pensaba en las carreras. Qué muchacho, que lo toma todo al pie de la letra. Pensaba en otra clase de suerte.

—Me parece que a Chink no le interesan los caballos —dije, elevando mi estupidez al cubo.

—No. Le interesarían si los montara él.

—¿Querrás volver alguna vez a las carreras?

—Claro que sí. Pero ahora podemos ir adonde nos dé la gana.

—¿De verdad te gustará volver?

—Claro. ¿No te gusta a ti?

Cuando al fin conseguimos entrar en Michaud, cenamos estupendamente. Pero al terminar y quedarnos vacíos de hambre, aquella sensación que en el puente nos había

parecido era hambre seguía acuciándonos, y la sentíamos todavía cuando tomamos el autobús de vuelta a casa. La sentíamos al entrar en el cuarto, y después de meternos en la cama y hacer el amor a oscuras, la sensación estaba allí. Cuando me desperté y miré la ventana abierta y vi la luz de la luna en los tejados de las altas casas, allí estaba la sensación. Escondí la cara entre las sombras rehuyendo la luna, pero no pude dormirme y seguí dándole vueltas a aquella emoción. Los dos nos despertamos dos veces aquella noche, pero al fin mi mujer durmió con dulzura, con la luz de la luna en su cara. Yo quería pensar en todo aquello, pero estaba atontado. Tan sencilla que me había parecido la vida aquella mañana, cuando me desperté y vi la falsa primavera, y oí la flauta del hombre de las cabras, y salí a comprar el periódico de caballos.

Pero París era una muy vieja ciudad y nosotros éramos jóvenes, y allí nada era sencillo, ni siquiera el ser pobre, ni el dinero ganado de pronto, ni la luz de la luna, ni el bien ni el mal, ni la respiración de una persona tendida a mi lado bajo la luz de la luna.

El fin de una afición

Muchas otras veces, aquel año y otros años, nos fuimos a las carreras cuando yo había estado trabajando a primera hora de la mañana, y en las carreras Hadley se divertía y a veces se entusiasmaba. Pero no era como subir por un prado de alta montaña, más arriba del último bosque, ni como el andar de noche de vuelta al chalet, ni como subir con Chink, nuestro mejor amigo, hasta un puerto tras el cual se abría un nuevo país. Y en realidad, aquello no era siquiera afición a las carreras de caballos. No era más que apostar por algún caballo. Pero nosotros lo llamábamos ir a las carreras.

La afición a las carreras nunca se interpuso entre nosotros. Sólo una persona era capaz de tanto. Pero, durante mucho tiempo, la afición nos acompañó como un amigo exigente. Eso, claro, juzgándola con benevolencia. Yo, que juzgaba con tanta ferocidad a las personas y su capacidad destructiva, toleraba aquel amigo que, como podía hacernos favores, era el más mentiroso, el más hermoso, el más seductor, perverso y absorbente. Para extraer su beneficio y obtener provecho, había que dedicarle todo el tiempo, y a mí tiempo no me sobraba. Pero encontré una excusa para tratarle en el hecho de que a veces escribía sobre él. De todos modos, al final, cuando perdí mis manuscritos, sólo quedó un cuento tratando de las carreras de caballos, gracias a que el día antes lo mandé por correo.

Fui acostumbrándome a ir solo a las carreras, y cada vez me obsesionaban más y me hacían perder más tiempo. Aquella temporada, en cuanto podía me dedicaba a seguir las carreras en dos hipódromos, el de Auteuil y el de Enghien. Para apostar sobre la base del historial y la calidad real de cada caballo, había que trabajar todo el día y al fin resultaba que el procedimiento no daba dinero. Tanto cálculo no casaba más que en teoría. Por otra parte, no había más que comprar un periódico y allí estaban los cálculos hechos.

Para tener posibilidad de ganar había que mirar todas las carreras desde lo más alto de las tribunas de Auteuil, corriendo para llegar allí antes de que dieran la salida, y luego fijarse en lo que hacía cada caballo, y observar con atención el caballo que tal vez hubiera podido ganar, pero no ganaba, y descubrir por qué y cómo diablos el caballo no había hecho lo que debiera. Uno tenía que seguir el juego de las apuestas y todos los movimientos de la cotización cada vez que iba a tomar la salida un caballo por el que uno se interesaba, y luego aprender a la perfección el modo de correr del caballo, y finalmente distinguir los síntomas de que su propietario iba a exigirle el máximo rendimiento. Siempre podía ocurrir que un caballo perdiera incluso dando su máximo; pero por lo menos uno sabía entonces el límite de sus posibilidades. Todo aquello no era un trabajo fácil, pero en Auteuil era hermoso ver las carreras día tras día, a condición de no perderse ninguna carrera sin tongo con buenos caballos, hasta

que al fin uno conocía a la perfección el hipódromo y todos sus aspectos. Y lo que ocurría al fin, era que uno se enredaba con demasiadas gentes, con jockeys y con entrenadores y con propietarios y con demasiados caballos y demasiados objetos.

En principio, yo sólo apostaba por un caballo en el que tenía fe, y el caso es que a veces encontré caballos en los que nadie creía salvo los hombres que los entrenaban y los montaban, y aposté por ellos y me ganaron carrera tras carrera. Al fin lo dejé porque me robaba demasiado tiempo y demasiada energía, y vi que tenía la cabeza llena de las cosas que ocurrían en Enghien, sin contar los hipódromos de carreras sin obstáculos.

Cuando dejé de tomar las carreras como un trabajo serio, me quedé satisfecho, pero con una sensación de vacío. Por entonces, ya había descubierto que todo, lo bueno y lo malo, deja un vacío cuando se interrumpe. Pero si se trata de algo malo, el vacío va llenándose por sí solo. Mientras que el vacío de algo bueno sólo puede llenarse descubriendo algo mejor. Incorporé el capital de apuestas al fondo de gastos generales, y me sentí descansado y virtuoso.

El día en que dejé las carreras pasé a la otra ribera y encontré a mi amigo Mike Ward trabajando en la oficina de viajes del Guaranty Trust, que estaba entonces en la esquina de la rue des Italiens con el boulevard des Italiens. Ingresé en el banco el capital de apuestas, pero no lo dije a nadie. Ni siquiera lo añadí al saldo de mi cuenta en el talonario, pero lo guardé en la memoria.

—¿Quieres que comamos juntos? —pregunté a Mike.

—Claro que sí, niño. Claro que quiero. ¿Pero qué le pasa hoy al niño? ¿No vas hoy a las carreras?

—No.

Comimos en el square Louvois, en un bistró sencillo muy bueno, y nos dieron un vino blanco de maravilla. Al otro lado del square estaba la Bibliothèque Nationale.

—Tú nunca fuiste muy aficionado a las carreras —dije a Mike.

—No. Hace mucho tiempo que no voy.

—¿Por qué lo dejaste?

—No sé —contestó Mike—. Bueno, sí que lo sé. Desde luego que lo sé. Una cosa en la que tienes que apostar para divertirte no merece la pena.

—¿No vas nunca?

—A veces, para una carrera grande. Una con caballos de primera.

Íbamos comiendo rebanadas del buen pan del bistró, con pâté encima, y bebiendo el vinillo blanco.

—¿Tuviste mucha afición? —pregunté.

—Mucha.

—¿Has descubierto algo más divertido?

—Las carreras de bicicletas.

—No me digas.

—Uno se divierte sin necesidad de apostar. Ya verás.

—Los caballos llevan demasiado tiempo.

—Demasiado. Se comen todo el tiempo. Y no me gusta la gente que anda alrededor.

—A mí llegó a interesarme mucho.

—Lo comprendo. ¿Saldas con ganancia?

—Gané bastante.

—Buen momento para pararte, pues.

—Es lo que he hecho.

—Se hace difícil parar. Oye, niño, lo que vamos a hacer algún día es ir a las carreras de bicicletas.

El ciclismo resultó una cosa nueva y muy divertida, y como no sabía nada de aquello la novedad me fascinaba. Pero no tomamos en seguida la afición. Llegó más tarde, y al fin ocupó un puesto importante en nuestra vida, algún tiempo después, cuando todo lo del primer período en París se nos vino al suelo.

Pero, por un tiempo, nos bastó con quedarnos en nuestro barrio y no tener que atravesar París para ir a los hipódromos, y apostar sólo por nuestra vida y nuestro trabajo y por los pintores amigos, y no basar la vida en un juego de azar disfrazado con otros nombres. He empezado muchas veces a escribir un cuento sobre carreras de bicicletas, pero nunca me ha salido ninguno que fuera tan bueno como son las carreras, las de velódromo cubierto o al aire libre tanto como las de carretera. Pero algún día lograré meter en unas páginas el Vélodrome d'Hiver con su luz que atravesaba capas y capas de humo, con la pista de madera y sus empinados virajes, y el zumbido de los tubulares sobre la madera cuando pasaban los ciclistas, y el esfuerzo y las tácticas y los corredores desviándose arriba o abajo en la pista, convertidos en una parte de sus máquinas. Lograré meter la impresión fantástica del medio fondo, el ruido de las motos de los entrenadores con sus rodillos, y los entrenadores con sus pesados cascos y sus teatrales trajes de cuero, que se inclinaban hacia atrás para proteger a los ciclistas de la resistencia del aire, y los ciclistas con sus cascos ligeros que se pegaban a los manillares, sus piernas que hacían girar a gran velocidad los pedales, y las pequeñas ruedas delanteras se pegaban al rodillo de la moto tras la cual se abrigaba el ciclista, y los duelos en que se alcanzaba el colmo de la excitación, con el petardeo de las motos y con los ciclistas corriendo codo a codo y rueda a rueda, arriba por el peralte y lanzándose abajo y dando vueltas a una velocidad como para matarse, y de pronto un hombre que no podía sostener la velocidad y se descomponía, y se le veía chocar brutalmente contra la sólida muralla de aire de la que hasta entonces había estado separado.

Había tantas clases de carreras. Los sprints por eliminatorias hasta llegar a la

carrera final, en los que los dos corredores retenían durante largos segundos su velocidad, cada cual esperando que el otro guiara el sprint y así obtener un abrigo inicial, y luego las vueltas a medio paso hasta la zambullida final en la fascinadora pureza de la velocidad. Había los programas de carreras a la americana, con sus series de sprints que llenaban la tarde. Había las hazañas de velocidad absoluta, cuando un hombre corría solitario durante una hora contra el reloj, y había las terriblemente peligrosas y hermosas carreras de cien kilómetros en los grandes peraltes de madera de la pista de quinientos metros del Stade Buffalo, el velódromo al aire libre en Montrouge donde se hacían las carreras tras moto. Estaba Linart, el gran campeón belga a quien llamaban el Sioux por su perfil, que agachaba la cabeza para sorber aguardiente caliente por un tubo de caucho unido a un termo que llevaba debajo del jersey, y así cobraba fuerzas para el terrible arranque de velocidad de sus fines de carrera. Había los campeonatos de Francia tras moto, en la pista de cemento de seiscientos sesenta metros del Parc des Princes, en Auteuil, cerca del hipódromo, que era la pista más peligrosa de todas, y allí vimos un día caer al gran corredor Ganay, y oímos cómo se le aplastaba el cráneo dentro del casco, tal como uno aplasta un huevo duro contra una piedra, en una merienda en el campo, para quitar la cáscara. Tengo que escribir sobre el extraño mundo de las carreras de seis días y las maravillas de las carreras por carretera en la alta montaña. El francés es la única lengua en que se ha escrito bien sobre esto y los términos son todos franceses, y por eso es difícil escribir en otra lengua. Mike tenía toda la razón, uno no necesita apostar. Pero todo eso pertenece a otra época de nuestra vida en París.

El hambre era una buena disciplina

Si uno vive en París y no come bastante, les aseguro que el hambre pega fuerte, ya que todas las panaderías presentan cosas tan buenas en los escaparates, y la gente come al aire libre, en mesas puestas en la acera frente a los restaurantes, y uno ve y huele la buena comida. Y si uno había renunciado al periodismo, y estaba escribiendo cosas por las que nadie en América daba un real, y si al salir de casa uno decía que le habían invitado a comer pero no era verdad, el mejor sitio para matar las horas de la comida era en el jardín del Luxemburgo, porque uno no veía ni olía nada de comer en todo el trayecto desde la plaza de l'Observatoire hasta la rué de Vaugirard. Y siempre podía uno entrar en el museo del Luxemburgo, y los cuadros se afilaban y aclaraban y se volvían más hermosos cuando uno los miraba con el vientre vacío y con la ligereza que da el hambre. Teniendo hambre, llegué a entender mucho mejor a Cézanne y su modo de componer paisajes. Muchas veces me pregunté si él tendría también hambre cuando pintaba, pero me dije que si la tenía era seguramente porque se le había olvidado la hora de la comida. Una de esas ideas indocumentadas pero sugestivas que a uno se le ocurren cuando tiene sueño o hambre. Más tarde, pense que Cézanne debía estar hambriento, pero de otra clase de hambre.

Al salir del Luxemburgo, uno podía bajar la estrecha rué Férou hasta la place Saint-Sulpice, y tampoco se encontraba ningún restaurante, y estaba tranquila la plaza, con sus árboles y sus bancos. Había una fuente con leones, y las palomas andaban por el empedrado y se posaban en las estatuas de los obispos. Estaba la iglesia, y en el lado norte de la plaza había tiendas que vendían objetos de arte religioso y vestimentas sacerdotales.

A partir de aquella plaza, era imposible seguir andando hasta el río sin pasar frente a tiendas que ofrecían frutas o legumbres o vinos, y frente a panaderías y confiterías. Pero, meditando cuidadosamente el itinerario, se podía dar la vuelta a mano derecha de la iglesia de piedra gris y blanca hasta llegar a la rué de l'Odéon, y doblar también a la derecha hacia la librería de Sylvia Beach, y eran pocas las tiendas de comestibles que había en el camino. En la rué de l'Odéon no había ningún lugar donde comer, a no ser que uno siguiera hasta la plaza, donde había tres restaurantes.

Cuando al fin alcanzaba el número 12 de la rué de l'Odéon, mi hambre estaba reprimida, pero mis sentidos se habían puesto de nuevo en receptividad exacerbada. Las fotos de la librería parecían diferentes, y me fijaba en libros que siempre me habían pasado desapercibidos.

—¡Oh, Hemingway, qué delgado está usted! —decía Sylvia—. ¿Come usted lo suficiente?

—Claro que sí.

—¿Qué almorzó usted hoy?

Se me revolvía el estómago, y contestaba:

—Ahora voy a casa, a almorzar.

—¿A las tres de la tarde?

—¿Son ya las tres? Se me pasó el tiempo sin darme cuenta.

—Adrienne decía el otro día que quiere invitarles a cenar a usted y a Hadley. Invitaremos también a Fargue. A usted le es simpático Fargue, ¿verdad? O a Larbaud. Usted le tiene simpatía, estoy segura. O a cualquiera por quien usted sienta verdadera simpatía. ¿No olvidará decírselo a Hadley?

—Ella tendrá mucho gusto en ir.

—Les mandaré un *pneu*. No trabaje usted tanto como para olvidarse de las comidas.

—No lo haré.

—Y ahora vaya a su casa, que se quedará sin comer.

—Me guardarán la comida.

—No tiene que comer frío. Le conviene una buena comida caliente.

—¿Ha recibido correo para mí?

—Me parece que no. Pero voy a mirar.

Miró, y encontró un papel con una nota y puso cara de satisfacción, y abrió con llave un cajón de su mesa.

—Llegó esto cuando yo no estaba —dijo.

Era una carta y tenía todo el aspecto de contener dinero.

—Wedderkop —añadió Sylvia.

—Debe ser del *Querschnitt*. ¿Vio usted a Wedderkop?

—No. Pero vino cuando estaba George, y dejó esto. Ya hablará con usted, no se preocupe. Debió pensar que lo mejor era pagar primero.

—Aquí hay seiscientos francos. Dice que seguirán otros pagos.

—Qué suerte que usted me hiciera mirar si había algo. Mi querido señor Buena Suerte.

—Lo que menos comprendo es eso de que Alemania sea el único país donde consigo colocar mis cosas. En el *Querschnitt* y en la *Frankfurter Zeitung*.

—Sí que es curioso. Pero no se preocupe. Además no es verdad. Siempre le puede colocar un cuento a Ford, para la *Transatlantic Review* —bromeó Sylvia.

—A treinta francos por página. Pongamos que coloque un cuento cada tres meses en la *Transatlanlic*. Un cuento de cinco páginas, resulta a ciento cincuenta francos cada trimestre. Seiscientos francos al año.

—Pero, Hemingway, no piense en lo que sus cuentos rinden ahora. Lo importante es que usted es capaz de escribirlos.

—Ya sé. Desde luego que soy capaz de escribirlos. Pero nadie quiere comprarlos. No he ganado ningún dinero desde que dejé el periodismo.

—Sus cuentos se venderán. Ya ve que ahora mismo ha recibido dinero por uno.

—Perdóneme, Sylvia. Perdona que hable de estas cosas.

—¿Qué hay que perdonar? Usted puede siempre hablarme, de esto o de cualquier otra cosa. ¿No sabe usted que los escritores nunca hablan más que de sus propios apuros? Pero prométame que no se preocupará, y que comerá lo suficiente.

—Se lo prometo.

—Bueno, vaya a su casa, pues, y almuerce.

Salí a la rué de l'Odéon descontento conmigo mismo, por haberme quejado de mis apuros. Hacía lo que hacía por mi propia voluntad, y luego lo hacía de un modo estúpido. Aquel día hubiera debido comprarme un pan, y comerlo en vez de quedarme sin almuerzo. Al pensarlo, sentía en la boca el sabor de la corteza tostada. Pero la boca se queda seca, con pan y sin nada que beber. Maldito quejicoso. Sucio farsante de santo y mártir, me dije a mí mismo. Dejas el periodismo porque lo has decidido. Tienes crédito, y sabes que Sylvia te prestaría dinero. Y además ya te lo ha prestado, y muchas veces. Y después de los sablazos irás aflojando en otras cosas. Puedes ir diciendo que el hambre es una maravilla, y que los cuadros parecen mejores cuando uno está hambriento. Pero comer es otra maravilla. ¿Y sabes dónde vas a comer ahora?

Vas a comer en Lipp. Comer y beber.

Caminé aprisa hasta Lipp, y todos los objetos que mi estómago percibía con tanta rapidez como mis ojos o mi nariz hacían más agradable el corto paseo. Había poca gente en la *brasserie*, y cuando estuve sentado en la banqueta, con el espejo a mi espalda y una mesa ante mí, el camarero me preguntó si quería cerveza. Pedí un *distingué*, que era una gran jarra de cristal con un litro de cerveza, y una ensalada de patatas.

La cerveza estaba muy fría, y era un gusto beberla. Las *pommes à l'huile* eran de pulpa firme, marinadas en un delicioso aceite de oliva. Las sazoné con pimienta, y las comí con pan mojado en el aceite. Después de beber el primer largo trago de cerveza, seguí bebiendo y comiendo muy despacio. Terminadas las *pommes à l'huile*, pedí otra ración y un *cervelas*, o sea una salchicha parecida a las de Frankfurt, pero muy grande, cortada en dos mitades y cubierta con una salsa especial, a base de mostaza.

Rebañé con pan todo el aceite y toda la salsa y bebí la cerveza despacio hasta que empezó a entibiarse. Cuando la terminé pedí un *demi*, y observé cómo llenaban el vaso de la espita del barril. Me pareció más frío todavía que el *distingué*, y bebí la mitad del vaso.

No podía decirse que yo estuviera preocupándome, pensé. Yo sabía que mis cuentos eran buenos, y al fin iban a publicarlos en América. Cuando dejé de trabajar para periódicos, tenía la plena seguridad de que mis cuentos iban a publicarse. Pero todos los editores a quienes los mandé me devolvieron el manuscrito. Mi confianza

había surgido cuando Edward O'Brien me tomó el cuento «My Old Man» para su antología anual de relatos cortos, y además me dedicó el volumen de aquel año. Recordándolo, me reí y bebí otro sorbo de cerveza. Mi cuento no había aparecido en revista, y O'Brien tuvo que violar todas sus normas para incluirlo en su tomo. Volví a reír, y el camarero me miró de reojo. Lo divertido del caso es que, al fin, O'Brien había escrito mal mi nombre. El cuento que escogió era uno de los dos que me quedaron cuando todos mis manuscritos se perdieron. A Hadley le robaron la maleta en la Gare de Lyon, cuando iba a Lausanne y se llevaba todos mis manuscritos por darme una buena sorpresa, para que yo pudiera trabajar en mis cosas en las montañas donde íbamos a pasar unas vacaciones. Hadley se llevó los manuscritos originales y los puestos en limpio a máquina y las copias al papel carbón, todo muy bien ordenado en carpetas de cartulina. Uno de los dos cuentos se salvó porque Lincoln Steffens lo había mandado al director de un periódico, y lo devolvieron. Viajaba en el correo cuando me robaron lo demás. El otro cuento salvado era el que se titulaba «Up in Michigan», que acababa de escribir el día en que Miss Stein nos visitó. Como ella dijo que el relato era *inaccrochable*, nunca llegué a pasarlo a máquina. Se quedó en un cajón a trasmano.

Después de la estancia en Lausanne, pues, pasamos a Italia, y un día mostré el cuento que trataba de las carreras de caballos a O'Brien, un hombre amable y tímido, pálido, con ojos azul claro y un pelo liso y lacio que se cortaba él mismo, que entonces estaba en pensión en un monasterio cerca de Rapallo. Yo pasaba por una mala época y creía que nunca más volvería a ser capaz de escribir, y le mostré el cuento a O'Brien como una curiosidad, en un impulso como el que uno tiene cuando enseña, neciamente, la bitácora de un barco que ha perdido en un inverosímil naufragio, o cuando exhibe la bota y hace un chiste sobre el pie que tuvieron que amputarle de resultas de un accidente. Luego, cuando O'Brien leyó el cuento, vi que le dolía más que a mí. Yo nunca había visto que nadie sufriera por nada que no fuera una muerte o un dolor físico insoportable, excepto a Hadley cuando me dijo que le habían robado los manuscritos. Mi mujer lloraba y lloraba sin parar, y no se atrevía a decirme lo ocurrido. Yo le dije que por muy grave que fuera el desastre, no podría valer la pena de tanto llanto, y que dejara de preocuparse, que fuera lo que fuera ya se arreglaría. Entre los dos lo arreglaríamos. Al fin me lo dijo. Aunque me lo aseguró no pude creer que se hubiera llevado también las copias al papel carbón. Entonces yo ganaba buen dinero de los periódicos. Pagué a un compañero para que hiciera mi reportaje, y tomé el tren para París. Sí que era verdad, y me acuerdo demasiado bien de lo que hice en la noche después de mi llegada al piso y de comprobar que era verdad. Pero cuando estábamos en Italia, todo aquello había quedado atrás, según Chink me había enseñado a no hacer nunca comentarios sobre las bajas de un combate; de modo que le dije a O'Brien que no se lo tomara tan a pecho.

Probablemente me iba a resultar beneficiosa la pérdida de mis trabajos de aprendiz, y en fin, le serví la clase de majaderías con que se levanta el ánimo de una tropa. Dije que iba a ponerme en seguida a escribir otros cuentos. Y en el momento en que lo dije creyendo que era sólo una mentira para que se animara, me di cuenta de que iba a ser verdad.

Sentado allí en Lipp, seguí pensando y recordé el primer cuento que logré escribir después de la pérdida de mis manuscritos. Fue en Cortina d'Ampezzo, adonde había vuelto a reunirme con Hadley, después de una temporada de esquí en primavera, interrumpida para ir a hacer un reportaje a Renania y al Ruhr. Era un cuento muy sencillo titulado «Out of Season», en el cual omití el verdadero final, que era que el viejo protagonista se ahorcaba. Lo omití basándome en mi recién estrenada teoría de que uno puede omitir cualquier parte de un relato a condición de saber muy bien lo que uno omite, y de que la parte omitida comunica más fuerza al relato, y le da al lector la sensación de que hay más de lo que se le ha dicho.

Bueno, pensé, así me salen los cuentos ahora, que nadie los entiende. Si algo hay seguro, es esto. El hecho cierto es que no hay ninguna demanda por mis cuentos. Pero un día llegarán a entenderlos, como pasa siempre con la pintura. Sólo hace falta tiempo, y sólo hace falta confianza.

Hay que tomar un cuidado muy particular de uno mismo en las épocas en que uno tiene que reducir la comida, para que el pensamiento no sea sólo un pensamiento de hambriento. El hambre es una buena disciplina, y enseña mucho. Y mientras la gente no entiende lo que uno escribe, uno está más adelantado que ellos. Lo que ocurre es eso, pensé, que estoy tan adelantado que no me alcanza el dinero para comer con regularidad. No sería mala cosa si esos que van detrás se acercaran un poco.

Me di cuenta de que tenía que escribir una novela. Pero parecía imposible conseguirlo, precisamente cuando, esforzándome con gran dificultad, había aspirado a meter en un solo párrafo el destilado de todo lo que sale en una novela. Tenía que ponerme a escribir cuentos más extensos, y a entrenarme para una carrera de larga distancia. Cuando escribí mi única novela anterior, perdida también con la maleta que me robaron en la Gare de Lyon, yo tenía todavía la facultad lírica de la adolescencia, tan perecedera y engañosa como la propia juventud. Yo sabía que probablemente era una suerte haber perdido aquella novela, pero sabía también que tenía que escribir otra. De todos modos, iba a retrasarlo tanto como pudiera, hasta que no hubiera otro remedio. Y antes matarme que escribir una novela porque era un medio de comer con regularidad. Cuando tuviera que escribirla, sería porque no podía hacer otra cosa ni me quedaba otra elección. De momento había que dejar que subiera la presión en la caldera. Entretanto, escribiría un cuento largo sobre un asunto que conociera bien.

Al llegar a este punto, ya había pagado la nota y dejado la cervecería, y tomé por la derecha y crucé la rué de Rennes, para no entrar en los Deux Magots a tomar café.

Andando por la rué Bonaparte, me fui a casa por el camino más corto.

¿Cuál era el tema que yo conocía mejor, y que no había tratado todavía en alguno de los manuscritos perdidos? ¿Qué conocía yo mejor, y qué tenía para mí más importancia? Sobre este punto, no cabía la duda. La única duda que cabía, era la del camino que había que escoger para llegar lo más pronto posible al lugar de trabajo. Aquel día, el camino más corto llevaba de la rué Bonaparte a la rué Guynemer, y luego a la rué d'Assas, y finalmente subía por la rué Notre-Dame-des-Champs hasta la Closerie des Lilas.

Me senté en una esquina mientras la luz del atardecer entraba pasando por encima de mi hombro, y me puse a escribir en mi libreta. El camarero me trajo un *café crème*, del que bebí la mitad cuando estuvo frío, y olvidé el resto en la mesa. Cuando terminé de escribir, no quería alejarme de mi río, dejar de mirar las truchas en el remanso y la superficie del agua henchida y lisa, que presionaba contra la resistencia del puente de madera. El tema del cuento era la vuelta de la guerra, pero a la guerra no se la mencionaba nunca.

Sin embargo, a la mañana siguiente el río volvería a estar ante mí, y yo tendría que construir el río y los campos y todo lo que tenía que ocurrir en el relato. Se abría una serie de días que aquel trabajo llenaría enteramente. Era lo único que importaba. En mi bolsillo estaba el dinero recibido de Alemania, de modo que no había apuro. Cuando aquel dinero se terminara, llegaría otro.

Lo único que yo tenía que hacer era conservar mi cabeza en buena forma, hasta que a la mañana siguiente me pusiera otra vez a trabajar.

Ford Madox Ford y el discípulo del diablo

La Closerie des Lilas era el único buen café que había cerca de casa, cuando vivíamos en el piso encima de la serrería, en el número 113 de la rué Notre-Dame-des-Champs. Y era uno de los mejores cafés de París. En invierno se estaba caliente dentro, y en primavera y otoño se estaba muy bien fuera, cuando ponían mesitas a la sombra de los árboles junto a la estatua del mariscal Ney, y las grandes mesas cuadradas bajo los toldos, en la acera del boulevard. Nos hicimos buenos amigos de dos camareros del café. La gente del Dôme y de la Rotonde nunca iban a la Closerie. No hubieran encontrado allí a nadie que les conociera, y nadie les hubiera mirado con la boca abierta cuando entraban. Por entonces, muchos iban a aquellos dos cafés en la esquina del boulevard Montparnasse con el boulevard Raspail para ofrecerse como espectáculo público, y puede decirse que aquellos cafés equivalían a las crónicas de sociedad, como sustitutivos cotidianos de la inmortalidad.

En tiempos anteriores, la Closerie des Lilas fue un café donde se reunían poetas más o menos regularmente, y su último gran poeta era Paul Fort, a quien yo nunca leí. El único poeta que yo vi allí es Blaise Cendrars, con su rota nariz de boxeador y su manga vacía sujeta con un imperdible, que liaba los pitillos con la mano que le quedaba. Era un buen compañero hasta que estaba demasiado borracho, e incluso entonces, las mentiras que soltaba le hacían más interesante que a otros sus relatos verídicos. Pero nunca vi a otro poeta en la Closerie, y además a Cendrars sólo le encontré allí una vez. La mayoría de los clientes eran señores viejos y barbudos, de ropas gastadas, que iban allí con sus esposas o sus queridas, y algunos, pero no todos, llevaban en la solapa la cintila roja de la Legión de Honor. Con optimismo, les clasificábamos a todos como hombres de ciencia, como *savants*, y el tiempo que mataban con un aperitivo era casi tan largo como el que mataban ante un café con leche otros señores de trajes más gastados todavía, que iban allí con sus esposas o sus queridas y mostraban la cintita violeta de las Palmas Académicas, lo cual no tenía nada que ver con la Academia Francesa, y nosotros suponíamos que significaba eran profesores o maestros.

En conjunto, aquellas gentes componían un café agradable, ya que sólo se observaban entre sí, y lo que les interesaba eran sus copas o sus tazas de café o sus infusiones, sin contar los periódicos que estaban sujetos a sus varillas de madera, y en aquel ambiente nadie se exhibía.

Había también otros tipos de hombres, vecinos del barrio, que frecuentaban la Closerie. Algunos llevaban en la solapa la cinta de la Croix de Guerre, y otros la cinta amarilla y verde de la Médaille Militaire, y yo me fijaba en lo bien que superaban las dificultades debidas a los brazos o las piernas que les faltaban, y en la excelente calidad de sus ojos artificiales, y en lo muy hábilmente que les habían rehecho la

cara. En una cara cuyo porcentaje de reconstrucción era alto, se veía siempre un brillo casi iridiscente, que recordaba el de un esquí bien engrasado, y nosotros respetábamos a estos clientes más que a los *savants* y los profesores, aunque bien podían estos últimos haber servido también en la guerra sin sufrir mutilación.

En aquellos días, no teníamos confianza en nadie que no hubiera estado en la guerra, pero además no teníamos plena confianza en nadie, y a menudo imperaba la opinión de que Cendrars no tenía por qué ponerse tan truculento a propósito de su desvanecido brazo. El día en que le encontré allí, me alivió que la cosa ocurriera a primera hora de la tarde, antes de que llegaran los clientes fijos de la Closerie.

Otra tarde, estaba yo sentado a una de las mesas de fuera, mirando cómo iba cambiando el color de la luz que daba en los árboles y los edificios, y cómo pasaban los grandes y lentos caballos que a menudo se veían por los boulevards exteriores. La puerta del café se abrió a mi espalda, y un hombre salió y se plantó a mi derecha, junto a mi mesa.

—De modo que aquí está usted —dijo.

Era Ford Madox Ford, según se hacía llamar entonces, porque desde la guerra había repudiado su apellido alemán de Hueffer. Jadeaba a través de su hirsuto mostacho manchado, y se erguía con rigidez, como si fuera un embudo ambulante, puesto con la punta hacia abajo y bien trajeado.

—¿Permite que me siente? —preguntó sentándose.

Miró al boulevard con sus ojos de un azul desvaído. Las cejas y las pestañas eran incoloras.

—Desperdiocé buenos años de mi vida por lograr que la matanza de estas bestias se hiciera en forma humana —declaró.

—Ya me lo ha dicho —repuse.

—No creo habérselo dicho.

—Estoy seguro.

—Muy raro. Nunca se lo he dicho a nadie en mi vida.

—¿Quiere usted beber algo?

El camarero esperaba ante nosotros, y Ford pidió un Chambéry-cassis. El camarero, que era alto y delgado y se peinaba con brillantina para cubrir su coronilla calva, y ostentaba un gran mostacho en el viejo estilo del cuerpo de dragones, repitió el pedido.

—No. En vez de eso, tráigame una *fine à l'eau* —dijo Ford.

—Una *fine à l'eau* para el señor —transmitió el camarero al mozo del mostrador.

Yo evitaba siempre mirar a Ford en la medida de lo posible, y siempre retenía mi aliento cuando me encontraba cerca de él en una estancia cerrada, pero aquella tarde estábamos al aire libre, y además las hojas caídas volaban sobre la acera, llegando por mi lado de la mesa y alejándose por el suyo, de modo que le miré francamente. Me

arrepentí, y miré a la acera de enfrente. La luz estaba cambiando otra vez, y me había perdido el instante del cambio. Bebí un sorbo de mi copa para comprobar si la proximidad de Ford le había dado mal sabor, pero todavía estaba pura.

—Está usted deprimido —dijo él.

—No.

—Sí lo está. Le conviene salir más de casa. Vine a invitarle a las reunioncillas que tenemos en ese divertido Bal Musette que hay cerca de la place Contrescarpe, en la rué du Cardinal-Lemoine.

—Viví dos años encima del baile ése, antes de que usted volviera a París.

—Qué cosa más rara. ¿Está seguro?

—Sí —afirmé—. Estoy seguro. El propietario de la sala del baile tenía también un taxi, y cuando yo tenía que tomar un avión él me llevaba siempre al aeródromo, y cada vez, antes de salir, entrábamos en la sala que estaba a oscuras, y bebíamos una copa de vino blanco en el mostrador de cinc.

—Nunca me ha interesado la aviación —dijo Ford—. Usted y su esposa, arréglense para ir al Bal Musette el sábado por la noche. Es un lugar muy alegre. Le dibujaré un plano para que pueda encontrarlo. Yo lo descubrí por pura casualidad.

—Está en la planta baja del número 74 de la rué Cardinal-Lemoine —dije—. Yo vivía en el tercer piso.

—Es una casa sin número —dijo Ford—. Pero la encontrará sin dificultad, si consigue llegar hasta la place Contrescarpe.

Bebí otro largo sorbo. El camarero había traído la bebida de Ford, pero Ford le rectificaba.

—No, no pedí un coñac con soda —dijo, paciente, pero severo—. Pedí un vermouth Chambéry con cassis.

—No importa, Jean —dije—. Yo me quedaré con la fine. Tráigale al señor lo que pide ahora.

—Lo que pedí antes —corrigió Ford.

En aquel momento, un hombre más bien demacrado que se cubría con una capa pasó por la acera. Iba en compañía de una mujer alta, y echó una ojeada a nuestra mesa y a las mesas vecinas, y luego siguió su camino por el boulevard.

—¿Vio usted cómo le negué el saludo? —dijo Ford—. ¿Eh? ¿Vio cómo se lo negué?

—No. ¿A quién se lo negó?

—A Belloc —dijo Ford—. ¡Ya lo creo que se lo negué! ¡Y de qué modo!

—No me fijé —dije—. ¿Y por qué le negó el saludo?

—Por toda suerte de buenas razones —dijo Ford—. ¡Y de qué modo se lo negué!

Era feliz, perfecta y completamente feliz. Yo no conocía a Belloc, pero tuve la impresión de alguien que anda absorto en algún pensamiento, y la ojeada que dio a

nuestra mesa fue casi automática. Pero me apenó que Ford hubiera estado grosero con él, ya que, siendo yo entonces un joven que iniciaba su educación, sentía muy alto respeto por los escritores de más edad. Esto parece incomprendible ahora, pero en aquellos días se daba mucho.

Pensé que hubiera sido agradable que Belloc se hubiera sentado a nuestra mesa, y que hubiera sido una buena ocasión para conocerle. El encuentro con Ford me había estropeado la tarde, pero pensé que tal vez Belloc la hubiera arreglado un poco.

—¿Por qué diablos bebe usted coñac? —me preguntó Ford—. ¿No sabe que para un escritor joven, ponerse a beber coñac es fatal?

—No bebo muy a menudo —dije.

Me esforcé por tener muy presente lo que Ezra Pound me había dicho de Ford: que no había que maltratarle nunca, que había que recordar siempre que sólo decía mentiras cuando estaba fatigado, que era un escritor bueno de verdad, y que había sufrido terribles contratiempos conyugales. Me esforcé todo lo que pude por tener presente todo aquello, aunque la pesada y resollante y abyecta vecindad del propio Ford, tan cerca que podía tocarle, lo hacía difícil. Pero me esforcé.

—Explíqueme qué razones hay para retirarle el saludo a alguien —pedí.

Hasta entonces, yo había creído que eso se hacía sólo en las novelas de marqueses que escribía Ouida. Yo nunca fui capaz de leer una novela de Ouida, ni siquiera una vez, en una estación de esquí en Suiza, cuando terminé todos mis libros al tiempo que soplaba el viento húmedo del sur, y el hotel no tenía más que novelas de Ouida abandonadas por algún cliente, en las viejas ediciones de Tauchnitz de antes de la guerra. Pero cierto sexto sentido me decía que en las novelas de aquella dama los personajes se niegan el saludo.

—Un caballero —explicó Ford— le negará siempre el saludo a un rufián.

Bebí a toda prisa un sorbo de brandy.

—¿Se lo negará a un villano? —pregunté.

—Es inconcebible que un caballero tenga relación alguna con un villano.

—¿O sea que un caballero sólo retira el saludo a sus iguales? —seguí investigando.

—Naturalmente.

—¿Y cómo entra un caballero en relación con un rufián?

—Uno puede ignorar que lo sea, y a veces ocurre que un hombre se transforma en un rufián.

—¿Que es un rufián? —pregunté—. ¿Uno de esos seres que un caballero, so pena de su honra, debe apalear hasta molerles los huesos?

—No necesariamente —dijo Ford.

—¿Es Ezra un caballero? —pregunté.

—Claro que no —dijo Ford—. Es un americano.

—¿Nunca puede un americano ser un caballero?

—Tal vez lo sea John Quinn —explicó Ford—. Algunos hay, entre los embajadores.

—¿Myron T. Herrick?

—Tal vez.

—¿Era Henry James un caballero?

—Estaba muy cerca de serlo.

—¿Es usted un caballero?

—Claro que sí. He sido oficial de Su Majestad.

—Qué complicado asunto —dije—. ¿Soy yo un caballero?

—Decididamente no —afirmó Ford.

—¿Por qué, pues, se sienta usted a mi mesa?

—Me siento a su mesa porque le considero como un escritor joven que promete mucho. Como un colega en literatura, realmente.

—Es usted muy amable —dije.

—En Italia, podría considerársele un caballero —concedió Ford con magnanimidad.

—¿Pero no soy un rufián?

—Claro que no, muchacho. ¿Quién dijo eso nunca?

—Pudiera convertirme en un rufián —dije con tristeza—. Con tanto beber coñac. Cosas así acabaron con Lord Harry Hotspur, en la novela de Trollope. Dígame, ¿era Trollope un caballero?

—Claro que no.

—¿Está usted seguro?

—Pudiera haber división de opiniones. Pero la mía es rotunda.

—¿Lo era Fielding? Tenía el rango de juez.

—Técnicamente, tal vez haya que contarle entre los caballeros.

—¿Y a Marlowe?

—Desde luego que no.

—¿Y a John Donne?

—Era un cura.

—Qué fascinante es esta cuestión —dije.

—Me complace su interés —dijo Ford—. Antes de irme, le acompañaré a beber otro coñac con agua.

Cuando Ford se marchó era ya de noche. Anduve hasta el quiosco y compré *Paris-Sport Complet*, la última edición de la tarde del diario de hípica, que traía los resultados de Auteuil, y el programa de las carreras del día siguiente en Enghien. Émile, el camarero que estaba de turno remplazando a Jean, vino a mi mesa para saber el resultado de la última carrera en Auteuil. Un gran amigo mío, al que raras

veces se veía por la Closerie, se acercó entonces y se sentó a mi mesa, y precisamente cuando mi amigo le pedía a Émile su bebida, el demacrado hombre de la capa, con la mujer alta, cruzó por la acera. Su mirada resbaló por nuestra mesa y se desvió.

—Ése es Hilaire Belloc —dije a mi amigo—. Ford estuvo aquí esta tarde, y le negó el saludo.

—No digas bobadas —dijo mi amigo—. Ése es Aleister Crowley, el de las misas negras. Tiene fama de ser el hombre más malvado del universo.

—Lo siento —dije.

Nace una nueva escuela

El instrumental necesario se reducía a las libretas de lomo azul, a los dos lápices y el sacapuntas (afilando el lápiz con un cortaplumas se echa a perder demasiada madera), a los veladores de mármol, y al olor a mañana temprana y a barrido y fregado y buena suerte. Para la buena suerte, había que llevar en el bolsillo derecho una castaña de Indias y una pata de conejo. Hacía tiempo que la pata de conejo había perdido su pelo, y los huesos y tendones relucían de tanto frote. Las uñas rascaban a través del forro del bolsillo, y así uno se acordaba de que allí seguía la buena suerte.

Ciertos días la cosa marchaba tan bien que uno lograba construirse el campo y pasear por el, y andando entre leña cortada salir a un claro del bosque, y subir por una cuesta hasta otear las lomas, más allá de un brazo del lago. Tal vez ocurriera que la mina del lápiz se rompía dentro del embudo del sacapuntas, y uno recurría a la hojita del cortaplumas para expulsar el pedacito de plombagina o tal vez para afilar cuidadosamente el lápiz con su buen filo, y entonces metía uno el brazo por la correa de la mochila, en su salazón de sudor, y levantaba la mochila y pasaba el otro brazo por la otra correa, y sentía el peso repartiéndose por la espalda, y sentía las agujas de pino debajo de los mocasines al echar a andar por la bajada hacia el lago.

Y en aquel momento una voz se hacía oír:

—Hola, Hem. ¿Qué diablos estás haciendo? ¿Pretendes escribir en un café?

Se acabó la buena suerte, y uno cerraba la libreta. Era lo peor que podía ocurrir. Más valía desde luego no perder los estribos, pero la conservación de estribos no era entonces mi punto fuerte, de modo que dije:

—Joder con el hijo de puta. ¿A qué vienes por aquí? ¿Te han echado de tus jodidos barrios?

—Oye, sin insultar. Me parece muy bien que te las echas de excéntrico, pero yo no voy a pagar el pato.

—Vete de aquí, tú y tu boca de mamón.

—Estamos en un establecimiento público. Tengo tanto derecho a quedarme aquí como tú.

—¿Por qué no te vuelves a hacer el marica a la Petite-Chaumière?

—Oh, por favor, no te me pongas pelma.

Siempre quedaba el recurso de marcharse, y confiar en que fuera sólo una visita accidental: que el sujeto había entrado por casualidad, y que no iba a seguirle una infestación. Claro que había otros cafés buenos para trabajar, pero estaban lejos, mientras que aquél era el café de mi casa. No quería que me echaran de la Closerie des Lilas. Ante aquella primera incursión, cabía la resistencia o la retirada. Probablemente lo más cuerdo era la retirada, pero la ira entró en crecida y dije:

—Oye. Un chulo como tú se acomoda en cualquier parte. ¿Por qué tienes que

venir a emporcar un café respetable?

—Sólo entré a tomar una copa. ¿Qué tienes que objetar?

—En nuestro país, después de servirte rompían el vaso.

—Ya me olvidaba de que tenemos un país a medias. Por lo que me cuentas, parece un lugar de costumbres deliciosas.

Estaba sentado a la mesa contigua. Un joven alto y gordo con gafas. Había pedido una cerveza. Decidí no hacerle caso y probar a seguir escribiendo. De modo que no le hice caso y escribí dos frases.

—No hice más que saludarte.

Seguí adelante y escribí otra frase. No se para fácilmente, cuando realmente está en marcha y uno se encuentra bien metido.

—Te has vuelto tan grande, que ya no se puede ni saludarte.

Escribí otra frase que cerraba un párrafo, y leí el párrafo. Estaba bien todavía, y escribí la primera frase del párrafo siguiente.

—Nunca piensas en los demás, ni imaginas que también pueden tener sus problemas.

Las lamentaciones no me estorban: las he oído toda mi vida. Pude perfectamente seguir escribiendo, con aquel ruido no peor que muchos otros, y sin duda mejor que el de Ezra cuando aprendía a tocar el bajón.

—Imagina lo que representa querer ser escritor y sentir la vocación en todas las fibras del cuerpo, y, sin embargo, fracasar siempre.

Seguí escribiendo, y empecé otra vez a tener suerte además de lo otro.

—Imagínate, haberse sentido atravesar por una corriente irresistible, y luego quedar mudo y taciturno.

Mejor eso que mudo y charlatán, pensé, y seguí escribiendo. El sujeto daba ya sus notas altas, y las increíbles frases me calmaban como el chillido de un tablón violado por una sierra mecánica.

—Estuvimos en Grecia —le oí decir pasado algún tiempo.

Hacía rato que sólo le escuchaba como a un ruido. Tenía trabajo adelantado, de modo que podía dejarlo ya para proseguir al día siguiente.

—¿Qué dices de Grecia? —le pregunté—. ¿Estás de vuelta o te quedaste allí?

—No hagas indirectas vulgares —dijo—. ¿No quieres que te cuente lo demás?

—No.

Cerré la libreta y me la metí en el bolsillo.

—¿No te interesa saber cómo terminó?

—No.

—¿No te interesa la vida, ni el sufrimiento de un ser humano?

—El tuyo, no.

—Eres brutal.

—Sí.

—Pensé que tú me ayudarías, Hem.

—Lo que me gustaría es pegarte un tiro.

—¿Serías capaz de hacerlo?

—No. El código penal lo prohíbe.

—Yo haría cualquier cosa por ti.

—¿De veras lo harías?

—Claro que lo haría.

—Entonces guárdate de volver a este café. De momento es lo único que te pido.

Me levanté, y el camarero se acercó y pagué.

—¿Puedo acompañarte hasta la serrería, Hem?

—No.

—Bueno, ya nos veremos otro día.

—No aquí.

—Desde luego —dijo—. Queda prometido.

—¿Qué escribes ahora? —cometí el error de preguntar.

—Escribo lo mejor que puedo. Exactamente como haces tú. Pero es tan difícil.

—No deberías escribir, puesto que no eres capaz. ¿Por qué andas lloriqueando por ahí? Vuélvele a casa. Busca un empleo. Ahórcate. Pero no andes por ahí con tu rollo. Nunca serás capaz de escribir.

—¿Por qué me dices estas cosas?

—¿Nunca te has oído a ti mismo hablar?

—Yo hablo de escribir.

—Pues te callas.

—Eres cruel —dijo—. Todo el mundo me decía siempre que eres cruel y no tienes corazón y estás pagado de ti mismo. Pero yo siempre te he defendido. No volveré a defenderte, de ahora en adelante.

—Así me gusta.

—¿Cómo puedes ser tan cruel con un ser humano como tú?

—No sé —dije—. Ove, ya que no eres capaz de escribir, ¿por qué no te dedicas a la crítica?

—¿Te parece?

—Sería estupendo —le dije—. Siendo crítico, podrás escribir cuanto te venga en gana. No tendrás que preocuparte porque una cosa no sale, o porque te has quedado mudo y taciturno. Todo el mundo leerá lo que escribes y lo respetará.

—¿Crees que puedo ser un buen crítico?

—No sé si muy bueno. Pero puedes ser un crítico. Siempre encontrarás gentes que te harán favores, y tú podrás hacer favores a tus gentes.

—¿Qué quieres decir, con eso de mis gentes?

—Quiero decir tus amigos.

—Oh, ésos. Ésos ya tienen a sus críticos.

—No tienes que ser por fuerza crítico de libros —dije—. Están las pinturas, el teatro, el ballet, el cine...

—Me revelas grandes posibilidades, Hem. Te lo agradezco muchísimo. Se pueden hacer grandes cosas, ya lo veo. Y también es una obra de creación.

—Al crear se le da demasiada importancia. Al fin y al cabo, a Dios le bastaron seis días para crear el mundo, y al séptimo descansó.

—Y desde luego, nada me impedirá dedicarme también a la literatura de creación.

—Nada. Salvo que a lo mejor tu propia crítica te plantea un criterio de calidad excesivamente severo e inalcanzable.

—Mis criterios serán muy altos. No te quepa duda.

—Estoy seguro.

Como era ya un crítico, le invité a una copa y aceptó.

—Hem —dijo; y me di cuenta de que era un crítico de cuerpo entero, ya que empezaba sus frases poniendo en vocativo el nombre de la persona a quien se dirigía—. Con toda sinceridad, tengo que confesarte que tu estilo me parece demasiado rígido.

—Qué lástima.

—Hem: es demasiado seco, demasiado descarnado.

—Malo, malo.

—Hem: demasiado rígido, demasiado seco, demasiado descarnado, se ven demasiado los tendones. Intimidado, palpé la pata de conejo en mi bolsillo y prometí:

—Intentaré que entre un poco en carnes.

—Fíjate que no quiero decir que me guste obeso.

—Hal —dije, para entrenarme a hablar como un crítico—. Me guardaré de la obesidad mientras pueda.

—Me alegra que estemos tan de acuerdo —dijo con magnanimidad.

—¿Te acordarás de no volver por aquí cuando yo esté trabajando?

—Naturalmente, Hem. Claro. A partir de ahora, yo tendré también mi café fijo.

—Eres muy amable.

—Procuro serlo —dijo.

Sería muy interesante e instructivo que el joven se hubiera transformado en un crítico famoso, pero las cosas no tomaron este rumbo, aunque tuve grandes esperanzas por cierto tiempo.

No creí que volviera al día siguiente, pero no quise arriesgarme, y por un día dejé en paz a la Closerie. De modo que al día siguiente me levanté temprano, herví las tetinas de caucho y las botellas de los biberones, compuse la mezcla prescrita y la embotellé, di un biberón a Mr. Bumby y me puse a trabajar en la mesa del comedor,

cuando no había todavía nadie despierto salvo Mr. Bumby, *F. Puss* el gato y yo. Eran dos compañeros tranquilos y agradables, y trabajé con más facilidad que nunca. En aquellos días uno no tenía necesidad de nada, ni siquiera de la pata de conejo, aunque siempre reconfortaba palparla en el bolsillo.

Con Pascin en el Dôme

Era un atardecer muy agradable, y yo había trabajado de firme todo el día, y al fin dejé el piso encima de la serrería y salí atravesando el patio con sus pilas de madera, cerré la puerta, crucé la calle y entré por la puerta trasera de la panadería que por delante daba al boulevard Montparnasse, y salí a la calle después de pasar a través de todos los buenos aromas de pan que llenaban el horno y la tienda. En la panadería ya tenían las luces encendidas, y afuera se acababa el día, y caminé en la penumbra temprana hasta llegar al restaurante del Nègre de Toulouse, donde guardaban nuestras servilletas a cuadros blancos y rojos metidas en los servilleteros de madera y puestas en sus estanterías, esperándonos a que fuéramos a comer. Leí el menú multicopiado en tinta violeta y vi que el plato del día era *cassoulet*. Sólo leer el nombre ya me dio hambre.

Monsieur Lavigne, el dueño, me preguntó qué tal marchaba mi trabajo y le dije que marchaba muy bien. Dijo que me había visto trabajando en la terraza de la Closerie des Lilas a primera hora de la mañana, pero no me había hablado porque me vio muy ocupado.

—Parecía usted un hombre perdido en la jungla —dijo.

—Cuando trabajo, soy como un topo ciego.

—¿Pero no estaba usted en la jungla, monsieur?

—En la pradera —dije.

Luego paseé por la calle, contento con el atardecer primaveral y con la gente que pasaba junto a mí. En los tres cafés mayores vi a personas que conocía de vista y a otras con las que había hablado alguna vez. Pero siempre había otras personas a las que no conocía y que parecían mucho más simpáticas, y que en los atardecidos, cuando se encendían las luces, se apresuraban hacia algún lugar donde se reunirían para beber en compañía, para comer en compañía, y para luego hacer el amor. Las gentes que había en los cafés mayores acaso pensaran en lo mismo, o acaso se contentaban con estar sentados y beber y hablar y darse el gusto de que los demás las vieran. Las personas que a mí me eran simpáticas, pero no conocía, iban a los grandes cafés porque allí podían estar solas y estar juntas. Entonces los grandes cafés eran también baratos, y todos tenían buena cerveza y los aperitivos costaban precios razonables, claramente marcados en los platillos en que los servían.

En aquel atardecer, yo meditaba estos sanos, pero escasamente originales pensamientos, y me sentía extraordinariamente virtuoso porque había trabajado bien y de firme en un día en que me moría de ganas de ir a las carreras. Pero por entonces no tenía dinero para carreras, aunque siempre se podía ganar algún dinero precisamente en las carreras, tomándoselo con empeño. No habían llegado los días de las pruebas de saliva y otros métodos para descubrir a los caballos artificialmente

estimulados, y el *doping* se practicaba en gran escala. Pero eso de apreciar las posibilidades de un caballo al que inyectan estimulantes, y notar los síntomas en el *paddock* y dejarse guiar por percepciones que a veces estaban al borde de lo extrasensorial, y luego descansar en aquellas percepciones un dinero que uno no puede de ningún modo perder, no es manera para que un joven que debe dar de comer a una esposa y un hijo haga carrera mediante el trabajo de todo el día que es aprender a escribir en prosa.

De cualquier modo que se mirara, seguíamos muy pobres, y yo ahorraba todavía por medios tales como el de decir que me habían invitado a almorzar, y pasar dos horas caminando por el jardín del Luxemburgo, y volver a contarle a mi mujer el soberbio almuerzo. Cuando uno tiene veinticinco años y es un peso fuerte nato, saltarse una comida pone muy hambriento. Pero también aguza todas las percepciones, y un día me di cuenta de que entre mis personajes abundaban mucho los que tenían grandes apetitos y les gustaba mucho comer y lo deseaban mucho, y casi todos estaban pensando en beber una copa.

En el Nègre de Toulouse bebíamos el buen vino de Cahors, en cuartillos o medias jarras o jarras enteras, casi siempre diluyéndolo con algo así como un tercio de agua. En casa, encima de la serrería, teníamos un vino de Córcega que mostraba gran personalidad y un precio módico. Era un vino muy corso, y uno podía diluirlo a partes iguales en agua, y seguir recibiendo sus comunicaciones. O sea que en París se podía vivir muy bien por casi nada, y saltándose una comida de vez en cuando y no comprando nunca ropas se podía ahorrar y permitirse lujos.

Esquivé el Select porque vi allí a Harold Stearns, y sabía que él iba a querer hablar de caballos, aquellos animales en los que yo pensaba llenándome de complacencia moral y de espiritualidad, porque eran las bestias pecaminosas de las que me había librado. Pagado de mi crepuscular virtud, pasé ante los habitantes de la Rotonde y, desdeñando el vicio y el instinto gregario, atravesé el boulevard y me fui al Dôme. También el Dôme estaba lleno de gente, pero allí había algunas personas que habían trabajado.

Había chicas que aquel día habían trabajado de modelos, y había pintores que trabajaron hasta quedarse sin luz, y había escritores que bien o mal habían cumplido una jornada de trabajo, y había bebedores y personajes variados, y a unos los conocía mientras los demás eran mera decoración.

Entré y me senté a una mesa donde estaba Pascin con dos modelos que eran hermanas. Pascin me hizo una seña con la mano, cuando yo estaba parado en la acera de la rué Delambre, dudando si entrar a tomar una copa o no. Pascin era un pintor muy bueno, y estaba borracho, de una borrachera sostenida y deliberada y llena de sentido. Las dos modelos eran jóvenes y bonitas. Una era muy morena, menuda, bien formada, con una viciosidad falsamente frágil. La otra era aniñada y tonta, pero muy

linda, en un estilo aniñado poco duradero. No estaba tan bien formada como su hermana, pero es que aquella primavera no lo estaba nadie.

—La hermana buena y la hermana mala —dijo Pascin—. Tengo dinero. ¿Qué quieres beber?

—Una caña de rubia —dije al camarero.

—Pide un whisky. Tengo dinero.

—Me gusta la cerveza.

—Si de verdad te gustara la cerveza irías a Lipp. Supongo que has estado trabajando.

—Sí.

—¿Marcha?

—Espero que sí.

—Bien. Así me gusta. ¿Y todo conserva su buen sabor?

—Sí.

—¿Cuántos años tienes?

—Veinticinco.

—¿Quieres tirártela? —miró a la hermana morena y sonrió—. Lo necesita.

—Ya te la habrás tirado tú bastante por hoy.

Ella me sonrió con abiertos labios.

—Tiene muy mala lengua —dijo—. Pero es bueno.

—Puedes llevártela arriba al estudio.

—No seas cerdo —dijo la hermana rubia.

—¿Y a ti quién te ha dicho algo? —le preguntó Pascin.

—Nadie. Pero yo dije lo que pienso.

—Pongámonos cómodos —dijo Pascin—. El serio joven escritor y el sabio y cordial viejo pintor, y las dos hermosas muchachas, con toda la vida abierta ante ellos.

Allí estuvimos sentados, y las chicas bebían sorbitos de sus bebidas, y Pascin se tomó otra *fine à l'eau* y yo mi cerveza, pero nadie estaba cómodo excepto Pascin. La morena estaba nerviosa y se exhibía como en un escaparate, volviéndose de perfil y haciendo que la luz destacara las concavidades de su cara, y enseñándome los pechos ceñidos por el jersey negro. Llevaba el pelo corto, liso y negro como el de un oriental.

—Has posado todo el día —le dijo Pascin—. ¿Hay alguna razón para que ahora sigas de modelo de este jersey?

—Me gusta —dijo ella.

—Pareces una muñeca javanesa.

—No lo dirás por los ojos —dijo ella—. Mi estilo es más complicado.

—Pareces una pobrecilla muñeca perversa.

—Tal vez —dijo ella—. Pero estoy viva. Tú no llegas a tanto.

—Ya lo veremos.

—Muy bien —dijo ella—. Pero exijo pruebas.

—¿No las tuviste hoy?

—Oh, eso —dijo la chica volviéndose para recoger en su cara la última luz del crepúsculo—. Te puso caliente lo que pintabas. Está enamorado de sus telas —me explicó—. Siempre hace con ellas alguna porquería.

—Quieres que te pinte y que te pague y que te joda para aclararme la cabeza, y que además me enamore de ti —dijo Pascin—. Pobre muñeca tonta.

—A usted le gusto, ¿verdad, monsieur? —me preguntó ella.

—Mucho.

—Pero usted es mucho mayor que yo —dijo con tristeza.

—Todos tenemos el mismo tamaño en la cama.

—No es verdad —dijo su hermana—. Y ya estoy harta de esta conversación.

—Mira —dijo Pascin—. Si piensas que estoy enamorado de las telas, mañana mismo te pinto a la acuarela.

—¿Cuándo cenamos? —preguntó la hermana—. ¿Y dónde?

—¿Cenará usted con nosotros? —preguntó la chica morena.

—No. Iré a cenar con *ma légitime*..

Así se decía entonces. Ahora dicen *ma régulière*.

—¿Tiene que ir?

—Tengo que ir y quiero ir.

—Vete, pues —dijo Pascin—. Y no te enamores de la máquina de escribir.

—Si me lo noto, escribiré a lápiz.

—Mañana a acuarelar —dijo—. De acuerdo, niñas, me tomo otra copa y luego cenamos donde queráis.

—Chez Vikings —dijo la morena.

—Yo también —insistió la hermana.

—De acuerdo —convino Pascin—. Buenas noches, jovencito. Que duermas bien.

—Lo mismo te digo.

—Éstas no me dejan dormir —dijo él—. Nunca duermo.

—Duerme esta noche.

—¿Después de los Vikings?

Hizo una mueca, y llevaba el sombrero hacia atrás, encasquetado en la nuca. Se parecía más a un personaje de revista de Broadway a fines de siglo, que a un pintor excelente como era, y luego, cuando se hubo ahorcado, me gustaba recordarle tal como estaba aquella noche en el Dôme. Dicen que las simientes de todo lo que haremos están en todos nosotros, pero a mí me parece que en los que bromean con la vida las simientes están cubiertas con mejor tierra y más abono.

Ezra Pound y su bel esprit

Ezra Pound se portó siempre como un buen amigo y siempre estaba ocupado en hacer favores a todo el mundo. El estudio donde vivía con su esposa Dorothy, en la rue Notre-Dame-des-Champs, tenía tanto de pobre como tenía de rico el estudio de Gertrude Stein. El de Ezra sólo tenía mucha luz y una estufa para calentarlo, y había pinturas de artistas japoneses amigos suyos. Eran todos nobles en su país de origen, y llevaban el pelo muy largo. Era un pelo de un negro muy brillante, que basculaba adelante cuando hacían sus reverencias, y a mí me impresionaban todos mucho, pero no me gustaban sus pinturas. No las comprendía, pero no encerraban ningún misterio, y en cuanto llegué a comprenderlas me importaron un comino. Lo lamentaba muy sinceramente, pero no pude hacer nada por remediarlo.

Los cuadros de Dorothy sí que me gustaban mucho, y Dorothy me parecía muy hermosa, con un tipo maravilloso. También me gustaba el busto de Ezra que hizo Gaudier-Brzeska, y me gustaron todas las fotos de obras de este escultor que Ezra me enseñó, y que estaban en el libro del propio Ezra sobre él. A Ezra también le gustaba la pintura de Picabia, pero a mí me parecía entonces que no valía nada. Tampoco me gustaba nada la pintura de Wyndham Lewis, que a Ezra le entusiasmaba. Siempre le gustaban las obras de sus amigos, lo cual está muy bien como prueba de lealtad, pero puede ser un desastre a la hora de dar juicios. Nunca discutíamos sobre cosas de éstas, porque yo guardaba la boca callada cuando algo no me gustaba. Si a una persona le gustaban las pinturas o los escritos de sus amigos, yo lo miraba como algo parecido a lo de la gente que quiere a su familia, y es descortés criticársela. A veces, uno puede pasar mucho tiempo antes de tomar una actitud crítica ante su propia familia, la de sangre o la política, pero todavía es más fácil ir tirando con los malos pintores, porque nunca cometen maldades horribles ni le destrozan a uno en lo más íntimo, como son capaces de hacer las familias. Con los pintores malos, basta con no mirarlos. Pero incluso cuando uno ha aprendido a no mirar a las familias ni escucharlas ni contestar a las cartas, la familia encuentra algún modo de hacerse peligrosa. Ezra era más bueno que yo, y miraba más cristianamente a la gente. Lo que él escribía era tan perfecto cuando se le daba bien, y él era tan sincero en sus errores y estaba tan enamorado de sus teorías falsas, y era tan cariñoso con la gente, que yo le consideré siempre como una especie de santo. Claro que también era iracundo, pero acaso lo han sido muchos santos.

Ezra quiso que yo le enseñara a boxear, y un día que le daba una lección en su estudio, a última hora de la tarde, conocí allí a Wyndham Lewis. Ezra boxeaba desde muy poco tiempo, y me avergonzaba que se mostrara torpe ante un amigo suyo, y procuré que diera la mejor impresión posible. Pero no podía darla muy buena, porque la práctica de la esgrima le había resabiado, y yo estaba todavía intentando lograr que

concentrara su boxeo en la mano izquierda y guardara el pie izquierdo adelantado, y que cuando tuviera que adelantar el pie derecho lo hiciera paralelamente al izquierdo. O sea que estábamos todavía en lo básico. No llegaba nunca a enseñarle cómo se dispara un gancho de izquierda, y en cuanto a enseñarle el hábito de retirar su derecha, eso lo reservaba para el futuro.

Wyndham Lewis llevaba un sombrero negro de alas anchas, como un personaje del barrio, y se vestía como un cantante en *La Bohème*. Su cara me recordaba la de una rana, y ni siquiera de una rana toro sino de una rana cualquiera, y París era una charca que le venía ancha. Por aquellos tiempos, pensábamos que un escritor o un pintor puede llevar cualquier vestimenta de la que sea poseedor, y que no hay uniforme oficial para el artista; pero Lewis llevaba el uniforme de un artista de antes de la guerra. Daba grima mirarle, pero él nos observaba muy engreído, mientras yo; esquivaba las izquierdas de Ezra o las blocaba en la palma de mi guante derecho.

Quise dejarlo, pero Lewis insistió para que continuáramos, y me di cuenta de que, como no comprendía nada de lo que hacíamos, estaba al acecho, en la esperanza de que Ezra recibiera daño. Nada ocurrió. No contraataqué nunca, y mantuve a Ezra persiguiéndome, con su izquierda adelantada, pero lanzando de vez en cuando una derecha, y al fin dije que ya estaba bien por aquel día, y me lavé en una palangana, me sequé con una toalla y me puse mi *chandail*.

Nos servimos algo de beber, y yo escuché mientras Ezra y Lewis hablaban, haciendo comentarios sobre gentes que vivían en Londres o en París. Observé a Lewis con cuidado, pero fingiendo no mirarle, como hace uno cuando boxea, y creo que nunca he conocido a un hombre tan repelente. Ciertas personas traslucen el mal, como un gran caballo de carreras trasluce su nobleza de sangre. Tienen la dignidad de un chancro canceroso. Pero Lewis no traslucía el mal; sólo resultaba repelente.

Caminando de vuelta a casa, intenté enumerar las cosas en que Lewis me hacía pensar, y encontré varias cosas. Pero eran todas de orden médico, excepto el sudor de pies. Quise descomponer su cara en sus distintas facciones e írmelas describiendo, pero sólo recordé los ojos. Debajo del sombrero negro, en el primer instante en que le vi, me parecieron los ojos de un violador fracasado.

—Hoy he conocido al hombre más repelente con quien me he encontrado nunca —dije a mi mujer.

—Por favor, Tatie, no me hables de él —contestó—. No me digas nada. Estamos a punto de comer.

Cosa de una semana más tarde, hablé con Miss Stein y le dije que había conocido a Wyndham Lewis, y le pregunté si ella le conocía.

—Yo le llamo «la Tenia Métrica» —me dijo—. Llega de Londres y ve un buen cuadro, y se saca un lápiz del bolsillo y se pone a medir los detalles del cuadro, y dale de tomar medidas con el pulgar en el lápiz. Y toma sus vistas y sus medidas y apunta

exactamente cómo está hecho. Luego se vuelve a Londres y rehace el cuadro, y no le sale. No se ha dado ni cuenta de por dónde va la cosa.

De modo que me acostumbré a pensar en él como la Tenia Métrica. Un término más amable y más provisto de piedad cristiana que cualquiera de los que yo mismo había inventado para designarle. Más tarde, hice lo posible por apreciarle y mostrarme amistoso con él, como hice con todos los amigos de Ezra cuando él me los explicaba. Pero aquella impresión tuve, el día que le conocí en el estudio de Ezra.

Ezra era el escritor más generoso y más desinteresado que nunca he conocido. Corría en auxilio de los poetas, pintores, escultores y prosistas en los que tenía fe, y si alguien estaba verdaderamente apurado, corría en su auxilio tanto si tenía fe como si no. Se preocupaba por todo el mundo, y en los primeros tiempos de nuestra amistad la persona que más le preocupaba era T. S. Eliot, quien, según me dijo Ezra, tenía que estar empleado en un banco en Londres, y, por consiguiente, no disponía de tiempo ni seguía un horario apropiado para dar un buen rendimiento poético.

Ezra fundó una institución llamada Bel Esprit, asociándose con Miss Natalie Barney, que era una americana rica, protectora de las artes. Miss Barney había sido amiga de Rémy de Gourmont (eso fue antes de mis tiempos), y tenía en su casa un salón donde recibía en cierto día de la semana, y en su jardín un templete griego. Muchas mujeres, americanas y francesas, provistas de dinero suficiente, tenían sus salones, y comprendí pronto que eran unos lugares excelentes para que yo me guardara de poner en ellos los pies. Pero creo que Miss Barney era la única con un templete griego en su jardín.

Ezra me mostró el folleto anunciador del Bel Esprit, y Miss Barney le había permitido usar una viñeta del templete griego para la portada. La concepción encarnada en el Bel Esprit era la de que cada cual aportaría una parte de sus ingresos, y entre todos constituiríamos un fondo con el que sacaríamos a Mr. Eliot de su banco, y él tendría dinero para escribir poesía. A mí me pareció una buena idea, y una vez que tuviéramos a Mr. Eliot fuera de su banco, Ezra calculó que la cosa progresaría en línea recta y labraríamos un porvenir para lodo el mundo.

Yo metí un poco de claroscuro en la cosa al referirme siempre a Eliot bajo el título de Comandante Eliot, fingiendo le confundía con el Comandante Douglas, un economista cuyas ideas entusiasmaron grandemente a Ezra. Pero Ezra comprendió que a pesar de todo mi corazón latía como los buenos y que yo estaba imbuido de Bel Esprit, por mucho que a Ezra le irritara oírme solicitar de mis amigos fondos para sacar al Comandante Eliot del banco, y oír a alguien replicar que qué diablos estaba haciendo un comandante en un banco, y que si le habían dado el retiro, no se comprendía que no tuviera una pensión, o que por lo menos no hubiera recibido una indemnización al retirarse.

En casos tales, yo explicaba a mis amigos que todo aquello no venía a cuento.

Uno estaba dotado de Bel Esprit o no lo estaba. Si tienes Bel Esprit, contribuirás para que el Comandante salga del banco. Si no lo tienes peor para ti. ¿Comprendes por lo menos el significado del templete griego? ¿No? Ya me parecía a mi. Adiós, muy buenas. Te metes tu dinero donde te convenga. No lo aceptamos aunque nos lo implores de rodillas.

Mi actividad como agente del Bel Esprit fue muy enérgica, y por entonces mis sueños más felices eran aquellos en que veía al Comandante salir a grandes zancadas por la puerta del banco, transformado en hombre libre. No logro acordarme de cómo se cascó por fin el Bel Esprit, pero me parece que tiene alguna relación con el hecho de que el Comandante publicó *The Waste Land* y el poema le ganó el premio del *Dial*, y poco después una dama con título financió para Eliot una revista llamada *The Criterion*, y ni Ezra ni yo tuvimos que preocuparnos más por él. Creo que el templete se encuentra todavía en su jardín. Para mí fue una decepción eso de que no hubiéramos logrado sacar al Comandante de su banco mediante la operación única del Bel Esprit, según yo lo visualizaba en mis sueños, con lo que tal vez se hubiera venido a vivir en el templete griego, por donde podríamos dejarnos caer de vez en cuando, Ezra y yo, a coronarle de laurel. Yo conocía un lugar donde había laureles muy hermosos, y yo hubiera podido ir a cortar unas ramas y traerlas en bicicleta, y hubiéramos podido coronarle cada vez que se sintiera solo, o cada vez que a Ezra le fuera dable revisar los manuscritos o las pruebas de otro poema tan grande como *The Waste Land*. Para mí, la empresa aquella resultó moralmente pernicioso, como han resultado tantas otras cosas, porque me metí en el bolsillo el dinero que había destinado a sacar al Comandante del banco, y me lo llevé a Enghien y lo aposté en caballos que saltaban bajo la influencia de estimulantes. En dos reuniones hípicas, los estimulados caballos por los que yo apostaba dejaron atrás a los animales sin estímulo o con estímulo insuficiente, salvo en una carrera en la que nuestro angelito querido se estimuló hasta tal punto que antes de la salida arrojó a su jockey al suelo y se escapó, y dio una vuelta entera al circuito del *steeplechase*, saltando hermosamente en su soledad, tal como uno salta a veces en sueños. Cuando lo cazaron y lo volvieron a montar, arrancó en cabeza y, como dicen los franceses, hizo una carrera honrosa, pero el dinero fue para otro.

Me hubiera sentido más dichoso si el dinero de la apuesta hubiera ido a parar al Bel Esprit, que había dejado de existir. Pero me consolé pensando que, con las apuestas acertadas, hubiera podido contribuir al Bel Esprit con una suma mucho mayor que mi primera intención.

Un final bastante extraño

El modo como acabaron las relaciones con Gertrude Stein fue bastante extraño. Nos habíamos hecho muy amigos y yo le había hecho varios favores en cosas prácticas, tales como lograr que su largo libro empezara a publicarse por entregas en la revista de Ford, y ayudar en la dactilografía del manuscrito y la corrección de las pruebas, y empezábamos a ser amigos más íntimos de lo que yo podía sensatamente desear. Nunca se saca gran cosa de que un hombre sea amigo de una mujer célebre, aunque puede ser agradable antes de que se tuerza hacia la suerte o la desgracia, y por lo regular todavía se saca menos cuando se trata de escritoras realmente ambiciosas.

Una vez me excusé por haber pasado cierto tiempo sin visitar el 27 de la rué de Fleurus, alegando que no sabía si era probable que Miss Stein se encontrara en casa, y entonces ella me dijo:

—Pero hombre, Hemingway, aquí está usted en su casa. Lo digo con toda sinceridad, créame. Entre siempre que quiera, y la doncella —la mencionó por su nombre, pero lo he olvidado— le atenderá, y usted se instala a sus anchas hasta que yo llegue.

No abusé del ofrecimiento, pero a veces me dejaba caer por allí y la doncella me servía una copa, y yo miraba los cuadros y si Miss Stein no aparecía daba las gracias a la doncella y dejaba una nota y me iba. Cuando Miss Stein y una compañera se disponían para un viaje al sur de Francia en el coche de Miss Stein, ella me pidió que la visitara cierta tarde para despedirnos. Nos había invitado a que Hadley y yo fuéramos a verla al lugar de sus vacaciones, quedándonos en un hotel, pero nosotros teníamos otros planes y otros lugares adonde queríamos ir. Naturalmente, no se dice esto con franqueza, sino que a uno le gustaría mucho ir con los amigos y hará todo lo posible, y a última hora no hay manera. Empecé a dominar el sistema para no obedecer a las invitaciones. Tuve que aprenderlo. Mucho después, Picasso me dijo que cuando los ricos le invitaban él aceptaba siempre porque así se ponían tan contentos, pero luego salía un obstáculo y no había manera. De todos modos no lo decía por Miss Stein, sino por gente muy distinta.

Hacía un hermoso tiempo de primavera cuando bajé para mis adioses desde la plaza de l'Observatoire, atravesando el Petit-Luxembourg. Los castaños de Indias estaban en flor, y había muchos niños jugando en las sendas de gravilla mientras sus niñeras se sentaban en los bancos, y vi a muchas palomas torcaes en los árboles y además oía a otras que eran invisibles.

La doncella abrió la puerta sin que yo tocara el timbre, y me dijo que entrara y esperara. Miss Stein llegaría de un momento a otro. Era antes de mediodía, pero la chica me sirvió una copa de aguardiente, la puso en mi mano y me guiñó el ojo con alegría. El incoloro alcohol me sabía bien en la lengua, y lo tenía todavía en la boca

cuando oí a alguien que hablaba dirigiéndose a Miss Stein, y nunca he oído a nadie dirigirse en tal forma a otra persona. A nadie, nunca, en ninguna parte.

Luego me alcanzó la voz de Miss Stein, defendiéndose y suplicando. Decía:

—Esto no, cielo. No hagas esto. No, por favor, no hagas esto. Haré todo lo que me pidas, pero no, cielo, esto no, por favor. No lo hagas. No, cielo, por favor, no.

Tragué la bebida y dejé la copa en la mesa y salí disparado hacia la puerta. La doncella meneó el índice apuntándome y murmuró:

—No se marche. Estará con usted en seguida.

—Tengo que irme —dije.

Procuré no oír nada más mientras me alejaba, pero la cosa continuaba y el único modo de no oír era no estar allí. No era agradable oír a una, y las respuestas de la otra eran peores.

Ya en el patio, pedí a la doncella:

—Por favor, diga que nos encontramos en el patio. Que yo no pude entretenerme, porque un amigo ha caído enfermo. Desea a la señora buen viaje de mi parte. Ya escribiré.

—Entendido, *monsieur*. Qué lástima que tenga usted tanta prisa.

—Sí —dije—. Qué lástima.

Y así acabó todo para mí, de un modo bastante estúpido, aunque seguí haciendo pequeños recados, aparecí cuando se me requería, llevé a gentes que eran deseadas, y esperé mi despido, junto con la mayoría de los hombres amigos, cuando llegó la época en que nuevas amistades se introdujeron. Daba pena ver nuevos cuadros sin valor colgados al lado de los grandes cuadros, pero a mí ya no me importaba. No me importaba un comino. Ella se peleó con todos los que la queríamos excepto con Juan Gris, y con éste no pudo pelearse porque se había muerto. Además me parece que a él no le hubiera importado porque ya nada le importaba según se ve por sus últimos cuadros.

Finalmente, ella se peleó también con los nuevos amigos, pero nosotros ya no seguíamos las fluctuaciones de la situación. Llegó a parecerse a un emperador romano, lo cual está muy bien si a uno le gusta que las mujeres se parezcan a emperadores romanos. Pero Picasso la había retratado, y yo me acordaba muy bien de ella cuando se parecía a una mujer friulana.

Por fin, todo el mundo, o casi todo el mundo, se reconcilió con ella para no parecer pedante o resentido. Pero yo nunca pude reconciliarme de verdad, no pude reconciliarme ni de corazón ni de cabeza. Esto, que la cabeza no sea capaz de reconciliarse, es lo peor que pueda pasar. Pero aquel caso era más complicado todavía.

El hombre marcado para la muerte

Aquella tarde en que conocí a Ernest Walsh, el poeta, en el estudio de Ezra, al poeta le acompañaban dos chicas con largos abrigos de visón, y afuera en la calle le esperaba un largo coche reluciente, alquilado en el Claridge, con un chófer de uniforme. Las chicas eran rubias y habían atravesado el Atlántico en el mismo barco en que iba Walsh. El barco había llegado la víspera, y el poeta llevó las chicas a visitar a Ezra.

Ernest Walsh era moreno, vehemente, impecablemente irlandés, poético, y visiblemente marcado para la muerte, tal como en las películas salen personajes marcados para la muerte. Conversó con Ezra mientras yo hablaba con las chicas, que me preguntaron si había leído los poemas de Mr. Walsh. No los había leído, y una de ellas sacó un número, de verde cubierta, de la revista de Harriet Monroe, *Poetry: A Magazine of Verse*, y me enseñó unos poemas de Walsh que la revista traía.

—Le pagan mil doscientos dólares por poema —dijo la muchacha.

—Por cada poema —dijo la otra.

Si mi memoria no fallaba, yo recibía doce dólares por página, en el mejor de los casos, de la misma revista.

—Debe ser un gran poeta —dije.

—A Eddie Guest no le pagan tanto por sus canciones —me informó la primera chica.

—No le pagan tampoco tanto a ese otro poeta. Ése, ya sabe usted.

—Kipling —dijo su amiga.

—A nadie más le pagan tanto —dijo la chica primera.

—¿Se quedan en París mucho tiempo? —les pregunté.

—Pues no. No puede decirse que por mucho tiempo. Vinimos con un grupo de amigos.

—Llegamos en el barco ése, ya sabe usted. Pero en realidad no había nadie a bordo. Bueno, claro que estaba Mr. Walsh.

—¿No será Mr. Walsh el jugador, el célebre especialista de los naipes?

Ella me miró con mirada decepcionada, pero comprensiva.

—No. No necesita esas cosas. Pudiendo escribir poemas como los suyos...

—¿En qué barco regresan ustedes?

—Bueno, depende. Depende de los barcos y de otras muchas cosas. ¿Piensa usted regresar?

—No. Aquí me defiando.

—Este barrio parece más bien pobre, de todos modos.

—Sí. Pero no es mal barrio. Yo trabajo en los cafés, y de vez en cuando doy una vuelta por los hipódromos.

—¿Puede ir al hipódromo vestido así?

—No. Éste es mi traje de café.

—Ah, ya entiendo el truco —dijo una de las chicas—. Me gustaría conocer un poco esa vida de cafés. ¿No te gustaría a ti, rica?

—Sí me gustaría —contestó la otra chica.

Apunté sus nombres en mi libreta de direcciones y prometí que las llamaría al Claridge. Eran buenas chicas, y les dije adiós a ellas y a Walsh y a Ezra. Walsh estaba todavía hablando a Ezra con gran vehemencia.

—No se olvide —dijo la más alta de las dos chicas.

—Imposible olvidarlo —dije, y les estreché otra vez la mano a las dos.

La primera vez que volví a tener noticias de Walsh fue cuando Ezra me contó que para que pudiera dejar el Claridge tuvieron que pagarle la factura ciertas damas devotas de la poesía y de los poetas marcados para la muerte y lo siguiente, al cabo de algún tiempo, fue que había obtenido apoyo financiero de otra fuente y que iba a fundar una nueva revista trimestral de la que sería codirector.

Por entonces el *Dial*, una revista literaria americana que dirigía Scofield Thayer, daba un premio anual, me parece que de mil dólares, a un colaborador que hubiera excelido en el ejercicio de las letras. En aquellos días era una suma considerable para un escritor puro, aparte del prestigio, y el premio se había dado ya a varias personas, todas ellas muy meritorias, naturalmente. Entonces, una pareja podía vivir cómodamente y bien en Europa por cinco dólares al día, y podía viajar.

Aquella revista trimestral de la que Walsh iba a ser un director tenía en cartera, según se decía, el proyecto de premiar con una suma muy apreciable al colaborador cuya obra se considerara la mejor al cabo de cuatro números.

Si la noticia circuló a base de chismorreo y rumor, y si hubo alguna confidencia personal, no es cosa que pueda precisarse. Queremos esperar y creer siempre que se procedió en todo con la mayor honradez. Ciertamente, nunca pudo afirmarse ni imputarse nada contra la otra persona, compañera de Walsh en la dirección.

No hacía mucho que yo había oído rumores de aquel supuesto premio, cuando Walsh me invitó un día a almorzar en cierto restaurante que era el mejor y más caro de los alrededores del boulevard Saint-Michel, y después de las ostras, que fueron de las caras *marennés* planas y con un dejo a cobre, y no de las ordinarias y baratas *portugaises* redondeadas, y después de una botella de Pouilly-Fuissé, empezó a guiarme delicadamente hacia su terreno. Parecía como si estuviera transformándose a mí en puta y transformándose él en mi chulo, tal como se había transformado en el chulo de las putillas del barco, claro que suponiendo que fueran putillas y que él fuera su chulo, y cuando me preguntó si me gustaría comer otra docena de las ostras planas, como él las llamaba, dije que tendría muchísimo gusto. Conmigo no se esforzaba por parecer marcado para la muerte, y esto siempre era un alivio. Él sabía que yo sabía

que él estaba podrido, y no quiero decir podrido como los chulos sino podrido como los tísicos que mueren de la tisis, y que yo sabía que estaba grave, y conmigo no se esforzaba por toser, y ya que estábamos en la mesa yo se lo agradecía. Me pregunté si comía las ostras planas según el mismo principio de las putas de Kansas City, que estaban marcadas para la muerte y puede decirse que para todo, y que siempre querían tragar esperma como soberano remedio contra la tisis; pero no se lo pregunté. Empecé mi segunda docena de ostras planas, levantándolas de su lecho de hielo machacado en la bandeja de plata, y observando cómo sus increíbles sutiles bordes pardos reaccionaban y se encogían cuando les caía encima el zumo de limón que yo estrujaba, y cortando el músculo que las juntaba con la concha, y llevándomelas a la boca para masticarlas con minucia.

—Ezra es un poeta grande, muy grande —dijo Walsh, mirándome con sus sombríos ojos también de poeta.

—Sí —dije—. Y muy buena persona.

—Noble —dijo Walsh—. Noble de pies a cabeza.

Comimos y bebimos en silencio, como tributo a la nobleza de Ezra. Eché de menos a Ezra, y me hubiera gustado que estuviera con nosotros. El tampoco comía *marennnes* de ordinario.

—Joyce es grande —dijo Walsh—. Grande. Grande.

—Grande —dije—. Y un buen amigo.

Nos habíamos hecho amigos en aquel maravilloso intervalo después de terminado el *Ulysses* y antes de que Joyce empezara aquello que durante largos años se tituló *Work in Progress*. Pensé en Joyce, y me acordé de muchas cosas.

—Deseo que su vista mejore —dijo Walsh.

—Él lo desea también —dije yo.

—Es la tragedia de nuestra época —me comunicó Walsh.

—Todo el mundo tiene algo estropeado —dije, procurando alegrar el banquete.

—Tú no tienes nada.

Walsh me arrojó encima todo su encanto y un poco más, y luego se marcó a sí mismo para la muerte.

—¿Quieres decir que no estoy marcado para la muerte? —pregunte, sin poder contenerme.

—No. Tú estas marcado para la Vida —declaró, pronunciando la palabra con mayúscula.

—Espera un poco —dije.

Walsh quería comer un buen *steak*, un *steak* de rara calidad, y pedí dos *tournedos* con salsa bearnesa. Pensé que la mantequilla le haría un efecto saludable.

—¿Qué dirías de un vino tinto? —preguntó.

Vino el *sommelier* y pedí un Châteauneuf-du-Pape. Luego iba a darme un paseo

por los muelles para eliminarlo. Walsh podía dormir su vino o hacer con él lo que le gustara. Lo que es a mí, el vino no va a pesarme demasiado, pensé.

El asunto gordo amaneció por fin, cuando acabábamos la carne y las patatas y andábamos por los dos tercios del Châteauneuf-du-Pape, que no es un vino de mesa.

—Es inútil andarse con rodeos —dijo Walsh—. Ya sabes que vas a tener el premio, ¿verdad?

—¿Yo? —dije—. ¿Por qué?

—Vas a recibirlo —dijo.

Se puso a hablar de mi obra y yo me puse a no escucharle. Me daban angustia las gentes que me hablaban de mi obra a la cara, y le miré y vi su expresión de marcado para la muerte, y pensé, podrido que quieres pudrirme con tu podre. He visto a batallones que caminaban por el polvo de la carretera hacia el frente, y una tercera parte de aquellos hombres iban a la muerte o algo peor, y no se veía en ellos ninguna marca particular, el polvo era el mismo para todos, y ahí estás tú con tu aspecto de marcado para la muerte. Ahora quieres pudrirme a mí. No pudras a los demás lo que no quieras que te pudran a ti. Lo único no podrido era su muerte. Estaba al llegar, sin trampa.

—No creo merecerlo, Ernest —le dije, divirtiéndome en llamarle por mi propio nombre, que aborrezco—. Además, Ernest, no sería ético, Ernest.

—Es curioso que tengamos el mismo nombre, ¿no te parece?

—Sí, Ernest —dije—. Es un nombre del que debemos responsabilizarnos sin reservas. Entiendes lo que quiero decir, ¿verdad, Ernest?

—Sí, Ernest —dijo.

Me miró expresándome su completa, su morriñosa, su irlandesa comprensión, y desplegando todo su encanto.

Por consiguiente, fui siempre muy amable con él y con su revista, y cuando tuvo sus hemoptisis y se fue de París, y me pidió que cuidara de la impresión de la revista ya que los tipógrafos no sabían inglés, lo hice. Asistí a una de las hemoptisis, era perfectamente auténtica, y me di cuenta de que iba a morir sin escapatoria, y en aquel momento, que era un momento difícil de mi vida, me satisfacía ser en extremo amable con él, igual que me satisfacía llamarle Ernest. Además, por su compañera en la dirección yo sentía simpatía y admiración. Ella no me había prometido ningún premio. Ella sólo quería hacer una buena revista y pagar bien a los colaboradores.

Un día, pasado mucho tiempo, encontré a Joyce que se paseaba por el boulevard Saint-Germain, tras haber pasado la tarde, solo, en el teatro. Le gustaba escuchar a los actores, aunque no les veía. Me invitó a beber una copa con él, y nos sentamos en los Deux Magots y pedimos jerez seco, aunque todos los biógrafos escriben que él nunca bebió más que vino blanco de Suiza.

—¿Qué me dice de Walsh? —preguntó Joyce.

—De tal vivo, tal muerto —contesté.

—¿Le prometió a usted aquel premio?

—Sí.

—Me lo figuraba —dijo Joyce.

—¿Se lo prometió a usted?

—Sí —contestó Joyce, y después de un silencio preguntó—: ¿Se lo prometería a Pound, qué le parece a usted?

—No sé.

—Mejor no preguntárselo —dijo Joyce.

Así lo dejamos. Le conté a Joyce mi primer encuentro con Walsh en el estudio de Ezra, con las chicas de los largos abrigos de pieles, y la anécdota le divirtió.

Evan Shipman en la Closerie des Lilas

A partir del día en que descubrí la librería de Sylvia Beach, me leí Turgéniev entero, todo lo que había salido en inglés de Gógol, las traducciones de Tolstoi por Constance Garnett, y las traducciones inglesas de Chéjov. En Toronto, antes de haber estado nunca en París, oía yo decir que Katherine Mansfield había escrito buenos cuentos, había incluso escrito grandes cuentos, pero cuando quise leerla después de conocer a Chéjov me parecía oír los relatos cuidadosamente artificiales de una solterona joven, comparados con lo que puede contar un médico de mucha inteligencia y experiencia, que además era un escritor bueno y sencillo. La Mansfield era una especie de cuasi-cerveza. Mejor beber agua. Pero Chéjov no era agua, salvo por su claridad. Tenía algunos cuentos que parecían ser mero periodismo. Pero tenía otros maravillosos.

En Dostoievski había cosas increíbles y que no se debían creer, pero había algunas tan verdaderas que uno cambiaba a medida que las leía. La flaqueza y la locura, la malignidad y la santidad, la insania del juego, estaban allí para que uno las conociera como conocía el paisaje y los caminos en Turgéniev, y los movimientos de tropas y el terreno y los oficiales y la tropa y el combate en Tolstoi. Al lado de Tolstoi, lo que Stephen Crane escribió sobre la guerra civil parecía la brillante fantasía de un muchacho enfermo que nunca había estado en la guerra, pero había leído los relatos de batallas y las crónicas y había mirado las fotos de Brady, todo lo que yo había leído y mirado de niño en casa de los abuelos. Hasta conocer *La Chartreuse de Parme*, de Stendhal, nunca leí nada que presentara la guerra tal como es excepto en Tolstoi, y el maravilloso relato de Waterloo, por Stendhal, es un trozo episódico en un libro que contiene mucho aburrimiento. Llegar a todo aquel nuevo mundo de literatura, con tiempo para leer en una ciudad como París donde había modo de vivir bien y de trabajar por pobre que uno fuera, era como si a uno le regalaran un gran tesoro. Y uno podía llevarse consigo el tesoro cuando salía de viaje, y en las montañas de Suiza y de Italia donde vivíamos antes de descubrir Schruns en el alto valle del Vorarlberg en Austria, siempre estaban los libros, de modo que vivíamos en el nuevo mundo recién descubierto, entre la nieve y los bosques y los ventisqueros y los apuros del invierno y el cobijo del hotel Taube, todo esto de día, y de noche podíamos vivir en el otro mundo maravilloso que los escritores rusos nos regalaban. Al principio estaban los rusos. Luego estuvieron todos los demás. Pero por mucho tiempo sólo estuvieron los rusos.

Me acuerdo de que un día, cuando volvíamos con Ezra después de jugar al tenis en el boulevard Arago, él me invitó a subir a su estudio para una copa, y allí le pregunté qué pensaba sinceramente de Dostoievski.

—Si tengo que serte franco, Hem —dijo Ezra—, nunca leo a los rusos.

Era una contestación sin rodeos, como me las daba siempre Ezra cuando hablábamos, pero no me gustó, porque aquél era el hombre que entonces me gustaba y me convencía más como crítico, el hombre que creía en el *mot juste*, en la única palabra que es correcto usar, el hombre que me había enseñado a desconfiar de los adjetivos tal como más adelante yo aprendería a desconfiar de ciertas personas en ciertas situaciones. Y yo quería saber su opinión sobre un hombre que casi nunca usó el *mot juste*, pero que a veces daba a sus personajes una vida como casi nadie lograba dar.

—No te alejes de los franceses —dijo Ezra—. Tienes mucho que aprender de ellos.

—Ya lo sé —dije—. Tengo mucho que aprender de todo el mundo.

Más tarde, después de dejar el estudio de Ezra, caminé de vuelta a la serrería, mirando desde la alta calle hacia el hueco en que terminaba, donde se veían los árboles desnudos y detrás la lejana fachada del Café Bullier, tras el ancho del boulevard Saint-Michel. Abrí la puerta y pasé entre la leña recién aserrada, y dejé mi raqueta, guardada en su prensa, detrás de las escaleras que subían al piso alto del *pavillon*. Llamé por la escalera, pero no había nadie en casa.

—La señora ha salido, y también la bonne con el niño —me dijo la mujer del dueño de la serrería.

Era una mujer de mal carácter, obesa, de peinado llamativo. Le di las gracias.

—Vino un joven y preguntó por usted —dijo, usando el término de *jeune homme* en vez de *monsieur*—. Dijo que estaría en la Closerie des Lilas.

—Muchas gracias —dije—. Si mi esposa vuelve, haga el favor de decirle que estoy en la Closerie.

—Salió con unos amigos —dijo la mujer.

Ajustándose la bala roja, montada en sus altos tacones, cruzó el umbral de su propio *domaine* sin molestarse en cerrar la puerta.

Bajé por la calle entre las altas y manchadas y jaspeadas fachadas de las casas blancas; torcí a la derecha al llegar al abierto y soleado cabo de la calle, y me adentré en la penumbra rayada de sol de la Closerie.

No había en la sala nadie que yo conociera, pero salí a la terraza y encontré a Evan Shipman esperando. Era un buen poeta, que tenía afición y experiencia de caballos, de literatura y de pintura. Se levantó y le vi alto y pálido y delgado, con su camisa blanca sucia y de cuello raído, con su corbata cuidadosamente anudada, con su gastado y arrugado traje gris, con sus manchados dedos más oscuros que su pelo, con sus uñas ribeteadas y con su cordial y humilde sonrisa que reprimía para no mostrar sus estropeados dientes.

—Estoy muy contento de verte, Hem —dijo.

—¿Cómo estás, Evan? —pregunté.

—Un poco bajo —dijo—. Aunque me parece que aquello del *Mazeppa* me ha salido bien. ¿Y tú qué haces últimamente?

—Hombre, me alegro —dije—. Me fui a jugar al tenis con Ezra, por eso no me encontraste en casa.

—¿Qué tal está Ezra?

—Muy bien.

—Me alegro. Sabes, Hem, me parece que a la dueña ésa de donde tú vives no le caigo en gracia. No me dejó subir a esperarte.

—Ya le hablaré.

—No, no hace falta. Siempre puedo esperarte aquí. Es muy agradable estar al sol ahora, ¿no te parece?

—Estamos en pleno otoño. Me da la impresión de que no vas bastante abrigado para este tiempo.

—Sólo hace fresco por la noche —dijo Evan—. Un día de éstos empezaré a ponerme el abrigo.

—¿Sabes dónde lo tienes?

—No. Pero lo tengo guardado en alguna parte. No lo perderé.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque guardé el poema en el bolsillo—. Rió sinceramente, pero apretando los labios para no enseñar los dientes—. Acompáñame a beber un whisky, por favor.

—Muy bien.

—Jean —se levantó Evan y llamó al camarero—. Dos whiskies, por favor.

Jean vino con la botella y los vasos y dos platillos de diez francos y el sifón. No midió con una copita y vertió whisky hasta llenar los vasos en más de tres cuartos. Jean quería mucho a Evan, que a menudo le acompañaba y le ayudaba a trabajar en su huerto de Montrouge, pasada la Porte d'Orléans, en los días libres de Jean.

—No tiene que exagerar —dijo Evan al alto y viejo camarero.

—¿Son dos whiskies o no? —preguntó el camarero.

Añadimos agua, y Evan dijo:

—Bebe el primer sorbo con mucho cuidado, Hem. Bien administrados, estos vasos nos pueden durar mucho.

—¿Y qué, te cuidas un poco? —le pregunte.

—Si, te lo juro. Pero hablemos de otra cosa, ¿no te parece?

No había nadie más sentado en la terraza, y el whisky empezó a caldearnos a los dos, aunque yo iba más preparado para el otoño que Evan, y llevaba mi *chandail* de boxeo y encima una camisa y encima de la camisa un jersey azul de marinero francés.

—He estado pensando en Dostoievski —dije—. No acabo de entenderlo. ¿Cómo puede escribir tan mal, tan increíblemente mal, y hacernos sentir tan hondamente?

—No creo que sea la traducción —dijo Evan—. Pasado por esa mujer, Tolstoi es

muy buen escritor.

—De acuerdo. No sé cuántas veces comencé *La guerra y la paz* y lo dejé, hasta encontrar la traducción de Constance Garnett.

—Dicen que se la puede mejorar. No lo dudo aunque no sé ruso. Pero ya sabemos lo que son las traducciones. De todos modos, lo cierto es que la novela queda fantástica, quizá la mejor que existe, y uno puede leerla y releerla.

—De acuerdo —dije—. En cambio no puedes leer y releer a Dostoievski. Tenía *Crimen y Castigo* en Schruns, en una temporada en que se nos acabaron los libros, y no pude releerlo aunque no tenía nada que leer. Me dediqué a los periódicos austríacos y a estudiar alemán hasta que encontramos algo de Trollope en la edición Tauchnitz.

—Que Dios bendiga a Tauchnitz —dijo Evan.

El whisky había perdido su ardor, y después de añadirle agua parecía simplemente una bebida demasiado fuerte.

—Mira, Hem, Dostoievski era una mierda —prosiguió Evan—. De lo que escribe bien es de mierda y de los santos. Sus santos son maravillosos. Lástima que no haya modo de releerle.

—Voy a probar otra vez con *Los hermanos*. Probablemente fue culpa mía.

—Se pueden releer trozos. Se puede releer casi todo. Pero de pronto empieza a ponerte furioso, por grande que sea.

—Bueno, en todo caso tuvimos suerte de poder leerlo por primera vez, y tal vez saldrá una traducción mejor.

—Pero no te dejes tentar por ese hombre, Hem.

—Claro que no. Yo quiero escribir de modo que haga efecto sin que el que lee se dé cuenta, y así, cuanto más lea más efecto le hará.

—Estupendo. Bebo a tu salud el wisky de Jean —dijo Evan.

—Se meterá en un lío serio si sigue haciendo eso —dije.

—Ya está metido en un lío —dijo Evan.

—¿Qué pasa?

—El café cambia de dueño —dijo Evan—. Los nuevos propietarios quieren una clientela diferente, que gaste dinero, y van a poner un bar americano. Los camareros llevarán chaquetas blancas, figúrate tú, y les han dicho que se preparen a afeitarse los bigotes.

—No pueden hacerles eso a André y a Jean.

—No deberían poder, pero lo harán.

—Jean ha llevado bigote toda su vida. Es un bigote de dragón. Sirvió en un regimiento de Caballería.

—Tendrá que afeitárselo.

Bebí el resto del whisky.

—¿Otro whisky, *monsieur*? —vino Jean a preguntarme—. ¿Un whisky, *monsieur* Shipman?

Su gran bigote de puntas caídas formaba parte de su cara descarnada y amable, y la bola calva de su cabeza brillaba debajo de los hilos de pelo rígido que la atravesaban.

—No haga eso, Jean —le dije—. No se arriesgue.

—No hay riesgo —nos dijo en voz baja—. Lo que hay es mucha confusión. Muchos se despiden. Entendido, *messieurs* —dijo en voz alta.

Entró en el café y volvió a salir equipado con la botella de whisky, dos grandes vasos, dos platillos de diez francos fileteados en oro, y un sifón.

—No, Jean —dije.

Puso los vasos en los platillos y los llenó de whisky casi hasta el borde, y volvió al café con lo que quedaba de la botella. Evan y yo hicimos chorrear un poquitín de sifón en los vasos.

—Es una suerte que Dostoievski no conociera a Jean —dijo Evan—. Hubiera podido matarse bebiendo.

—¿Qué haremos con estos vasos?

—Beberlos —dijo Evan—. Son una protesta. Son acción directa.

Al lunes siguiente, cuando por la mañana fui a trabajar a la Closerie, André me sirvió un Bovril, que es una taza de extracto de buey disuelto en agua. André era bajo y rubio, y donde antes estaba su mostacho cerdoso se veía un desnudo labio de cura. Llevaba una chaqueta blanca de barman americano.

—¿Y Jean?

—No vendrá hoy.

—¿Cómo se encuentra?

—Á él le ha costado más resignarse. Sirvió toda la guerra en un regimiento de Caballería pesada. Tuvo la Croix de Guerre y la Médaille Militaire.

—Nunca me ha dicho que le hubieran herido tan gravemente.

—No. no fue pur eso. Le hirieron, claro, pero la Médaille Militaire que le dieron fue por lo otro. Por su valor.

—Dígale que pregunté por el.

—Desde luego —dijo Andre—. Espero que no tardará demasiado en resignarse.

—Dele también recuerdos de Mr. Shipman.

—Mr. Shipman está con el —dijo André—. Se fueron a trabajar al huerto.

Un agente del mal

Lo último que me dijo Ezra cuando dejó la rué Notre-Dame-des-Champs para marcharse a Rapallo fue:

—Oye, Hem, deseo que guardes este tarro de opio, y que se lo des a Dunning sólo en un caso de verdadera necesidad.

Era un gran tarro de *cold-cream*, y desenroscando el tapón vi que el contenido era oscuro y viscoso y olía a opio muy crudo. Ezra me dijo que lo había comprado a un príncipe indio, en la avenue de l'Opéra cerca del boulevard des Italiens, y que le había costado muy caro. Yo supuse que procedía del viejo bar del Trou- dans-le-Mur, que durante la guerra y poco después fue un antro de desertores y de traficantes en drogas. Era un bar muy estrecho pintado de rojo por fuera, apenas más que un segmento de pasillo, en la rué des Italiens. En cierta época comunicaba por una puerta trasera con las cloacas de París, y se decía que saliendo por allí uno podía llegar hasta las catacumbas. Dunning era Ralph Cheever Dunning, un poeta que fumaba opio y que se olvidaba de comer. En las temporadas en que fumaba mucho sólo era capaz de beber leche, y entonces escribía en *terza rima* o tercetos encadenados, lo cual le hacía simpático para Ezra, que además encontraba otras cualidades en su poesía. Se entraba en su casa por el mismo patio a que daba el estudio de Ezra, y Ezra me llamó pidiéndome auxilio, un día en que Dunning se moría, pocas semanas antes de que Ezra dejara París. La nota de Ezra decía: «Dunning se muere. Por favor, ven en seguida.»

Dunning, tendido en la estera, parecía un esqueleto, y desde luego hubiera acabado muriéndose por falta de alimentos, pero al fin convencí a Ezra de que son pocos los que se mueren hablando en períodos bien redondeados, y de que nunca se había visto a un hombre morir mientras hablaba en tercetos encadenados, y por mi parte yo dudaba de que el propio Dante llegara a tanto. Ezra dijo que Dunning no estaba hablando en tercetos encadenados, y reconocí que posiblemente me sonaba a tercetos encadenados sólo porque yo estaba durmiendo cuando recibí la nota de Ezra. Finalmente, después de una noche pasada con Dunning que esperaba la llegada de la muerte, dejamos el caso a cargo de un médico, y se llevaron a Dunning a una cura de desintoxicación. Ezra se hizo responsable del pago a la clínica, y movilizó en ayuda de Dunning a no sé cuántos amantes de la poesía. A mí se me confió únicamente la entrega del opio si se producía un momento de verdadera necesidad. Viniendo de Ezra, era una misión sagrada, y mi mayor ambición era la de estar a la altura de las circunstancias y reconocer el estado de verdadera urgencia. Se produjo al fin, cuando un domingo por la mañana la portera de Ezra entró en el patio de la serrería y gritó hacia la abierta ventana donde se me veía estudiando los programas de los hipódromos:

—*Monsieur Dunning* est monté sur le toit et refuse catégoriquement de descendre.

Que Dunning se hubiera subido al tejado del estudio y se negara categóricamente a bajar, parecía representar un estado de notable urgencia, de modo que me proveí con el tarro de opio y subí por la calle en compañía de la portera, que era una mujer menuda y vehemente, muy agitada por la situación.

—¿Tiene *monsieur* lo que se necesita? —preguntó.

—Desde luego —aseguré—. No habrá ninguna dificultad.

—*Monsieur* Pound piensa en todo —dijo ella—. Es la amabilidad en carne y hueso.

—Sí que lo es —dije—. Y continuamente le echo de menos.

—Esperemos que *monsieur* Dunning será razonable.

—Tengo lo que hace falta —le aseguré.

Cuando llegamos al patio a que daban los estudios, la portera dijo:

—Ya ha bajado.

—Debe de haber intuido que yo venía —dije.

Subí por la escalera al aire libre que llevaba a la vivienda de Dunning y llamé a la puerta. Me abrió. Estaba demacrado y parecía más alto que de ordinario.

—Ezra me encargó que te diera esto —dije ofreciéndole el tarro—. Dijo que ya comprenderás lo que es.

Tomó el tarro y lo miró. Luego me lo tiró. El tarro me dio en el pecho o en el hombro y rodó escaleras abajo.

—Hijo de puta —dijo él—. Mal parido.

—Ezra dijo que tal vez lo necesitaras —dije.

Replicó disparándome una botella de leche.

—¿Estás seguro de que no te hace falta? —pregunté.

Arrojó otra botella de leche. Me batí en retirada, y me alcanzó en la espalda con otra botella de leche. Luego cerró la puerta.

Recogí el tarro, que sólo tenía una ligera raja, y me lo guardé en el bolsillo.

—No pareció que le gustara el regalo de *monsieur* Pound —expliqué a la portera.

—Tal vez ahora estará tranquilo.

—Tal vez ya tenga él una provisión.

—Pobre *monsieur* Dunning —dijo ella.

Los amantes de la poesía que Ezra había organizado acudieron al fin en auxilio de Dunning. Mi propia intervención y la de la portera no habían sido más que fracasos. El tarro de supuesto opio que se había rajado lo guardé, envuelto en papel de parafina y cuidadosamente atado, en una vieja bota de montar. Cuando, unos años después, Evan Shipman me ayudó a recoger mis cosas de aquel piso que dejaba definitivamente, encontramos el viejo par de botas de montar, pero el tarro no estaba.

No sé por qué me bombardearía Dunning con botellas de leche, a no ser que se acordara de mi incredulidad en la noche en que murió por primera vez, o que fuera una innata repugnancia por mi persona. Pero me acuerdo de la intensa felicidad que la frase «*Monsieur Dunning est monté sur le toit et refuse catégoriquement de descendre*» comunicó a Evan Shipman. Vio en ella una virtud simbólica. Yo no sé. Tai vez Dunning me tomó por un agente del mal o de policía. Yo sólo sé que Ezra procuró favorecer a Dunning como favorecía a tanta gente, y siempre deseé que Dunning fuera un poeta tan bueno como Ezra creía. Para ser poeta, disparó una botella de leche con puntería muy buena. Pero Ezra, que era un poeta muy grande, también jugaba muy bien al tenis. Evan Shipman, que era un poeta muy bueno y realmente no sentía ninguna necesidad de que sus poemas se publicaran, decidió que el caso de Dunning debía seguir envuelto en misterio.

—En nuestras vidas no hay bastante verdadero misterio, Hem —me dijo una vez—. En estos tiempos, lo que más falta nos hace son el escritor realmente desprovisto de ambición, y el poema inédito realmente bueno. Claro que está el problema de comer.

Scott Fitzgerald

Su talento era tan natural como el dibujo que forma el polvillo en un ala de mariposa. Hubo un tiempo en que él no se entendía a sí mismo como no se entiende la mariposa, y no se daba cuenta cuando su talento estaba magullado o estropeado. Más tarde tomó conciencia de sus vulneradas alas y de cómo estaban hechas, y aprendió a pensar pero no supo ya volar, porque había perdido el amor al vuelo y no sabía hacer más que recordar los tiempos en que volaba sin esfuerzo.

La primera vez en mi vida en que encontré a Scott Fitzgerald, ocurrió algo muy extraño. Muchas extrañas cosas ocurrieron con Scott, pero aquello no he podido olvidarlo nunca. Él entró en el bar Dingo de la rué Delambre, donde yo estaba sentado en compañía de algunos sujetos que eran compañías perfectamente malas, y vino y se presentó y presentó a un hombre alto y simpático que estaba con él, diciendo que era Dunc Chaplin, el famoso lanzador de béisbol. No se puede decir que los campeonatos de béisbol en la Universidad de Princeton me hubieran apasionado nunca, y nunca había oído hablar de Dunc Chaplin, pero era exactamente lo que se llama un chico decente, y además no estaba ni preocupado ni nervioso ni agresivo, y me fue mucho más simpático que Scott.

Scott era ya entonces un hombre pero parecía un muchacho, y su cara de muchacho no se sabía si iba para guapa o se quedaba en graciosa. Tenía un pelo ondulado muy rubio, frente muy alta, ojos exaltados y cordiales, y una delicada boca irlandesa de larga línea de labios, que en una muchacha hubiese representado la boca de una gran belleza. Tenía una firme barbilla y perfectas orejas, y una nariz que nunca fue torcida. Desde luego que se puede tener todo eso y no ser hermoso, pero él lo era gracias al color del cutis, al pelo muy rubio y a la boca. Una boca como para preocupar hasta que uno conocía bien a Scott, y entonces como para preocupar todavía más.

Yo tenía mucha curiosidad por conocerle y me había pasado el día trabajando de firme, y parecía maravilloso que allí estuvieran conmigo Scott Fitzgerald y el gran Dunc Chaplin, de quien nunca había oído hablar pero que de pronto era mi amigo. Scott no paraba de hablar, y como me ponía nervioso lo que decía, ya que se trataba de mis cuentos y de lo estupendos que eran, me puse a mirarle atentamente y a observar en vez de escuchar. Entonces todavía estaba en rigurosa vigencia el código según el cual las alabanzas eran la deshonra. Scott pidió champán y lo bebimos él y Dunc Chaplin y yo, me parece que en compañía de algunas de las malas compañías. No creo que ni Dunc ni yo siguiéramos muy de cerca la marcha del discurso de Scott, porque se trataba de un discurso, y yo no dejaba de observar a Scott. Era un hombre

ligero pero no parecía en muy buena forma, y se le notaba como una hinchazón en la cara. Su traje de señorito le sentaba bien y estaba claro que salía de Brooks Brothers, y llevaba una camisa blanca de cuello muy formalito, y una corbata de esas que los ingleses se ponen con los colores de la banderita de su regimiento, y aquélla era nada menos que del regimiento de los Guardias Reales. Creí conveniente decirle que, hombre, que la corbata, porque en París los ingleses no escasean que digamos, y a lo mejor uno se metía en el Dingo, y además allí al lado estaban dos, pero luego pensé que a la puñeta y seguí observándole. Mas adelante se descubrió que la corbata salía de una tienda de Roma.

Llegó un momento en que observarle ya no me proporcionaba mucha información, excepto la de que tenía manos bien formadas y que parecían hábiles, y no eran pequeñas, y cuando se encaramó a uno de los taburetes del bar, descubrí que tenía las piernas muy cortas. Con piernas normales tal vez hubiera alcanzado cinco centímetros más. Terminada ya la primera botella de champán y empezada la segunda, el discurso daba muestras de secarse.

Dunc y yo empezábamos a sentirnos incluso más ensamblados que antes del champán, y además era una suerte que el discurso se acabara. Hasta entonces, la idea que yo tenía de mi grandeza como escritor es que era un secreto muy bien guardado entre mi mujer y yo y esas pocas personas con las que se puede hablar. Qué suerte que Scott hubiera llegado a la misma satisfactoria conclusión acerca de mi grandeza, pero también era una suerte que su discurso empezara a ratear. Pero después de la conferencia llegó el coloquio de preguntas y respuestas. Fácil observarle sin escuchar la conferencia, pero en el coloquio no había escape. Scott, según más adelante comprendí, creía que para poner en claro sus dudas técnicas a un novelista le bastaba con preguntar llanamente a sus amigos y conocidos. Sí que fue llano el interrogatorio.

—Óyeme, Ernest —dijo—. ¿No te molesta que te tutee, verdad?

—Si a Dunc no le importa.

—No digas tonterías. Hablo en serio. Dime, ¿tú y tu mujer os fuisteis a la cama antes de casaros?

—No sé.

—¿Qué quieres decir con eso de que no lo sabes?

—No me acuerdo.

—No me digas que no te acuerdas de algo tan importante.

—De veras no lo sé —dije—. Qué raro, ¿verdad?

—Es más que raro —dijo Scott—. No puede ser que no te acuerdes.

—Lo siento. Es una lástima, ¿verdad?

—No te hagas el memo como un inglés —dijo él—. Ponte serio y acuérdate.

—Al cuerno —dije—. No me acuerdo.

—Podías de verdad procurar acordarte.

Parece que la conversación se caldea, pensé. Especulé si le servía a todo el mundo aquel rollo, pero me pareció que no, porque le observé cómo sudaba al elaborarlo. El sudor apareció en minúsculas gotitas encima de su largo y perfecto e irlandés labio superior, y ésa fue la razón por la que dejé de mirarle a la cara y registré el escaso largo de sus piernas, extendidas por el taburete alto. Volví a mirarle la cara, y entonces ocurrió el extraño fenómeno.

Mientras estaba allí sentado a la barra con la copa de champán en la mano, de pronto pareció que la piel de la cara se le ponía tirante y que desaparecía su hinchazón, y luego se puso todavía más tirante hasta que la cara pareció una calavera. Los ojos se hundieron y se apagaron como muertos, los labios se adelgazaron tirantes, y el color de la cara se fue, dejando un matiz de cera de vela quemada. No fueron visiones mías. La cara se le convirtió realmente en una calavera, o en una mascarilla mortuoria, ante mis ojos.

—Scott —dije—, ¿te encuentras bien?

No contestó, y la cara se le puso todavía más tirante.

—Tenemos que llevarle a un puesto de socorro —dije a Dunc Chaplin.

—No. No le pasa nada.

—Parece que está muriéndose.

—No. Siempre que se entrompa le pillará así.

Lo metimos en un taxi, y yo estaba muy inquieto pero Dunc dijo que no ocurría nada y que no me preocupara.

—Seguro que se encuentra ya bien al llegar a casa —dijo.

Así debió ocurrir, puesto que al encontrarme con Scott unos días más tarde en la Closerie des Lilas le dije que era una lástima que la bebida le hubiera sentado mal, que probablemente hablando y sin darnos cuenta bebimos demasiado de prisa, y me contestó :

—¿Una lástima? ¿Qué lástima? ¿Que me sentó mal? No sé de qué me hablas, Ernest.

—Me refiero a la otra noche, en el Dingo.

—En el Dingo nada me sentó mal. Pero me daban la lata aquellos pelmazos de ingleses que estaban contigo, y por eso me fui a casa.

—No había ningún inglés en el bar. Salvo el barman.

—No armes enigmas, hombre. Ya sabes de qué sujetos se trata.

Debió volver luego al bar. O tal vez volvió otro día. O no, claro, entonces me acordé de que había dos ingleses allí. Era verdad. Me acordé de quiénes eran. Estuvieron aquella noche, en efecto.

—Sí —dije—. Desde luego.

—Esa chica de título falsificado que estaba tan impertinente, y ese memo borracho que la acompañaba. Dijeron que eran amigos tuyos.

—Lo son. Y es verdad que ella se pone a veces muy impertinente.

—Ya ves. No lleva a ninguna parte armar misterios, sólo porque uno ha bebido unas copas de vino. ¿Por qué diablos se te ocurrió armar tanto misterio? Nunca hubiera creído que te diera por ese tipo de bromas.

—No sé —dije; quise cambiar de tema, pero de pronto se me ocurrió una idea y pregunté—: ¿Se pusieron impertinentes por tu corbata?

—¿Impertinentes por mi corbata? No te entiendo. Llevaba una corbata de lazo negra, con una camisa blanca de cuello blando. Nada que pudiera llamar la atención.

Entonces sí que lo dejé. Scott me preguntó por qué me gustaba el café aquel, y yo le describí el lugar antes de que hicieran reformas, y él procuró que le gustara también, y allí nos estuvimos sentados, yo a mi gusto y él procurando estar a gusto, y él me hizo preguntas y me habló de escritores y editores y agentes y críticos y George Horace Lorimer, y de la parte anecdótica y la económica en la vida de un escritor de éxito, y estuvo cínico y divertido y muy alegre y encantador y se hacía muy simpático, incluso si uno estaba en guardia frente a los que se hacen simpáticos. Hablaba con desdén pero sin amargura de todas sus cosas publicadas, y comprendí que su nuevo libro tenía que ser muy bueno para que pudiera reconocer sin amargura los defectos de los libros anteriores. Dijo que me daría a leer el libro nuevo, *The Great Gatsby*, en cuanto recuperara el único ejemplar que tenía, y que había prestado a no sé quién. Oyéndole hablar del libro no imaginaba uno lo bueno que éste era, salvo precisamente porque él hablaba con la timidez que muestran todos los escritores no fatuos cuando han hecho algo que está muy bien, y al fijarme deseé que recuperara pronto el libro para poder leerlo yo.

Me dijo Scott que según Maxwell Perkins, su agente, el libro no se vendía bien pero tenía muy buena crítica. No recuerdo si fue aquel día o más tarde cuando Scott me enseñó una reseña del libro por Gilbert Seldes, y no podía ser mejor. Sólo podría ser mejor si Gilbert Seldes fuera mejor. Scott estaba sorprendido y ofendido por la poca venta del libro, pero repito que no tenía entonces ninguna amargura, y sobre la calidad del libro se le veía a la vez tímido y contento.

Aquella tarde, mientras estábamos en la terraza de la Closerie des Lilas y veíamos caer la tarde y pasar la gente por la acera y cambiar la luz gris del crepúsculo, los dos whiskies con soda que bebimos no provocaron en él ninguna transformación química. Yo la esperaba fijándome mucho, pero no soltó discursos, y obró como una persona normal e inteligente y muy simpática.

Me contó que él y Zelda, su mujer, habían tenido que abandonar en Lyon el cochecito Renault que tenían, porque se les había echado encima tanta lluvia que era incómodo guiarlo. Me pidió que le acompañara a Lyon: iríamos en tren y recogeríamos el coche y volveríamos por carretera a París. Los Fitzgerald tenían alquilado un piso amueblado en el 14 de la rue de Tilsitt, no lejos de la Étoile.

Estábamos a fines de primavera, y pensé que el campo estaría entonces en su mejor forma, y que podía ser una excursión muy agradable. Scott parecía tan simpático y tan razonable, y le vi beber dos whiskies fuertes sin que ocurriera nada, y con su seducción y su apariencia de cordura parecía que la otra noche en el Dingo había sido un sueño penoso. De modo que dije que le acompañaría a Lyon cuando quisiera ir.

Quedamos en encontrarnos al día siguiente, y nos encontramos y decidimos que nos marcharíamos a Lyon en el expreso de la mañana. El tren salía a una hora cómoda y era muy rápido. Si no recuerdo mal, sólo tenía una parada en Dijon. Proyectábamos llegar a Lyon, hacer revisar el coche por un mecánico, cenar bien, y a la mañana siguiente temprano salir de vuelta a París.

La excursión me ilusionaba. Viajaría en compañía de un escritor de más edad y más éxito, y el coche nos daría ocasión para largas conversaciones muy instructivas para mí. Se me hace curioso recordar que entonces yo miraba a Scott como un escritor de más edad, pero el hecho es que, no habiendo todavía leído *The Great Gatsby*, me parecía un escritor mucho más viejo que yo. Le veía como autor de unos cuentos que tres años antes resultaban divertidos cuando salían en el *Saturday Evening Post*, pero no se me ocurrió que pudiera ser un escritor serio. En nuestra conversación en la Closerie des Lilas, me contó que a veces escribía un cuento que a él le parecía bueno, aunque en realidad no era más que un cuento bueno para el Post, y que una vez escrito lo alteraba antes de mandarlo a la dirección de la revista, porque sabía exactamente las vueltas y revueltas que convertían un cuento en artículo de éxito. Me sobresalté, y le dije que aquello era putear. Reconoció que era putear, pero dijo que tenía que hacerlo porque las revistas le daban el dinero necesario para escribir libros decentes. Dije que no me parecía que nadie pudiera escribir sin esforzarse por hacerlo lo mejor posible, y a pesar de todo conservar su talento. Él dijo que, puesto que primero escribía el cuento en su forma honrada, alterarlo y estropearlo luego no le hacía ningún daño. El argumento no me convencía y hubiera querido discutirlo, pero necesitaba una novela en que apoyar mi convicción, para aducírsela y persuadirlo, y entonces yo no había escrito todavía ninguna novela. A partir del momento en que empecé a despedazar mi estilo y a desprenderme de toda facilidad y a probar de construir en vez de describir, mi trabajo se había hecho apasionante. Pero me resultaba muy difícil, y no veía modo de escribir una novela larga. A menudo necesitaba toda una mañana de trabajo intenso para escribir un párrafo.

Mi mujer, Hadley, se alegró mucho de que yo saliera de excursión con Scott, aunque no se tomaba en serio las cosas de Scott que había leído. La noción que ella tenía de un buen escritor se basaba en Henry James. Pero pensó que a mí me convenía tomarme un descanso y dar una vuelta, aunque naturalmente lo que nos hubiera gustado era tener dinero para comprarnos nosotros un coche y salir de viaje

juntos. Entonces no me parecía concebible que eso se realizara nunca. Boni and Liveright me habían dado un anticipo de doscientos dólares por un libro de relatos que iban a publicar en el otoño de aquel año, y mis cuentos eran aceptados por la *Frankfurter Zeitung* y por *Der Querschnitt* de Berlín, y por *This Quarter* y la *Transatlantic Review* de París, y vivíamos con gran economía, gastando sólo lo imprescindible, y ahorrando para poder ir a la Feria de Pamplona en julio y luego a Madrid y a la Feria de Valencia.

En la mañana convenida con Scott, llegué a la Gare de Lyon con tiempo de sobras, y le esperé ante la entrada a los andenes. Él tenía que traer los billetes. Se acercó la hora de la salida y él no llegaba, y al fin compré un billete de andén y caminé a lo largo del tren buscándole. No le vi, y cuando el largo tren se puso en marcha subí de un salto y recorrí los pasillos, confiando que estaría allí. Era un largo tren, y Scott no estaba. Expliqué el caso al revisor, compré un billete de segunda ya que el tren no tenía tercera, y pregunté al revisor cuál era el mejor hotel de Lyon. La única solución parecía telegrafiar a Scott desde Dijon, y decirle que le esperaba en Lyon en tal hotel. Si ya no estaba en casa, su mujer debía saber dónde transmitirle el telegrama. Entonces yo no sabía que un hombre adulto pudiera perder un tren, pero aquella excursión iba a enseñarme muchas cosas nuevas.

Por aquellos días era yo muy irritable, pero pasado Montereau ya se me había calmado la ira y era capaz de gozar del paisaje, y a mediodía almorcé bien en el coche restaurante y bebí una botella de Saint Émilion, y pensé que aunque había sido una solemne majadería embarcarme para un viaje confiando en una invitación, y aunque la broma me estaba costando un dinero que necesitábamos para ir a España, al fin y al cabo era una buena lección. Nunca antes me habían invitado a un viaje con los gastos pagados, y al invitarme Scott me empeñé en que dividiríamos los gastos de hotel y de las comidas. Pero entonces resultaba que a lo mejor Fitzgerald ni siquiera aparecía (en mi ira, le degradé de Scott y le pasé a Fitzgerald). Unos días después me alegré de que la cólera me hubiera estallado al principio y luego se me calmara. No fue una excursión muy indicada que digamos para una persona colérica.

En Lyon supe que Scott había salido de París para Lyon, pero sin decir dónde pensaba alojarse. Confirmé mi dirección, y la sirvienta que contestó al teléfono dijo que se la comunicaría a Scott si él llamaba. Madame no se encontraba bien y todavía descansaba. Llamé a todos los buenos hoteles de Lyon pero no pude localizar a Scott, y luego fui a un café a tomar un aperitivo y leer los periódicos. En el café encontré a un hombre que se ganaba la vida comiendo fuego, y además torcía con pulgar e índice monedas que apretaba entre sus mandíbulas desdentadas. Enseñaba las encías, magulladas pero en apariencia firmes, y dijo que no era mal oficio el suyo. Le invité a una copa y tuvo mucho gusto. Tenía una hermosa cara morena que rebrillaba cuando comía el fuego. Dijo que Lyon era mal punto, tanto para comer fuego como para

proezas de fuerza con dedos y mandíbulas. Los falsos tragafuegos habían estropeado el oficio, y lo seguirían estropeando mientras no les prohibieran ejercer. Dijo que él se había pasado la tarde comiendo fuego y que no tenía dinero bastante para comer otra cosa aquella noche. Le invité a beber otra copa para quitarse el sabor a petróleo del fuego que tragaba, y le dije que podíamos cenar juntos si sabía algún sitio bueno y barato. Dijo que conocía un sitio excelente.

Comimos por muy poco dinero en un restaurante argelino, y me gustaron la comida y el vino de Argelia. El tragafuegos era un buen hombre y era interesante verle comer, ya que era capaz de mascar con las encías tan bien como la mayoría de la gente hace con los dientes. Me preguntó cómo me ganaba yo la vida y dije que estaba empezando a trabajar como escritor. Me preguntó qué escribía, y le dije que cuentos. Dijo que él sabía muchos cuentos, algunos más horribles e increíbles que todo lo que se había escrito en el mundo. Podría contármelos y yo los pondría por escrito, y si ganaba algún dinero le daría a él la parte que me pareciera equitativa. O mejor aún, podíamos irnos juntos a África del Norte y él me guiaría al país del Sultán Azul, donde yo obtendría cuentos como nadie había oído nunca.

Le pregunté qué clase de cuentos eran, y me dijo que trataban de batallas, ejecuciones, torturas, violaciones, horribles costumbres, increíbles prácticas, orgías: todo lo que yo pudiera necesitar. Era ya hora de que yo volviera al hotel y probara otra vez de encontrar a Scott, de modo que pagué la cuenta y dije al argelino que seguramente volveríamos a encontrarnos algún día. Él dijo que pensaba irse acercando a Marsella trabajando por el camino, y yo le dije que tarde o temprano volveríamos a encontrarnos y que había tenido mucho gusto en cenar con él. Le dejé ocupado en enderezar monedas torcidas y apilarlas en la mesa, y me volví al hotel.

De noche, Lyon no era precisamente una ciudad alegre. Era una ciudad grande, pesada, de dinero sólido, y probablemente estaba muy bien para quien tuviera dinero y le gustara aquel tipo de ciudades. Durante años oí hablar de los maravillosos pollos que se comen en los restaurantes de Lyon, pero aquella noche cenamos cordero. Estaba muy bueno.

En el hotel no se había recibido comunicación de Scott, y me fui a la cama en aquel lujo desusado y me puse a leer el primer tomo de los *Apuntes de un cazador* de Turgéniev, un ejemplar prestado por la librería de Sylvia Beach. Hacía tres años que no me encontraba entre el lujo de un gran hotel, y abrí de par en par las ventanas y apilé las almohadas para apoyar cabeza y hombros, y fui feliz con Turgéniev en Rusia hasta que me dormí leyendo. A la mañana siguiente me estaba afeitando para bajar a desayunar, cuando llamaron de la conserjería diciendo que un caballero preguntaba por mí.

—Díganle que suba, por favor —dije.

Seguí afeitándome y escuchando los ruidos de la ciudad, que se había despertado

pesadamente al amanecer.

Scott no subió, y finalmente nos reunimos en el vestíbulo.

—Siento muchísimo que se haya producido este enredo —dijo—. Si me hubieras dicho en qué hotel pensabas alojarte, nada hubiera ocurrido.

—No tiene importancia —contesté, ya que teníamos mucho camino por recorrer y más valía hacerlo en paz—. ¿En qué tren viniste?

—Uno que salió poco después del tuyo. Era un tren muy cómodo, y no se por qué no vinimos juntos.

—¿Has desayunado?

—Todavía no. No he hecho más que dar vueltas por la ciudad buscándote.

—Qué pena —contesté—. ¿No te dijeron de tu casa que yo estaba aquí?

—No. Zelda no se encontraba bien, y probablemente no hubiera debido dejarla sola. Por ahora, este viaje es un desastre.

—Vamos a desayunar y a buscar el coche y pongámonos en marcha —dije.

—Estupendo. ¿Desayunamos aquí?

—Será más rápido ir a un café.

—Pero aquí tenemos la seguridad de desayunar bien.

—Vale.

Tuvimos un gran desayuno al modo americano, con jamón y huevos, y fue muy bueno. Pero entre pedirlo, esperar a que lo trajeran, comerlo y esperar la cuenta, se pasó cerca de una hora. Y en el momento en que el camarero llegaba con la cuenta, Scott tuvo la idea de encargarnos que nos prepararan un almuerzo como para picnic. Intenté convencerle de que lo dejara, diciéndole que podríamos comprar una botella de Mâcon en Mâcon, y en cualquier charcutería unos embutidos para hacer sándwiches. O si encontrábamos las tiendas cerradas al pasar por un pueblo, siempre podríamos pararnos en cualquier restaurante. Pero Scott dijo que yo le había dicho que los pollos de Lyon eran de primera, y que teníamos que llevarnos un pollo. De modo que en el hotel nos prepararon un almuerzo, y no se requirió más tiempo que cuatro o cinco veces el tiempo que nos hubiera llevado comprarlo en una tienda.

Era evidente que Scott había bebido algunas copas antes de reunirse conmigo, y como parecía que todavía necesitaba otra, le pregunté si no quería que fuéramos al bar a beberla antes de marchar. Me contestó que él nunca bebía por las mañanas, y me preguntó si yo tenía costumbre de hacerlo. Dije que dependía por completo de mi humor y de lo que tenía que hacer, y él dijo que si yo sentía necesidad de una copa, él me acompañaría para que no tuviera que beber solo. De modo que nos bebimos un whisky con Perrier en el bar mientras esperábamos el almuerzo, y los dos nos sentimos mucho más a gusto.

Pagué la cuenta de la habitación y del bar, aunque Scott quería pagarlo todo. Desde el principio de aquel viaje se me formó un complejo de emociones sobre la

cuestión del dinero, y vi que en definitiva me sentía tanto más tranquilo cuanto mayor era la parte que yo pagaba. Estaba gastando el dinero que habíamos ahorrado para España, pero sabía que tenía crédito con Sylvia Beach y que podía pedirle prestado lo que entonces malgastaba, y devolvérselo más adelante.

Al llegar al garaje donde guardaban el coche de Scott, me llevé la sorpresa de que el pequeño Renault era descapotable y no tenía capota. Me parece que la capota se estropeó cuando desembarcaron el cochecito en Marsella, o en todo caso se estropeó en Marsella por una razón u otra, y Zelda mandó que la quitaran y no quiso que pusieran otra nueva. Scott me reveló que su mujer detestaba las capotas de coche, y que habían viajado descapotados hasta Lyon, donde la lluvia les detuvo. Por lo demás, el coche se encontraba en buen estado, y Scott pagó la cuenta después de regatear las partidas de lavado, de engrase y de dos litros de aceite. El mecánico del garaje me explicó que el coche necesitaba le cambiaran los aros de los pistones, y que era evidente que lo habían hecho circular sin aceite y sin agua. Me enseñó los puntos donde la pintura se había quemado al recalentarse el motor. Dijo que si yo lograba convencer a *Monsieur* de que encargara en París los aros, el coche, que después de todo era un buen cochecito, no marcharía mal.

—*Monsieur* no me permitió poner una capota —dijo.

—¿No?

—Uno está obligado a tratar bien a un vehículo.

—Claro que sí.

—¿Los señores no llevan impermeables?

—No —contesté—. Yo no sabía eso de la capota.

—Procure que *Monsieur* se ponga serio —me pidió—. Al menos en lo que afecta al coche.

—Ah —dije.

La lluvia nos detuvo a cosa de una hora al norte de Lyon.

A lo largo del día, tuvimos que parar algo así como diez veces por la lluvia. Eran chaparrones fugaces, y unos duraban más y otros menos. Teniendo impermeables, no hubiera sido desagradable conducir bajo aquella lluvia de primavera. Pero como no los teníamos, nos guarecíamos debajo de los árboles o nos parábamos en los cafés que bordeaban la carretera. Almorzamos estupendamente con lo que llevábamos del hotel de Lyon, o sea con un excelente pollo trufado y un pan delicioso y un vino blanco de Mâcon, y Scott se ponía muy contento bebiendo el maconés blanco a cada parada que hacíamos. En Mâcon compré otras cuatro botellas de excelente vino, y las iba descorchando a medida que nos hacían falta.

Mi sospecha es que Scott no había nunca bebido vino directamente de la botella, y la cosa le excitaba como una expedición a los barrios bajos, o como se excita una muchacha cuando por primera vez se arroja al mar sin traje de baño. Pero, a primera

hora de la tarde, a Scott empezó a entrarle preocupación por su salud. Me contó los casos de dos personas que poco antes habían muerto de congestión pulmonar. Las dos murieron en Italia, y los dos casos le habían impresionado hondamente.

Le dije que lo de congestión pulmonar no era más que un término anticuado para decir pulmonía, y él me aseguró que yo estaba equivocado y disparataba. La congestión pulmonar era una enfermedad específicamente europea, y yo no tenía por qué enterarme de su existencia aun leyendo los libros de medicina de mi padre, ya que en ellos se estudiaban solo las enfermedades específicamente americanas.

Dije que mi padre estudió también en Europa. Pero Scott explicó que en Europa la congestión pulmonar era un fenómeno de aparición reciente, y que era imposible que mi padre lo hubiera alcanzado. Explicó también que las enfermedades difieren mucho de unas regiones de América a otras, y que si mi padre ejerciera la medicina en Nueva York y no en el Middle West, muy otra sería la gama de enfermedades con la que estaría familiarizado. Dijo «la gama», me acuerdo muy bien.

Dije que no era desacertada la observación de que ciertas enfermedades abundan en determinadas zonas de los Estados Unidos y en cambio se ignoran en otras, y cité como ejemplo la alta cifra de la lepra en Nueva Orleans, en contraste con su baja incidencia, en aquel momento, en Chicago. Pero añadí que los médicos tienen un sistema de intercambio de conocimientos y de información, y que por cierto a propósito de aquella conversación me acordaba de haber leído en el *Journal of the American Medical Association* un exhaustivo estudio sobre la congestión pulmonar en Europa, que refería su historia remontándose hasta el propio Hipócrates. Esto le dio ánimos por algún tiempo, y además le animé a que bebiera otro trago del Mâcon, ya que un buen vino blanco, de cuerpo pero de moderada fuerza alcohólica, podía decirse estaba indicado específicamente para combatir la enfermedad.

Scott se alegró un poco después de aquello, pero pronto empezó a decaer de nuevo, y me preguntó si había modo de llegar a una gran ciudad antes de que se le declararan la fiebre y el delirio con que, según yo le dije, se anuncia la verdadera congestión pulmonar en su forma europea. Al decir esto, le aseguré que mis palabras eran traducción de un artículo sobre la susodicha enfermedad, que leí en una revista médica francesa una vez que me encontraba en el Hospital Americano de Neuilly, esperando a que me cauterizaran la garganta. Un término como el de «cauterizar» actuaba sobre Scott como un calmante. Pero de todos modos quería saber cuándo llegaríamos a la ciudad. Dije que apretando un poco tardaríamos de veinticinco minutos a una hora.

Scott preguntó entonces si yo le tenía miedo a la muerte, y dije que a ratos sí y a ratos menos.

Entonces se puso a llover de veras, y en la primera aldea nos refugiamos en un café. No recuerdo todos los detalles de aquella tarde, pero sé que cuando al fin

recalamos en un hotel, en una ciudad que debía ser Chalon-sur-Saône, era ya tarde y las farmacias estaban cerradas. Scott se desnudó y se acostó en cuanto llegamos al hotel. Dijo que no le importaba morir de congestión pulmonar. Lo único que le angustiaba era saber quién iba a cuidar de Zelda y de la pequeña Scotty. Yo realmente no veía modo de asumir la misión, ya que bastante apuro me daba cuidar de mi mujer Hadley y del joven Bumby, pero dije que haría cuanto estuviera en mi mano y Scott me dio las gracias. Me pidió que velara por que Zelda no bebiera y por que Scotty tuviera una institutriz inglesa.

Mandamos nuestras ropas a secar y nos quedamos en pijama. Fuera seguía lloviendo, pero el ambiente del cuarto, con todas las luces encendidas, era alegre. Scott yacía en la cama para conservar sus fuerzas y entablar combate con la enfermedad. Tomé su pulso, que era de setenta y dos, y le puse la mano en la frente, que estaba fría. Le ausculté el pecho y le hice respirar hondo, y el pecho daba un buen sonido.

—Mira, Scott —le dije—, tú estás perfectamente bien. Si quieres hacer lo más sensato para no pillar un resfriado, te quedas en la cama y pido una limonada y un whisky para cada uno, y tú te tomas una aspirina con lo tuyo, y ni siquiera tendrás un resfriado de nariz.

—Remedios de vieja comadre —dijo Scott.

—No tienes temperatura. ¿Cómo diablos vas a tener una congestión pulmonar si ni siquiera tienes temperatura?

—No me chilles —dijo Scott—. ¿Cómo sabes que no tengo temperatura?

—Tienes el pulso normal y la frente fría.

—Oh, a ojo de buen cubero —dijo Scott con amargura—. Si de verdad eres un amigo, consígueme un termómetro.

—Estoy en pijama.

—Manda a buscarlo.

Llamé al timbre. El camarero no acudió, y volví a llamar y salí al pasillo en busca de alguien. Scott yacía con los ojos cerrados, respirando despacio y con cuidado, y con su color de cera y sus facciones perfectas parecía el cadáver de un joven cruzado. Ya me estaba hartando de la vida literaria, si aquello era la vida literaria, y echaba de menos mi trabajo y sentía la soledad de muerte que llega al cabo de cada día de la vida que uno ha desperdiciado. Estaba muy harto de Scott y de aquella necia comedia, pero busqué al camarero y le di dinero para que comprara un termómetro y un tubo de aspirina, y pedí dos *citrons pressés* y dos whiskies dobles. Intenté encargar una botella de whisky, pero sólo servían copas.

De vuelta al cuarto, vi que Scott seguía yaciendo como en su propia tumba, esculpido como monumento de sí mismo, con los ojos cerrados y respirando con ejemplar dignidad.

Al oírme entrar habló:

—¿Conseguiste el termómetro?

Me acerqué y le puse la mano en la frente. No estaba fría como la tumba, pero estaba fresca y sin sudor.

—No —dije.

—Pensé que lo traerías.

—Mandé a buscarlo.

—No es lo mismo.

—Claro que no lo es. ¿Cómo va a ser lo mismo?

No había modo de irritarse con Scott, como no hay modo de irritarse con un loco, pero me entraba una cólera conmigo mismo, por haberme dejado enredar en aquella memez. Sin embargo, había algo serio detrás de la farsa de Scott, y yo lo sabía muy bien. En aquellos días, casi todos los borrachos morían de pulmonía, enfermedad que ahora está casi eliminada. Pero uno no concebía que Scott fuera un verdadero borracho, ya que le hacían efecto cantidades tan pequeñas de alcohol.

En Europa tomábamos el vino como cosa tan sana y normal como la comida, y además como un gran dispensador de alegría y bienestar y felicidad. Beber vino no era un esnobismo ni signo de distinción ni un culto; era tan natural como comer, e igualmente necesario para mí, y nunca se me hubiera ocurrido pasar una comida sin beber o vino o sidra o cerveza. Me gustaban todos los vinos salvo los dulces o dulzones y los demasiados pesados, y nunca imaginé que si Scott compartía conmigo unas pocas botellas de un vino blanco de Mâcon, seco y más bien ligero, en él se iban a producir cambios químicos que le convertirían en un majadero. Claro que bebimos el whisky con Perrier por la mañana, pero, dentro de la ignorancia que yo tenía entonces sobre cuestiones de alcoholismo, no podía concebir que un whisky hiciera daño a una persona que iba en un coche descapotado bajo la lluvia. El alcohol tenía que oxidarse en muy poco tiempo.

Esperando que el camarero trajera las cosas, me senté a leer un periódico y a terminar una de las botellas de Mâcon que descorchamos en la última parada. Cuando uno vive en Francia, siempre dispone de varios crímenes estupendos cuyo curso puede seguir día tras día en los periódicos. Son como novelas por entregas y hay que haberse leído los primeros capítulos, ya que no dan resúmenes de lo que antecede como en las novelas por entregas americanas, aunque de todos modos una novela americana tampoco les sabe tan bien a los que no han leído el tan importante capítulo de apertura. Cuando uno está en Francia pero viajando los periódicos pierden interés, ya que muchas veces falla la continuidad de los variados *crimes*, *affaires*, o *scandales*, y además para que la cosa cobre toda su gracia hay que leerla en un café. Aquella noche yo hubiera preferido infinitamente estar en un café donde pudiera leer las ediciones de la mañana de los periódicos de París y observar a la gente, y

prepararme para la cena con alguna bebida más autoritaria que el Mâcon. Pero ya que me tocaba estar de mayoral del rebaño de Scott, me divertí como pude.

Cuando entró el camarero con los dos vasos de limonada y hielo, con los whiskies y con la botella de agua Perrier, me dijo que la farmacia estaba cerrada y que no había modo de comprar un termómetro. Había conseguido que le prestaran una aspirina. Le pedí que procurara le prestaran también un termómetro. Scott abrió los ojos y dirigió al camarero una mirada irlandesa cargada de agüeros funestos.

—¿Le has hecho comprender que se trata de un caso serio? —me preguntó.

—Me parece que lo comprende.

—Por favor, precísalo.

Procuré precisarlo, y el camarero dijo:

—Haré lo que pueda.

—¿Le diste bastante propina? —quiso saber Scott—. Trabajan sólo por las propinas.

—Ah, no sabía —contesté—. Yo creía que el hotel les pagaba también un sueldo.

—No quiero decir eso. Quiero decir que no te servirán si no les das una propina fuerte. Casi todos son unos sinvergüenzas.

Me acordé de Evan Shipman y del camarero de la Closerie des Lilas que tuvo que afeitarse el bigote cuando pusieron un bar americano, y de que Evan trabajaba en el huerto del camarero en Montrouge mucho antes de que ya conociera a Scott, y de lo buenos amigos que éramos entonces los de la Closerie y de nuestra larga amistad, y de los cambios que hubo y de lo que representaban para cada uno de nosotros. Estuve a punto de hablarle a Scott de aquel problema de la Closerie, aunque probablemente ya se lo había contado, pero me di cuenta de que le importaban un comino los camareros y sus problemas y su amabilidad y sus afectos. Por entonces Scott detestaba a los franceses, y como casi lo únicos franceses con quienes tenía contacto eran camareros a los que no entendía, taxistas, empleados de garaje y de hotel y porteras, tenía frecuentes ocasiones para ofenderles e insultarles.

Todavía detestaba a los italianos más que a los franceses, y no podía hablar de ellos sin perder estribos, incluso cuando no había bebido. A los ingleses los detestaba a menudo, pero a veces los toleraba y de cuando en cuando los admiraba. No sé qué pensaría de los alemanes y de los austríacos. No sé si había conocido nunca a ninguno, o a ningún suizo.

Volviendo a la noche del hotel, mi mayor satisfacción era que Scott conservara su calma. Mezclé la limonada con el whisky y se lo ofrecí con un par de aspirinas, y se tomó las aspirinas sin protestar y con admirable serenidad, y se quedó bebiendo a sorbitos. Tenía entonces los ojos abiertos y miraba a grandes lejanías. Me quedé leyendo lo crímenes que traía el periódico y sintiéndome muy en paz, demasiado en paz al parecer.

—Eres un tío frío, ¿no te parece? —Preguntó Scott.

Al mirarle comprendí que, si no en mi diagnóstico, por lo menos en mi receta me había equivocado, y que el whisky iba a resultarnos muy pernicioso.

—¿Qué quieres decir, Scott?

—Eres capaz de sentarte tan tranquilo y leer tu porquería de periodicucho francés, sin importarte un comino que yo agonice.

—¿Quieres que llame a un médico?

—No. No quiero un mierda de medicucho de aldea francés.

—¿Qué deseas, pues?

—Quiero tomarme la temperatura. Y luego quiero que nos sequen las ropas y que tomemos un expreso para París, y llegar lo más pronto posible al Hospital Americano de Neuilly.

—Las ropas no estarán secas hasta mañana, y esta noche no hay expresos —dije—. ¿Por qué no descansas y cenas un poco en la cama?

—Quiero tomarme la temperatura.

El latazo se prolongó largo tiempo, hasta que el camarero trajo un termómetro.

—¿No pudo encontrar otro? —Pregunté al camarero.

Scott cerró los ojos en cuanto entró el hombre, y tomó un aspecto tan sin remedio como el de Camila. No he conocido nunca a una persona que se quedara tan rápidamente sin sangre en la cara, y me pregunté dónde se la metería.

—Es el único que hay en el hotel —contestó el camarero dándome el termómetro.

Era un termómetro para baño, con un armazón de madera y metal calculado para que se hundiera en el agua pero no hasta el fondo. Bebí un trago de whisky puro, y abrí un momento la ventana para mirar la lluvia. Cuando me volví, Scott me estaba observando. Sacudí el termómetro con gesto profesional y le dije:

—Tienes suerte de que no sea un termómetro rectal.

—¿Dónde se colocan los termómetros de este tipo?

—En la axila —dije, y lo demostré abrigándolo en mi sobaco.

—No trastornes lo que marca —dijo Scott.

Volví a sacudir el termómetro con un solo brusco torcimiento de muñeca, y desabroché la chaqueta del pijama de Scott y le metí el artefacto en el sobaco, y luego volví a tocarle la frente y a tomarle el pulso. Él miraba fijamente al vacío. El pulso era de setenta y dos. Le hice guardar el termómetro puesto durante cuatro minutos.

—Creí que sólo hacía falla un minuto —dijo Scott.

—Este termómetro es muy grande —explique—. Hay que multiplicar por el cuadrado de la longitud del termómetro. Además es un termómetro centígrado. Finalmente retire el termómetro y lo acerqué a la lamparilla.

—¿Cuánto marca?

—Treinta y siete con seis décimas.

—¿Y lo normal qué es?

—Eso es lo normal.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo.

—Prueba contigo. Quiero estar seguro.

Sacudí el termómetro y me desabroché el pijama y me puse el termómetro en el sobaco, y me quedé mirando el reloj. Luego miré el termómetro.

—¿Cuánto marca? —preguntó Scott mientras yo examinaba el instrumento.

—Exactamente lo mismo.

—¿Y tú cómo te encuentras?

—Espléndidamente —dije.

Intenté recordar si treinta y siete con seis era realmente la temperatura normal. No es que tuviera ninguna importancia, porque el termómetro, inmutable, se mantenía en treinta grados.

Scott se mostraba un poco suspicaz, de modo que le pregunté si quería que hiciéramos otra comprobación.

—No —dijo—. Es una suerte que me haya curado tan rápidamente. Siempre tuve gran capacidad de recuperación.

—Ahora estás bien —dije—. Pero me sentiré más tranquilo si te quedas en la cama y cenas ligero, y mañana saldremos temprano.

Mi plan era comprar impermeables por la mañana, pero para eso tenía que pedirle dinero a Scott, y no tenía ganas de enredarme en una discusión en aquel momento.

Pero Scott no quiso quedarse en la cama. Quería levantarse y vestirse y bajar a llamar a Zelda para tranquilizarla.

—¿Qué razón tiene para no estar tranquila?

—Es la primera noche que pasamos separados desde que nos casamos, y tengo que hablarle. ¿No eres capaz de comprender la importancia que esto tiene para los dos?

Yo era muy capaz, pero no era capaz de comprender cómo pudieron dormir juntos la noche anterior. De todos modos, no era cosa que me correspondiera discutir. Scott bebió puro el whisky que no le puse en la limonada, de un gran trago, y me dijo que pidiera otro whisky. Busqué al camarero y le devolví el termómetro, y le pregunté cómo estaban nuestras ropas. Dijo que suponía estarían secas al cabo de una hora.

—Haga que el criado las planche, y así se secarán. No importa que queden algo húmedas.

El camarero nos trajo dos whiskies para que nos libráramos del resfriado, y bebí el mío despacio y aconsejé a Scott que hiciera lo mismo. Me preocupaba en serio que pudiera pillar un resfriado, porque vi que si llegaba a tanto habría que ingresarle en una clínica. Pero la bebida le hizo sentirse maravillosamente por un tiempo, y estuvo

muy feliz desarrollando las trágicas sugerencias implícitas en el hecho de que aquella era la primera noche de separación entre él y Zelda, desde el día en que se casaron. Finalmente, no pudo esperar más tiempo a llamarla, y se puso la bata y bajó a telefonar.

Volvió porque había mucha demora para la conferencia, y a poco entró el camarero con otro par de whiskies dobles. Nunca hasta entonces le vi a Scott beber tanto, pero no le hizo ningún efecto salvo el de volverle más animado y hablador, y se puso a contarme su vida con Zelda. Dijo que la había conocido durante la guerra, y que luego la perdió y la reconquistó, y me contó cómo llegaron a casarse, y algo trágico que les había ocurrido en Saint-Raphaël, hacía más o menos un año. Aquella primera versión que entonces me contó del enamoramiento de Zelda y un aviador de la marina francesa era un relato verdaderamente triste, y me parece que era un relato verídico. Luego me contó otras varias versiones del hecho, como si lo estuviera ensayando para meterlo en una novela, pero ninguna versión era tan triste como aquella primera, y yo siempre creí aquella, aunque la verídica podía ser cualquiera de las otras. Cada versión estaba mejor contada que la anterior, pero ninguna resultaba tan entristecedora como la primera.

Scott sabía hablar y contar un relato. Hablando no tenía problemas de ortografía ni de puntuación, y no daba la impresión de analfabetismo que daban sus cartas tal como él las escribía. Fuimos amigos durante dos años antes de que aprendiera a ortografiar mi nombre; pero después de todo es un nombre largo de ortografía difícil, y posiblemente la ortografía se hacía más difícil a medida que pasaba el tiempo, y aprecié mucho el que Scott llegara por fin a ortografiar el nombre correctamente. También aprendió a ortografiar cosas más importantes, y procuró pensar acertadamente sobre muchas más.

Aquella noche, de todos modos, lo único que quería que yo conociera y comprendiera y apreciara era lo ocurrido en Saint-Raphaël, y yo le seguí tan bien que me parecía ver el pequeño hidroavión monoplaza y oír su zumbido, y ver la palanca de saltos y el color del mar y la forma de los muelles de madera y la sombra que proyectaban, y ver el bronceado de Zelda y el bronceado de Scott y el rubio claro y el rubio oscuro de su pelo, y la tez oscura del muchacho que estaba enamorado de Zelda. Pero no me atreví a formular la pregunta que me inquietaba, a saber, que si aquello era verdad y todo había sucedido de aquel modo, ¿cómo podía ser que Scott durmiera todas las noches en una misma cama con Zelda? Pero tal vez era eso lo que daba al relato aquella calidad más triste que la de otro relato, y después de todo tal vez Scott no se acordaba, como tampoco se acordaba de la noche precedente.

Nuestras ropas llegaron antes que la conferencia telefónica, y nos vestimos y bajamos a cenar. Scott trastabillaba ya un poco, y miraba a las gentes de reojo con cierta agresividad. Comimos caracoles muy buenos con una jarra de Fleury como

inicio de la cena, y cuando estábamos a la mitad del plato y del vino llegó la conferencia. Scott desapareció por una hora y terminé comiéndome sus caracoles, rebañando la salsa de mantequilla y ajo y perejil con migas de pan, y apuré la jarra del Fleury. Cuando volvió le dije que pediría para él otra ración de caracoles, pero no la quiso. Quería un plato sencillo. No le atrajo un *steak*, ni tampoco hígado ni jamón, ni tampoco una tortilla. Quería pollo. A mediodía habíamos comido muy buen pollo frío, pero estábamos todavía en la región famosa por sus pollos, de modo que nos hicimos servir *poularde de Bresse* con una botella de Montagny, un ligero y simpático vino del país. Scott comió muy poco y apenas sorbió una copa de vino. Perdió el conocimiento allí a la mesa, con la cabeza apoyada en las manos. Fue una cosa auténtica y sin comedia, e incluso me pareció que procuraba no verter vasos ni romper nada. Entre el camarero y yo le subimos al cuarto, y le acosté en la cama y le desvestí hasta dejarle en ropa interior, colgué en la percha su traje, y le cubrí con las mantas. Abrí la ventana y vi que hacía buen tiempo, y dejé abierto.

Bajé al comedor a terminar mi cena, y reflexioné sobre el caso de Scott. Era evidente que no podía beber nada, y que yo no había velado bien por él. Cualquier cosa que bebiera parecía estimularle en exceso y luego envenenarle, y pensé que al día siguiente reduciría la bebida al mínimo. Le diría que estábamos de vuelta a París, y que yo necesitaba ponerme en forma para escribir. No era verdad. Para ponerme en forma me bastaba no beber ni después de la cena ni antes de escribir ni mientras escribía. Subí a mi cuarto y abrí todas las ventanas y me dormí en cuanto me metí en la cama.

Al día siguiente hizo un tiempo hermoso, y nos encaminamos a París atravesando la Côte-d'Or con su aire recién limpio y con las lomas y los campos y los viñedos frescos y nuevos, y Scott estaba muy alegre y feliz y rebosando salud, y me contó los argumentos de todas y cada una de las novelas de Michael Arlen. Dijo que a Michael Arlen no había que perderle de vista, y que podíamos aprender mucho de él. Yo dije que no me sentía con fuerzas para leer aquellos libros. Scott dijo que no hacía falta. Él me contaría los argumentos y me retrataría los personajes. Y me sirvió una especie de exposición oral de una tesis de doctorado sobre Michael Arlen.

Le pregunté si la víspera había tenido buena comunicación telefónica con Zelda y me contestó que no era mala, y que hablaron de muchísimas cosas. Con el almuerzo pedí una botella del vino más ligero que pude encontrar, y le dije a Scott que me haría un señalado favor si me impedía pedir otra, porque yo ya estaba en plan de vuelta al trabajo y en ningún caso debía beber más de media botella. Cooperó a las mil maravillas, y cuando me vio lanzar ojeadas nerviosas a la botella que se terminaba, me cedió lo que le tocaba a él.

Cuando le dejé en su casa y volví en taxi a la serrería, me pareció maravilloso ver de nuevo a mi mujer, y nos fuimos a tomar una copa a la Closerie des Lilas.

Estábamos contentos como niños a los que han separado y que logran reunirse, y le conté el viaje.

—¿Pero nunca te divertiste ni aprendiste nada útil, Tatie?—preguntó mi mujer.

—Pude aprender mucho sobre Michael Arlen, si hubiera escuchado, y he aprendido cosas que todavía no tengo puestas en perspectiva.

—¿Es Scott feliz alguna vez?

—Acaso.

—Pobre hombre.

—Aprendí una cosa.

—¿Cuál?

—Nunca salgas de viaje con una persona que no amas.

—Estupendo.

—Sí. Y nos marchamos a España.

—Sí. Y faltan menos de seis semanas. Y este año no permitiremos que nadie nos estropee el viaje, ¿verdad?

—No. Y después de Pamplona nos iremos a Madrid y Valencia.

Ella ronroneó como un gato.

—Pobre Scott —dije.

—Pobre todo el mundo —dijo Hadley—. Ricos los gatos que no tienen dinero.

—Tenemos mucha suerte.

—Hay que ser bueno y conservarla.

Para tocar madera golpeamos los dos en la mesa, y el camarero vino a preguntar qué queríamos. Pero lo que queríamos no podía dárnoslo ni él ni nadie, ni aparecía golpeando en mesas de madera o en veladores de mármol, que es lo que aquello era en realidad. Pero no lo sabíamos entonces, y nos sentíamos muy felices.

Uno o dos días más tarde trajo Scott su libro. Tenía una sobrecubierta chillona, y recuerdo que me avergonzaron la vulgaridad, el mal gusto y el bajo reclamo de aquella presentación. Parecía la sobrecubierta para un mal libro de *science-fiction*. Scott me dijo que no me fijara en la sobrecubierta, que el motivo del dibujo era un anuncio que había junto a una carretera en Long Island y que tenía importancia en el relato. Dijo que al principio le gustó aquella sobrecubierta, pero que luego dejó de gustarle. Yo la retiré para leer el libro.

Cuando terminé de leerlo, comprendí que hiciera Scott lo que hiciera, por muy mal que se portara, yo tenía que considerar que era como una enfermedad, y ayudarle en todo lo que pudiera y procurar ser buen amigo suyo. Scott tenía muchísimos buenísimos amigos, más que nadie que yo conociera. Pero me alisté como uno más, tanto si podía serle útil como si no. Si era capaz de escribir un libro tan bueno como *The Great Gatsby*, no cabía duda de que sería capaz de escribir otro todavía mejor. Entonces yo no conocía todavía a Zelda, y por consiguiente no tenía idea de las

terribles desventajas con que luchaba Scott. Pero pronto íbamos a descubrirlas.

Los gavilanes no comparten nada

Scott Fitzgerald nos invitó a almorzar, con su esposa Zelda y con su niña, en su piso de la rué de Tilsitt. No recuerdo gran cosa del piso, excepto que estaba mal iluminado y mal aireado, y que en él no había nada que pareciera pertenecer a los Fitzgerald, excepto la colección de los primeros libros de Scott encuadernados en piel azul celeste, con los títulos en oro. También nos mostró Scott un enorme libro de contabilidad, con la lista de todos los cuentos que había publicado, año tras año, y la indicación de lo que le habían pagado por cada cuento, más los derechos de adaptación cinematográfica, y las cifras de venta y los derechos cobrados por todos sus libros. Todo estaba anotado con tanto cuidado como el cuaderno de bitácora de un navio, y Scott nos lo enseñó con una especie de orgullo impersonal, como si fuera un conservador de museo. Scott estaba nervioso y hospitalario, y al mostrarnos la contabilidad de sus ganancias parecía nos señalar el panorama que se abría desde su finca. No se abría ningún panorama.

Zelda tenía una resaca de espanto. Habían estado en Montmartre la noche antes, y se habían peleado porque Scott no quería emborracharse. Me dijo que se había resuelto a trabajar de verdad y a no beber, y Zelda le trataba como a un aguafiestas o a un mala sombra. Ésos fueron los términos que ella empleó ante nosotros, y hubo recriminaciones, y Zelda se ponía pelma insistiendo:

—No es verdad. No hice eso. Que no es verdad, Scott. Al cabo de un momento, parecía que se acordaba de algo divertido y se echaba a reír alegremente, sin explicación.

Aquel día no estaba Zelda todo lo guapa que debiera. Su hermoso pelo rubio oscuro quedó estropeado por un tiempo a causa de una mala permanente que le hicieron en Lyon, y miraba cansadamente y tenía las facciones crispadas y ajadas.

Estuvo ceremoniosamente amable con Hadley y conmigo, pero una gran porción de su persona parecía estar ausente y encontrarse todavía en la juerga de la que había regresado aquella madrugada. Tanto ella como Scott parecían creer que Scott y yo nos lo habíamos pasado divinamente en el viaje desde Lyon y estaba celosa. «Vosotros dos os vais y os lo pasáis muy bien juntos. Lo justo sería que yo también me divirtiera con nuestros amigos, aquí, en París», le dijo a Scott. Scott se había puesto la máscara y asumido el papel de anfitrión perfecto. Comimos un almuerzo muy malo, que el vino alegró un poco, pero no mucho. La niña era rubia, gordinflona, bien formada y rebosante de salud, y hablaba inglés con el acento plebeyo de Londres. Scott explicó que le habían puesto a la niña un ama inglesa porque él quería que cuando fuera mayor hablara como Lady Diana Manners.

Zelda tenía ojos de gavilán y labios estrechos, y modales y acento de algún Estado del Sur. Observando su cara, uno veía cómo su espíritu abandonaba la mesa y

escapaba a la juerga de la víspera, y luego volvía Zelda con ojos impenetrables como los de un gato, pero los ojos se llenaban de contento al cabo de un instante, y el contento recorría la línea fina de sus labios y se desvanecía. Scott seguía encarnando el buen anfitrión jovial, y Zelda le miraba, y una sonrisa feliz asomaba a sus ojos, y también a sus labios, a medida que Scott iba dándole al vino. Algún tiempo después, llegué a conocer muy bien aquella sonrisa. Significaba que Zelda se daba cuenta de que Scott no estaba ya en condiciones de escribir.

Zelda estaba celosa del trabajo de Scott, y cuando llegamos a conocerles bien nos dimos cuenta de que la situación se ajustaba a un esquema regularmente repetido. Scott tomaba la resolución de no embarcarse para las juergas de borrachera que iban a durar toda la noche, y de hacer cada día un poco de ejercicio y trabajar con regularidad. Se ponía a trabajar, y en cuanto se había calentado y el trabajo marchaba bien, allí estaba Zelda quejándose de lo mucho que se aburría, y arrastrándole a otra borrachera. Se peleaban y luego hacían las paces, y él sudaba su alcohol en largas caminatas conmigo, y resolvía que aquella vez sí que se ponía a trabajar de veras, y, en efecto, se ponía y el trabajo se le daba bien. Y vuelta a empezar.

Scott estaba muy enamorado de Zelda, y muy celoso. Muchas veces, en nuestras caminatas, me contó aquello de cuando ella se enamoró de un piloto aviador de la marina francesa. Pero desde entonces no le había dado ningún serio motivo de celos, con ningún otro hombre. En aquella primavera, le daba motivos de celos con otras mujeres, y cuando iban a una de aquellas juergas de Montmartre él estaba muerto de miedo a perder su conocimiento o a que se perdiera el de ella. Al principio, perder el conocimiento de resultas de la bebida había sido la gran defensa de ambos. Se quedaban dormidos con sólo beber una cantidad de licor o de champaña que poco efecto le hubiera hecho a un bebedor acostumbrado, y cuando se quedaban dormidos dormían como niños. Les he visto perder el conocimiento, no como si estuvieran borrachos sino como si les hubieran anestesiado, y entonces sus amigos, o a veces un chófer de taxi, les metían en la cama, y al despertarse estaban frescos y alegres, ya que no habían tomado bastante alcohol para que pudiera enfermarles antes de dormirles.

Pero en el momento de que estoy hablando, ya habían perdido aquella defensa natural. Entonces Zelda aguantaba más bebida que Scott, pero Scott temía que ella perdiera el conocimiento entre las gentes que frecuentaban aquella primavera, y en los lugares a que iban. A Scott no le gustaban ni las gentes ni los lugares, y para soportar a gentes y lugares tenía que beber más de lo que podía aguantar sin perder el dominio de sí mismo, y luego tenía que seguir bebiendo para mantenerse despierto a partir del momento en que ordinariamente se hubiera tumbado. Total, que pocos intervalos de trabajo le quedaban.

Continuamente intentaba trabajar. Cada día probaba y fracasaba. Echaba la culpa

a París, la ciudad mejor organizada para que un escritor escriba, y continuamente pensaba en encontrar algún buen lugar donde él y Zelda podrían volver a ser felices juntos. Pensaba en la Riviera, tal como era antes de que lo hubieran urbanizado todo, con las maravillosas anchuras de mar azul y las playas de arena y las anchuras de bosques de pinos y los montes del Esterel que alcanzaban el borde del mar. Recordaba la región tal como era cuando él la descubrió con Zelda, antes de que todo el mundo fuera allí de veraneo.

Scott me habló de la Riviera y me dijo que mi mujer y yo debíamos ir allí el verano siguiente, y que si íbamos él nos encontraría una casa que no fuera cara, y los dos trabajaríamos como negros todo el día, pero nos bañaríamos y tomaríamos el sol y nos pondríamos bronceados, y no íbamos a beber más que un solo aperitivo antes del almuerzo y uno solo antes de la cena. Zelda sería feliz allí, decía él. Le gustaba nadar y se zambullía como una campeona, y cuando aquel modo de vida la hacía feliz sólo deseaba que él trabajara, y todo iba a marchar como un modelo de disciplina. Él y Zelda y la niña iban a pasar el verano en la Riviera.

Yo trataba de convencerle de que escribiera sus cuentos tan bien como supiera, y de que no hiciera truquitos para acomodarlos a una fórmula, según el mismo me había explicado que hacía.

—Has escrito una buena novela —le decía yo—. Y ahora no debes escribir basura.

—La novela no se vende —contestaba—. Tengo que escribir cuentos, y tienen que ser cuentos de éxito para las revistas.

—Escribe el mejor cuento que puedas, y escríbelo tan bien como sepas.

—Ya lo haré —decía.

Pero según iban las cosas, suerte tenía si podía escribir de cualquier manera. No es que Zelda hiciera nada por atraer a las gentes que la rondaban, y no había peligro de que se liara, a lo que ella decía. Pero la divertían y Scott se ponía celoso y tenía que acompañarla a todas partes. Aquello hacía polvo su trabajo, y ella también tenía sus celos, y precisamente del trabajo de Scott más que de nada.

Por todo aquel fin de primavera y principio de verano, Scott hizo lo que pudo por trabajar, pero sólo lo logró en breves arranques. Cuando nos encontrábamos estaba siempre alegre, a veces desesperadamente alegre, y bromeaba con gracia y era un buen compañero. Cuando pasaba algún mal rato, yo escuchaba sus lamentaciones y probaba de hacerle comprender que si no se dejaba extraviar lejos de lo que él era realmente, podría escribir como él sabía, y de que sólo la muerte es irrevocable. Por entonces todavía era capaz de tomarse el pelo a sí mismo, y yo pensaba que mientras le quedara esa capacidad no corría peligro. En medio de todo aquello, escribió un cuento bueno, «The Rich Boy», y yo estaba seguro de que era capaz de escribir incluso mejor, como, en efecto, hizo años más tarde.

Nosotros pasamos el verano en España, donde empecé una novela, y terminé el borrador tras la vuelta a París, en septiembre. Scott y Zelda estuvieron en el Cap d'Antibes, y cuando en otoño volví a verle en París, él estaba muy cambiado. La Riviera no había servido para apartarle del alcohol, y entonces andaba borracho de día y no sólo de noche. Le importaba un bledo que los demás estuvieran trabajando, y se nos presentaba en el 113 de la rué Notre-Dame-des-Champs, borracho, a cualquier hora del día o de la noche. Se había acostumbrado a tratar con mucha grosería a sus inferiores o a cualquier persona que él considerara como inferior.

Un día cruzó la puerta de la serrería con su hija, porque el ama inglesa tenía fiesta y él se ocupaba de la pequeña. Al llegar al pie de la escalera, la niña dijo que quería ir al retrete. Scott empezó a desvestirla, y entonces el propietario, que vivía en la planta baja, asomó y le dijo:

—Señor, hay una *cabinet de toilette* frente a usted, a la izquierda de la escalera.

—Sí, y allí voy a meterle a usted de cabeza, si sigue chillando —le dijo Scott.

Fue difícil aguantarle durante todo aquel otoño, pero en los ratos en que no estaba borracho logró empezar una novela. Pocas veces le vi sin que estuviera borracho, pero en aquellas pocas veces estuvo siempre simpático, y bromeaba, y a veces incluso bromeaba sobre sí mismo. Pero cuando se emborrachaba iba casi siempre en mi busca y, dentro de su borrachera, estorbar mi trabajo le daba casi tanto placer como a Zelda le daba estorbar el suyo. La cosa se prolongó durante años pero, durante años también, no tuve ningún amigo tan leal como Scott cuando no estaba borracho.

En aquel otoño de 1925, le dolió que yo no le dejara leer el primer manuscrito de mi novela, *The Sun Also Rises**. ⁴ Le expliqué que la intención de la obra no se veía todavía, que tenía que revisarla y volver a escribirla, y que en tanto no lo hubiera hecho no quería comentarla con nadie, ni que nadie la viera. Me fui con mi mujer a Schruns, en el Vorarlberg de Austria, en cuanto cayó allí la primera nevada.

Allí volví a redactar la primera mitad de mi manuscrito, y si no recuerdo mal la terminé en enero. Me la llevé a Nueva York y se la entregué a Max Perkins, de la editorial Scribner's, y volví a Schruns y acabé de revisar el libro. Cuando Scott lo leyó, el manuscrito definitivo, una vez hechas todas las correcciones y supresiones, había sido ya remitido a Scribner's: esto ocurrió a fines de abril. Recuerdo que bromeamos sobre la cosa, y que él estaba preocupado y deseoso de ayudarme, como lo estaba siempre cada vez que yo terminaba algo. Pero yo no quería que me ayudara mientras todavía tenía el libro a medio hacer.

En tanto que nosotros estábamos en el Vorarlberg y mi novela se terminaba, Scott, con su mujer y su hija, dejó París y marchó a una estación balnearia del bajo Pirineo. Zelda había estado enferma, con la conocida dolencia intestinal que da el beber demasiado champán, y a la que entonces se aplicaba el diagnóstico de colitis. Scott no se emborrachaba, y empezaba a trabajar, y quería que en junio fuéramos a

reunimos con ellos en Juan-les-Pins*. ⁴ Nos encontrarían un chalet de alquiler barato, y esa vez sí que no se pondría a beber, y volvería a ser todo como en mejores tiempos, y nadaríamos y nos pondríamos fuertes y bronceados, y tomaríamos un solo aperitivo antes del almuerzo y otro antes de la cena. Zelda estaba ya buena, y los dos eran felices, y la novela marchaba bien. Scott recibía dinero de una adaptación teatral del *Great Gatsby* que tenía mucho éxito y un productor iba a comprar los derechos para el cine y no tenía ningún apuro. Zelda era una chica estupenda, y todo iba a funcionar como un modelo de disciplina.

En mayo estuve solo en Madrid, para trabajar, y a la vuelta hice el recorrido en tren de Bayona hasta San Juan en tercera y muerto de hambre, porque bobamente eché mal mis cuentas y se me acabó el dinero, y no pude comer nada después de Hendaya, al entrar en Francia. El chalet que nos habían alquilado estaba muy bien, y Scott tenía una casa muy hermosa no muy lejos, y me alegró mucho reunirme con mi mujer que cuidaba del chalet estupendamente, y me alegró mucho reunirme con los amigos, y el único aperitivo de antes del almuerzo estaba muy bueno, y bebimos varios más. Aquella noche nos dieron una fiesta de bienvenida en el Casino, cosa de nada, una fiesta íntima con sólo los MacLeish, los Murphy, los Fitzgerald, y nosotros los del chalet. Nadie bebió ninguna bebida más fuerte que el champán, y todo el mundo estuvo muy alegre, y evidentemente era el lugar ideal para escribir. Íbamos a disponer de todo lo que un hombre necesita para escribir, excepto de soledad.

Zelda estaba hermosísima, y su bronce tenía un encantador tono dorado y el pelo era de un bello oro oscuro, y se mostró muy cordial. Sus ojos de gavián estaban claros y serenos. Sentí que todo andaba bien y que al fin todo iba a tomar buen cariz, y entonces ella se inclinó hacia mí y, con mucha reserva, me comunicó su gran secreto:

—Dime, Ernest, ¿tú no piensas que Al Jolson es más grande que Jesús?

Entonces nadie le dio importancia a la cosa. No era más que el secreto de Zelda, y lo compartió conmigo, como un gavián que compartiera algo con un hombre. Pero los gavianes no comparten nada. Scott no escribió nada más que valiera nada, hasta que a ella la encerraron en un manicomio, y Scott supo que lo de su mujer era locura.

Una cuestión de tamaño

Mucho después, cuando Zelda sufría por primera vez lo que entonces se designaba con el nombre de depresión nerviosa, Scott y yo coincidimos en París, y él me invitó a almorzar en el restaurante Michaud, en la esquina de la rué Jacob y de la rué des Saints-Pères. Dijo que quería consultarme algo muy importante, algo que para él contaba más que nada en el mundo, y me pedía le contestara la pura verdad. Le prometí hacer lo que pudiera. Siempre que él me exigía la pura verdad, cosa en todo caso difícil de alcanzar, y yo procuraba decírsela, lo que yo le decía le ponía furioso, aunque muchas veces no se ponía furioso en seguida, sino más tarde, y a veces mucho más tarde, después de cavilar sobre el asunto. Mis palabras se convertían en algo que había que destruir, y a veces, a ser posible, había que destruirme a mí de paso.

Con el almuerzo bebió vino, pero no le afectó, y no llegó ya bebido, como preparación para la entrevista. Hablamos de nuestro trabajo y de los amigos y me pidió noticias de gentes a quienes no veía desde hacía tiempo. Comprendí que estaba escribiendo algo bueno y que por varias razones el trabajo no le resultaba fácil, pero que no era ése el asunto de su consulta. Esperé a que asomara la cuestión sobre la cual yo debía pronunciar la pura verdad, pero no lo descubrió hasta el fin de la comida, como si fuera un almuerzo de negocios.

Por fin, mientras comíamos la tarta de cerezas y terminábamos la última jarra de vino, me dijo:

—Ya sabes que nunca me he acostado con ninguna mujer, salvo con Zelda.

—No, no lo sabía.

—Creía habértelo dicho.

—No. Me has dicho muchas cosas, pero no esto.

—Bueno, quiero consultarte sobre esto.

—Venga.

—Zelda me dijo que con mi conformación nunca podré dejar satisfecha a ninguna mujer, y que por esto tuvo ella su primer trauma. Dijo que es una cuestión de tamaño. Me destrozó, y quiero saber la verdad.

—Vamos al despacho.

—¿Qué despacho?

—El retrete, hombre.

Volvimos a la sala del restaurante y nos sentamos otra vez a la mesa.

—No hay problema —dije—. Estás perfectamente conformado. No tienes ningún defecto. Tú te miras de arriba y te ves en escorzo. Da una vuelta por el Louvre y fíjate en las estatuas, y luego vete a casa y mírate de lado en el espejo.

—Tal vez esas estatuas no sean exactas.

—No están mal. Mucha gente se contentaría con menos.

—¿Pero por qué lo dijo?

—Por declararte en quiebra. Es el más viejo procedimiento que la humanidad ha inventado para declarar en quiebra a un hombre. Mira, Scott, me pediste la verdad, y podría decirte muchas cosas más, pero lo que te digo es la pura verdad y es cuanto necesitas saber. Podías consultar a un médico.

—No quería. Quería que tú me dijeras la verdad.

—¿Y ahora no me crees?

—No sé —dijo.

—Vamos al Louvre —le dije—. Está enfrente, sólo tenemos que cruzar el puente.

Fuimos al Louvre y miró las estatuas, pero le quedaban dudas respecto a sí mismo.

—Lo que cuenta no es el tamaño en reposo —le expliqué—. La cuestión es el tamaño que adquiere. También es una cuestión de ángulo.

Le expliqué el modo de utilizar una almohada, y unas cuantas cosas más que tal vez le resultara útil saber.

—Hay una chica —dijo— que parece sentir cariño por mí. Pero después de lo que Zelda me dijo...

—Olvídate de todo lo que Zelda te dijera —repuse—. Zelda está loca. No tienes ningún defecto. Puedes tener confianza, y le darás a la chica todo lo que te pida. Lo único que Zelda quiere es destrozarte.

—Tú no conoces a Zelda.

—Bueno —dije—. Dejémoslo. Pero me invitaste a almorzar para hacerme una pregunta, y he procurado contestarte con sinceridad.

Todavía le quedaban dudas.

—¿Quieres que vayamos a mirar algún cuadro? —propuse—. ¿Entraste alguna vez aquí a ver algo que no fuera *La Gioconda*?

—No estoy de humor para cuadros —dijo—. Tengo una cita en el bar del Ritz.

Muchos años después, en el bar del Ritz, mucho después de la segunda guerra mundial, Georges, que ahora es el jefe del bar y que era un botones cuando Scott vivía en París, me preguntó:

—Papa, ¿quién era ese *Monsieur Fitzgerald* sobre quien todo el mundo me pregunta?

—¿No le conociste?

—No. Recuerdo a toda la gente de aquel tiempo. Pero ahora sólo me preguntan sobre ese señor.

—¿Y qué les dices?

—Cualquier cosa interesante, que les guste. Lo que desean oír. Pero dígame, ¿quién era?

—Fue un escritor americano, que después de la otra guerra vivió algún tiempo en París y en el extranjero.

—¿Pero cómo es que no lo recuerdo? ¿Era un buen escritor?

—Escribió dos libros muy buenos, y dejó sin terminar otro que según los entendidos hubiera sido el mejor. También escribió algunos buenos cuentos cortos.

—¿Venía mucho por el bar?

—Me parece que sí.

—Pero usted no venía por el bar, recién terminada la otra guerra. Me han dicho que entonces era usted pobre y vivía en un barrio apartado.

—Cuando tenía dinero iba al Crillon.

—También lo sé. Me acuerdo muy bien de la vez que le conocí.

—Yo también.

—Es raro que no me acuerde de aquel señor —dijo Georges.

—Toda la gente de entonces está muerta.

—Pero uno no se olvida de una persona porque esté muerta, y todo el mundo me pregunta sobre él. Dígame usted algo de él, para ponerlo en mis memorias.

—Bueno.

—Me acuerdo de una noche en que usted vino con el barón von Blixen... ¿En qué año sería? —dijo sonriendo.

—El barón está muerto también.

—Sí. Pero uno no le olvida. ¿Me comprende?

—Su primera esposa escribía muy bien —dije—. Escribió tal vez el mejor libro sobre África que he leído. Claro que sin contar el libro de Sir Ernest Baker, el que trata de *Los afluentes abisinios del Nilo*. Ponlo en tus memorias, ya que ahora te interesan los escritores.

—Gracias —dijo Georges—. El barón no era de las personas que se olvidan. ¿Y cómo se llama el libro?

—*Memorias de África* —dije—. Blickie estaba muy orgulloso de los libros de su esposa. Pero él y yo nos conocimos mucho antes de que ella escribiera ese libro.

—¿Y ese *Monsieur Fitzgerald* sobre quien me preguntan todos?

—Fue en los tiempos de Frank.

—Sí. Pero yo era el *chasseur*. Ya sabe usted cómo es un *chasseur*.

—Hablaré de él en un libro que voy a escribir, de recuerdos sobre los primeros tiempos en París. Me prometí a mí mismo que escribiría este libro.

—Buena idea —dijo Georges.

—Le presentaré exactamente tal como le recuerdo.

—Buena idea —dijo Georges—. Y así, si venía por aquí, le recordaré. Después de todo, uno no se olvida de la gente.

—¿Ni de los turistas?

—De éstos, sí, claro. ¿Pero no dijo usted que venía mucho por aquí?

—Era un lugar que le gustaba mucho.

—Usted le describe tal como le recuerda, y cuando yo lo lea, si venía por aquí le recordaré.

—Veremos —dije.

París no se acaba nunca

Cuando fuimos tres en vez de vivir los dos juntos y solos, el frío y el mal tiempo terminaron por echarnos de París en invierno. Viviendo solos, no había problema, una vez acostumbrados. Yo no tenía más que irme a escribir a un café, y podía trabajar toda la mañana consumiendo un café con leche, mientras los camareros limpiaban y barrían el café y la sala iba caldeándose. Mi mujer no tenía reparo en irse a estudiar el piano a un lugar frío, y poniéndose muchos jerseys iba entrando en calor a medidas que tocaba el piano, hasta que llegaba la hora de volver a casa y cuidar de Bumby. Pero no era buena cosa lo de llevarse un bebé al café en invierno, aunque fuera un bebé que nunca lloraba y se fijaba en lo que ocurría a su alrededor y no se aburría nunca. Entonces no se podían alquilar niñeras a horas, y Bumby tenía que quedarse encerrado en su alta cama con barrotes, y se quedaba tan contento en compañía de su gran gato cariñoso, llamado *F. Puss*. Ciertas personas decían que era peligroso dejar a un niño con un gato. Los más ignorantes y supersticiosos decían que el gato aspiraría el aliento del bebé y le dejaría seco. Otros, que el gato se tumbaría encima del niño y que el peso le ahogaría. Pero *F. Puss* se acostaba al lado del niño, en la alta jaula de la cama, y acechaba la puerta con sus grandes ojos amarillos, y no dejaba que nadie se acercara al niño cuando estábamos fuera y Marie, la *femme de ménage*, tenía que salir. No necesitábamos niñeras. *F. Puss* era la niñera.

Con todo, cuando uno es pobre, y realmente éramos pobres cuando dejé el periodismo a nuestra vuelta del Canadá y cuando no lograba colocar mis cuentos, un invierno en París resultaba demasiado para un bebé. Cuando tenía tres meses, Mr. Bumby había cruzado el Atlántico Norte en un barquito de la Cunard que hacía el trayecto en doce días, saliendo de Nueva York vía Halifax, en pleno mes de enero. No lloró en todo el viaje, y reía divertido cuando le cercábamos en una barricada para que no se cayera con la mala mar. Pero nuestro dichoso París era demasiado frío para él.

Nos fuimos a Schruns, en el Vorarlberg de Austria. Se atravesaba Suiza y se llegaba a la frontera austríaca en Feldkirch. El tren cruzaba por Liechtenstein y se detenía en Bludenz, de donde partía un ramal secundario que corría a lo largo de un río con guijarros y truchas, por un valle de cultivos y bosques, hasta llegar a Schruns, una soleada villa con mercado, que tenía serrerías y tiendas y posadas, y un buen hotel abierto todo el año, llamado el Taube, donde nos alojábamos.

Las habitaciones del Taube eran grandes y confortables, con grandes estufas, grandes ventanas, y grandes camas con buenas mantas y edredones de pluma. Las comidas eran sencillas y excelentes, y tanto el comedor como el bar entarimado con madera estaban bien caldeados y eran acogedores. El valle era ancho y abierto, de modo que había mucho sol. Entre los tres pagábamos de pensión alrededor de dos

dólares por día, y como el schilling austríaco iba bajando con la inflación, habitación y comida nos iban costando cada vez menos. No había inflación y miseria desesperadas como en Alemania. El schilling subía y bajaba, pero a la larga iba bajando.

No había ni telesquíes ni funicular desde Schruns, pero había senderos de leñadores y de pastores que, por distintos valles montañosos, subían hasta la alta montaña. Uno subía a pie con los esquís a cuestas, y a partir del momento en que la nieve se hacía demasiado profunda, se caminaba con los esquís puestos, envueltos en pieles de foca. En lo alto de cada valle montañoso se encontraban los grandes refugios del Club Alpino, destinados a los alpinistas veraniegos, y allí se podía dormir y uno dejaba dinero por el valor de la leña que consumía. A algunos refugios había que subir cargados con la leña, y cuando salíamos para una excursión larga por la alta montaña y los ventisqueros, alquilábamos mozos que nos ayudaran a cargar la leña y los víveres, y establecíamos una base. Los más famosos refugios destinados a bases de alta montaña eran la Lindauer Hütte, la Madlener Haus y la Wiesbadener Hütte.

Detrás del hotel Taube había una especie de pendiente de adiestramiento que bajaba entre huertos y prados, y había otra buena pendiente detrás del Tchgagguns, al otro lado del valle, donde había una hermosa posada con una excelente colección de cuernos de gamo colgados en la sala del bar. Precisamente a espaldas de la aldea de leñadores de Tchgagguns, puesta en el borde del valle, arrancaba la buena zona para esquiar e iba subiendo hasta en último término cruzar la sierra y cabalgando el Silvretta pasar a la región de los Klosters.

Schruns era un lugar sano para Bumby, que tenía una hermosa muchacha morena para cuidarle y llevarle de paseo y a tomar el sol en su trineo, mientras Hadley y yo teníamos todo un país nuevo que aprender, y todas las aldeas, y la gente de la ciudad era muy cordial. Nos apuntamos los dos en la escuela de esquí alpino que acababa de poner Herr Walther Lent, uno de los primeros campeones del esquí en alta montaña, que había sido socio de Hannes Schneider, el gran esquiador del Arlberg, en un negocio de ceras para esquí que abarcaba la escalada y todas las clases de nieve. El sistema de enseñanza de Walther Lent era de alejar a sus discípulos de las pendientes de adiestramiento en cuanto era posible, y llevarlos de excursión a la alta montaña. Esquiar no era entonces lo que es ahora, las fracturas en espiral no eran cosa corriente y conocida, y uno no podía romperse una pierna. No había patrullas que recogieran a un herido. Por otra parte, toda pendiente por la que uno bajaba, había que subirla antes a pie. Eso le dotaba a uno de piernas capaces de sostenerle en la bajada.

Walther Lent creía que toda la gracia del esquiar estaba en subir hasta la más alta zona de sierras, donde no se encontraba a nadie y la nieve era virgen, y luego pasar de una alta choza del Club Alpino a otra, por los puertos y ventisqueros de los Alpes. No

había que sujetarse el esquí, para no romperse una pierna. El esquí tenía que ser lo primero en ceder, en caso de caída. Lo que a él le gustaba de verdad era el esquiar en ventisqueros y sin cuerdas, pero para eso había que esperar a la primavera, cuando las grietas estuvieran suficientemente recubiertas.

A Hadley y a mí nos gustaba mucho esquiar, desde que lo intentamos por primera vez juntos en Suiza, y luego en Cortina d'Ampezzo, en las Dolomitas, cuando Bumby estaba a punto de nacer. El médico de Milán le había permitido a Hadley seguir esquizando, a condición de que le prometiera no caerse. Esto exigió una cuidadosa selección de los terrenos y de los trayectos, y un control absoluto de las acciones, pero ella tenía unas hermosas piernas de admirable robustez y un perfecto dominio de los esquís, y nunca se cayó. Todos sabíamos entonces distinguir las clases de nieve, y todo el mundo sabía correr en un hondo polvo de nieve.

Nos gustaba el Vorarlberg y nos gustaba Schruns. íbamos a fines de noviembre y nos quedábamos hasta que se acercaba la Pascua. Esquiábamos siempre, a pesar de que Schruns no estaba bastante alto para valer como estación de esquí salvo en inviernos de mucha nieve. Pero la escalada a pie era una diversión, y a nadie le asustaba en aquellos días. Uno echaba a andar con un ritmo fijo, muy por debajo de la mayor velocidad a que uno podía subir, y se subía con facilidad y con alegría y con orgullo por el peso de la mochila. La subida a la Madlener Haus tenía un trecho empinado muy duro. Pero a la segunda vez ya se subía más fácilmente, y al fin uno subía sin esfuerzo con un peso que doblaba el del primer día.

Teníamos siempre apetito, y cada comida era un acontecimiento. Bebíamos cerveza rubia o negra, y vinos del año, y de vez en cuando vinos del año anterior. Los vinos blancos eran los mejores. En cuanto a otras bebidas, había un kirsch hecho en el valle, y un aguardiente destilado de la genciana que crecía en las montañas. A veces nos daban de cenar liebre que conservaban en jarras con una espesa salsa de vino tinto, y a veces caza mayor con compota de castañas. Con tales platos bebíamos vino tinto aunque era más caro que el blanco, y el mejor llegaba a costar veinte centavos el litro. El vino tinto ordinario era mucho más barato, y lo subíamos en garrafas hasta la Madlener Haus.

Sylvia Beach dejaba que nos lleváramos una provisión de libros para el invierno, y podíamos jugar a los bolos con gente de la villa, en el pasillo que salía al jardín de verano del hotel. Una vez o dos por semana se organizaba una partida de póquer en el comedor del hotel, con todos los postigos bien cerrados y la puerta con llave. Entonces los juegos de azar estaban prohibidos en Austria. Jugaba yo con Herr Nels, el dueño del hotel; con Herr Lent, el de la escuela de esquí; con un banquero local, y con el fiscal y el capitán de la Gendarmería. Se jugaba metódicamente y eran todos buenos jugadores, excepto Herr Lent que jugaba un poco alocado porque la escuela daba muy poco dinero. El capitán de la Gendarmería levantaba un dedo a la altura de

su oreja cuando oía que la pareja de gendarmes de ronda se paraba ante la puerta, y nos quedábamos callados hasta que se marchaban.

En cuanto amanecía, en el frío de la mañana, la criada entraba en la habitación y cerraba la ventana y encendía la gran estufa de porcelana. Luego se iba caldeando el cuarto, y llegaba un desayuno de deliciosas confituras de frutas con pan tierno o tostadas y grandes tazones de café, y huevos frescos y buen jamón si uno lo pedía. Había un perro llamado *Schnautz* que dormía al pie de la cama y era gran aficionado al esquí, y montaba en mi espalda o mi hombro cuando yo me lanzaba pendiente abajo. También era amigo de Mr. Bumby y se iba de paseo con el y con su niñera, caminando al lado del pequeño trineo.

Schruns era buen lugar para trabajar. Lo sé porque allí hice el trabajo de corrección más difícil que he hecho nunca, en el invierno de 1925 a 1926, cuando tuve que enfrentarme con el borrador de *The Sun Also Rises*, que me había salido en un sprint de seis semanas, y convertirlo en una novela. No me acuerdo de cuáles fueron los cuentos que escribí allí, pero sé que varios me salieron bien.

Me acuerdo de cómo la nieve crujía a nuestro paso cuando volvíamos de noche por la carretera de la ciudad, en el frío, cargados con los esquís y los palos, mirando las luces y luego viendo por fin las casas, y cuando nos cruzábamos con alguien en la carretera nos saludaba con un «*Grüss Gott*». La *Weinstube* estaba siempre llena de campesinos con botas claveteadas y ropas de montañero, y el aire se colmaba de humo y el pavimento de madera estaba rayado por los clavos. Muchos jóvenes habían servido en los regimientos alpinos de Austria, y yo y uno llamado Hans, que trabajaba en la serrería y era cazador famoso, nos hicimos amigos porque en la guerra habíamos estado en la misma zona del frente de montaña italiano. Bebíamos todos en compañía y cantábamos canciones montañeras.

Me acuerdo de las sendas que subían entre los huertos y los prados de las alquerías situadas a flanco de sierra, encima de la ciudad, y me acuerdo de las cálidas alquerías con sus grandes estufas y con las inmensas pilas de leña bajo la nieve. En las cocinas, las mujeres trabajaban cardando e hilando la lana para hacer un hilo negro y gris. Los tornos se hacían girar por medio de un pedal, y al hilo no se le teñía. Era una lana natural a la que no habían quitado la grasa, y las gorras y jerseys y largas bufandas que Hadley hizo con ella no se empapaban nunca con la nieve.

Un año por Navidades representaron una obra de Hans Sachs, que el maestro de escuela dirigió. Era una buena obra, y para el periódico de la provincia escribí una crítica de la representación, y el dueño del hotel me la puso en alemán. Otro año, un antiguo oficial de la Armada alemana, de cabeza rapada y cubierta de cicatrices, vino a dar una conferencia sobre la batalla de Jutlandia. Unas diapositivas mostraban los movimientos de las dos flotas de combate, y el oficial de la Armada usó un taco de billar como puntero para apuntar a la cobardía de Jellicoe, y a veces se ponía tan

colérico que la voz se le quebraba. El maestro de escuela tenía miedo de que una estocada del taco de billar atravesara la pantalla. Luego, el antiguo marino no lograba calmarse, y todo el mundo se sentía incómodo en la *Weinstube*. Sólo el fiscal y el banquero hicieron compañía al oficial, y bebieron los tres en una mesa aparte. Herr Lent, que era renano, se negó a asistir a la conferencia. Había en el hotel un matrimonio vienés que había venido a esquiar, pero no les gustaba la subida a la alta montaña, y luego pasaron a Zurs donde según oí decir murieron en una avalancha. El marido dijo que aquel conferenciante era típico de los cerdos que habían destrozado a Alemania y que volverían a destrozarla al cabo de veinte años. Su mujer le dijo en francés que se callara, que estamos en un lugar remoto y nunca sabes con qué gentes puedes encontrarte.

Eso fue el año en que tantos murieron en avalanchas. El primer desastre ocurrió en las sierras de nuestro valle, en Lech del Arlberg. Un grupo de alemanes proyectaba venir a esquiar con Herr Lent en las fiestas de Navidad. La nieve llegó tarde aquel año, y los montes y laderas estaban todavía calientes por el sol cuando cayó una enorme nevada. La nieve era profunda y en polvillo, y no se adhería al suelo. Eran las condiciones más peligrosas para esquiar, y Herr Lent telegrafió a los berlineses que no vinieran. Pero tenían entonces sus vacaciones, y eran ignorantes y no les daban miedo las avalanchas. Llegaron a Lech, y Herr Lent se negó a llevarles a esquiar. Uno de ellos le trató de cobarde, y dijo que saldrían solos. Por fin Herr Lent les guió a la ladera más segura que pudo encontrar. Cruzó él en primer lugar y los otros siguieron, y todo el monte se vino abajo de golpe, cubriéndoles como la oleada de una marea. Hubo que desenterrar a trece, y nueve de ellos estaban muertos. La escuela de esquí alpino no andaba próspera antes de aquello, y después fuimos nosotros casi los únicos alumnos. Estudiamos atentamente las avalanchas, sus distintos tipos, el modo de evitarlas y lo que había que hacer al encontrarse cogido en una. Casi todo el trabajo que hice aquel año lo hice cuando había avalanchas.

Lo peor que recuerdo de aquel invierno de las avalanchas es un hombre al que desenterraron. Se había acurrucado formando con los brazos un recinto ante su cara, según nos enseñaron a hacer, para que quedara un hueco con aire para respirar, cuando la nieve se levanta y le cubre a uno. Aquella avalancha fue grande y nos llevó mucho tiempo desenterrar a todas las víctimas, y aquel hombre fue el último que encontramos. Hacía poco tiempo que había muerto, y tenía la carne del cuello arrancada y se veían los tendones y el hueso. Había estado meneando la cabeza de un lado a otro, y la presión de la nieve le iba cortando. En aquella avalancha, bloques de nieve vieja y compacta debieron mezclarse con la ligera nieve reciente que se vino abajo. No pudimos determinar si el hombre había hecho aquello adrede o si había tenido una ofuscación. De todos modos el cura no quiso le enterraran en sagrado, ya que no había pruebas de que fuera católico.

Viviendo en Schruns, cuando queríamos subir hasta la Madlener Haus hacíamos primero el largo ascenso hasta una posada donde dormíamos antes del último trayecto. Era una vieja posada muy hermosa, y la madera de las paredes del comedor estaba sedosa por años de pulimento. También lo estaban la mesa y las sillas. Dormíamos muy juntos en la gran cama, bajo el edredón de pluma, con la ventana abierta y las estrellas muy próximas y muy brillantes. De madrugada, después de desayunar, nos cargábamos para el último ascenso y salíamos a la oscuridad, con las estrellas muy próximas y muy brillantes y con los esquís al hombro. Nos acompañaban mozos de cuerda, que llevaban unos esquís muy cortos y se cargaban con cargas pesadas. Entre nosotros competíamos por ver quién podía acarrear una carga mayor, pero no había modo de competir con los mozos de cuerda, unos campesinos achaparrados y taciturnos que sólo hablaban el dialecto de Montafon. Subían a paso seguido como caballos de carga, y al llegar a la cumbre, donde se encontraba la choza del Club Alpino en un rellano junto al ventisquero nevado, dejaban los paquetes arrimados a la pared de piedra del refugio, pedían más dinero del precio convenido, y una vez obtenido un acuerdo por regateo se ponían sus cortos esquís y se precipitaban pendiente abajo como gnomos.

Éramos amigos de una muchacha alemana que se venía a esquiar con nosotros. Era una estupenda esquiadora de alta montaña, menuda y bien formada, que era capaz de llevar una mochila tan pesada como la mía, y llevarla más tiempo.

—Estos mozos —dijo una vez— nos miran siempre como si previeran que nos van a bajar en forma de cadáver. Y siempre convienen el precio para la escalada, pero nunca dejan de pedir más.

En los inviernos en Schruns yo me dejaba crecer la barba como protección contra el sol que reverberaba en la nieve y me quemaba la piel de mala manera, y no me molestaba en hacerme cortar el pelo. Una tarde en que corríamos en esquís por las pistas de leñadores, Herr Lent me contó que los campesinos que me habían visto por las cercanías de Schruns me llamaban «el Cristo Negro». Dijo que algunos que frecuentaban la *Weinstube* me llamaban «el Cristo Negro que bebe kirsch». Pero para los campesinos de la parte alta del Montafon, entre los que alquilábamos los mozos de cuerda para subir a la Madlener Haus, éramos todos unos demonios forasteros, que subíamos a la alta montaña cuando la buena gente se encerraba en su casa. Que tuviéramos la cordura de subir antes del amanecer, para evitar pasar por los puntos de avalanchas cuando el sol los hacía peligrosos, no se nos tenía en cuenta. Demostraba sólo que éramos astutos como lo son todos los demonios forasteros.

Recuerdo el aroma de los pinos, y el dormir en montones de hojas de haya en las chozas de los leñadores, y el esquiar por los bosques siguiendo algún rastro de liebre o de zorro. En la alta montaña, más arriba de la zona arbolada, recuerdo que una vez seguí el rastro de un zorro hasta que llegué a verle, y observé cómo estaba quieto, con

la pata delantera y luego se acurrucaba con cautela y saltaba de pronto, y la alborotada albura de una perdiz blanca se alzaba de la nieve y se alejaba y coronaba el puerto.

Recuerdo todas las especies de nieve que el viento sabía elaborar, y sus formas de ser traidoras cuando uno esquiaba. Y las ventiscas cuando estábamos encerrados en la alta choza alpina, y el extraño mundo que de ellas resultaba, por el que teníamos que encontrar una ruta con tanta cautela como si estuviéramos en país nunca visto. Y era nunca visto, porque todo era nuevo y recién hecho. Y, finalmente, hacia la primavera, llegaba la gran bajada por un ventisquero, el descenso liso y recto, siempre recto si las piernas eran firmes, y los tobillos doblados, y nosotros corriendo tan agachados, y venciéndonos hacia la velocidad, zambulléndonos más y más en el callado silbido del polvillo vibrante. Era una cosa mejor que volar y que todo lo del mundo, y nos hacíamos capaces de cumplirla y gozarla gracias a las largas escaladas cargados con las mochilas pesadas. No podíamos pagar para que nos subieran ni tomar un billete hasta la cumbre. Y como para aquel fin trabajábamos todo el invierno, todo el invierno contribuía a hacerlo posible.

Lo malo es que durante el último invierno pasado en las montañas vino gente nueva a meterse muy adentro en nuestras vidas, y desde entonces nada siguió igual. El invierno anterior, el de las terribles avalanchas, pareció un feliz e inocente invierno de la infancia, en comparación con aquel invierno, un invierno de pesadilla que se disfrazaba como la mayor diversión nunca conocida, y con el verano asesino que iba a seguirle. Fue el año en que aparecieron los ricos.

Los ricos tienen una especie de pez piloto que les precede, y que a veces es algo sordo y a veces algo cegato, pero que anda siempre husmeando, afable y vacilante, antes de que lleguen. El pez piloto habla, y dice algo así como:

—Hombre, qué quieres que te diga. No, claro, en el fondo no. Pero yo les quiero. Les quiero a los dos. Sí, Hem, con toda sinceridad, te juro que les quiero a los dos. Comprendo tu punto de vista, pero yo les quiero, y un día te darás cuenta de que «ella» tiene un no sé qué, una calidad humana como raras veces se encuentra (a «ella» la menciona por su nombre de pila, y lo pronuncia con amor). Ya basta, Hem, no te pongas pelma y no quieras destruirlo todo. Les quiero de verdad. A los dos, te lo juro. A «él» (designado por el apodo que le daba su mamá cuando tenía tres años) le vas a tomar cariño en cuanto le conozcas bien. Yo les quiero mucho, te lo digo yo.

Y luego aparecen los ricos, y nada sigue igual que antes ni volverá a serlo nunca. El pez piloto se marcha, desde luego. Siempre está yendo a alguna parte o viniendo de alguna parte, y nunca se queda por mucho tiempo. Se mete en política o en teatro y luego se sale, igual que se mete en los países y luego se sale de ellos, y cuando es joven se mete en las vidas ajenas y se abre en ellas una salida. Nadie le pesca, ni le pescan los ricos. No hay modo de pescarle a él, y sólo a los que confían en él se les

apresa y se les mata. Tiene el insustituible adiestramiento temprano del hijo de tal, y un latente amor al dinero, inconfesado por mucho tiempo. Termina siendo rico él mismo, y cada dólar que gana le desplaza un grueso de dólar más a la derecha.

Los ricos le querían y confiaban en él porque era tímido, cómico, construido según un modelo clásico, e infalible en su actividad como pez piloto.

Cuando hay dos personas que se quieren y son felices y alegres, y una de ellas o las dos realizan una obra de auténtica calidad, la gente se siente atraída hacia la pareja de un modo tan fatal como los pájaros migratorios son atraídos de noche hacia un faro poderoso. Si aquellas dos personas estuvieran tan sólidamente construidas como un faro, el fenómeno causaría muy poco daño, excepto a los pájaros. Pero los que atraen a la gente de mundo por su felicidad y por su talento acostumbran a tener poca experiencia. No saben cómo escapar al avasallamiento y huir lejos. No siempre entienden la verdad de los ricos: los atractivos ricos, los encantadores, los que se dejan querer en seguida, los generosos, los comprensivos, los que no tienen defectos y dotan a cada día de una cualidad festiva, y que, cuando han pasado arrancando el alimento que necesitan, lo dejan todo más muerto que las raíces de una hierba hollada por los caballos de Atila.

Los ricos llegaban guiados por el pez piloto. Un año antes, no se hubieran acercado por nada del mundo. Entonces no había ninguna certidumbre. La obra que se hacía era igualmente buena y la felicidad era mayor, pero no se había publicado todavía ninguna novela, de modo que no había modo de estar seguro. ¿Por qué habían de hacerlo? Picasso sí que era un valor seguro, y lo era ya cuando ellos no sabían todavía lo que es un cuadro. También estaban seguros de otro pintor. Y de muchos otros. Pero aquel año estaban seguros también de mí, y les transmitió la consigna el pez piloto que mandaron a cerciorarse de que serían bien recibidos y de que yo no iba a cocear. El pez piloto era amigo nuestro, naturalmente.

En aquellos días yo confiaba en el pez piloto tanto como hubiera confiado en Instrucciones Náuticas del Almirantazgo Británico para las Costas Mediterráneas. Bajo el encanto aquellos ricos, me mostré tan confiado y tan estúpido como un perro perdiguero que quiere salir de paseo con cualquier hombre con una escopeta, o como un animal de circo que por fin cree haber encontrado a un domador que le aprecia por sí mismo y por mor de su alma inmortal. La idea de que todos los días debían ser festivos me pareció un descubrimiento maravilloso. Incluso di lecturas de los trozos ya listos de mi novela, que viene a ser lo más bajo en que puede caer un escritor, y mucho más peligroso para su carrera de escritor que, para un esquiador, el esquiar sin cuerda por los ventisqueros, antes de que las verdaderas nevadas de invierno hayan recubierto las brechas del hielo.

Me decían :

—Es una cosa grande, Ernest. Una cosa grande de verdad. Tú mismo no puedes

darte cuenta de lo grande que es.

Y yo meneaba el rabo de puro contento, y me zambullían en la charca de la vida convertida en fiesta, a ver si hacía la gracia de volver con algún hermoso pedazo de palo entre los dientes, en vez de pensar:

—Si a esos hijos de tal les gusta lo que he escrito, algo podrido debe de haber dentro.

Eso hubiera pensado yo si hubiera sido capaz de reaccionar como un verdadero profesional, aunque, si hubiera sido capaz de reaccionar como un verdadero profesional, nunca les hubiera leído la novela.

Antes de que llegaran los ricos a que me refiero, ya otros ricos nos habían contaminado, usando la más vieja artimaña que el mundo conoce. Consiste en lograr que una joven soltera se convierta por un tiempo en la mejor amiga de otra joven que está casada, que se ponga a convivir con la esposa y con el marido, y que, inconsciente e inocente e implacablemente, inicie una maniobra para casarse con el marido. Cuando el marido es un escritor ocupado en un trabajo arduo que le lleva mucho tiempo, y durante la mayor parte del día no puede hacer compañía ni dar apoyo a su mujer, el plan parece estar lleno de ventajas, hasta que se descubre cómo funciona el mecanismo. Al terminar su jornada de trabajo, el marido se encuentra a su alrededor con dos muchachas atractivas. Una es nueva y desconocida, y con un poco de mala suerte el marido se encuentra enamorado de ambas a la vez.

Entonces, en vez de los dos y su hijo, ahí tenemos a los tres. Al principio es divertido y estimulante, y sigue siéndolo por largo tiempo. Todas las verdaderas maldades nacen en estado de inocencia. Uno vive al día, y goza de lo que tiene y no se apura. Uno empieza a decir mentiras, y no quisiera decirlas, y empieza el desmoronamiento y cada día crece el peligro, pero uno va viviendo al día, como en la guerra.

Tuve que dejar Schruns e ir a Nueva York para ponerme de acuerdo con los editores. Una vez listo el asunto en Nueva York, volví a París con el propósito de tomar el primer tren que saliera de la Gare de l'Est para Austria. Pero la chica de quien me había enamorado estaba entonces en París, y no tomé el primer tren, ni tampoco el segundo ni el tercero.

Cuando al fin vi a mi mujer de pie junto a las vías, mientras el tren entraba en la estación entre grandes pilas de troncos, antes hubiera querido haberme muerto que haberme enamorado de otra. Ella sonreía, el sol daba en su hermosa cara morena por la nieve y el sol, y su cuerpo era hermoso, y centelleaba el sol en el oro rojizo de su pelo que era hermoso y había crecido cu desorden todo el invierno, y de pie a su lado estaba Mr. Bumby, rubio y corpulento y con sus mejillas rojas por el invierno, con el aspecto de un buen hijo del V orarlberg.

—Oh Tatie mío —dijo ella entre mis brazos—, qué suerte que estés de vuelta y

que le hayan salido tan bien los negocios con los editores. Te quiero tanto y te eché tanto de menos.

Yo la quería y no quería a nadie mas, y el tiempo que pasamos solos fue de mágica maravilla. Trabajé a gusto y juntos hicimos grandes excursiones, y me creí de nuevo invulnerable, y el otro asunto no volvió a empezar hasta que, a fines de la primavera, dejamos las sierras y volvimos a París.

Aquello fue el final de la primera parte de París. París no volvería nunca a ser igual, aunque seguía siendo París, y uno cambiaba a medida que cambiaba la ciudad. Nunca volvimos al Vorarlberg, ni tampoco volvieron los ricos.

París no se acaba nunca, y el recuerdo de cada persona que ha vivido allí es distinto del recuerdo de cualquier otra. Siempre hemos vuelto, estuviéramos donde estuviéramos, y sin importarnos lo trabajoso o lo fácil que fuera llegar allí. París siempre valía la pena, y uno recibía siempre algo a trueque de lo que allí dejaba. Yo he hablado de París según era en los primeros tiempos, cuando éramos muy pobres y muy felices.

Notas

* En *Torrentes de primavera* (N. del t) [↵](#)

* *Fiesta*, en la traducción castellana (N. del t) [↵](#)

* La ruta seguida por Ernest Hemingway para ir de Madrid a Juan-le-Pins, y la descripción de esta villa como una estación balnearia de los bajos Pirineos, son «más bien extravagantes», para decirlo en frase de Mr. Archibald MacLeish, quien sin embargo ha tenido la amabilidad de confirmarnos que los Hemingway y los Fitzgerald y otros amigos se reunieron en Juan-les-Pins en el verano de 1925, y de sugerirnos que tales incoherencias se deben al hecho de que el presente libro es, como el prólogo advierte, «una obra de ficción». (N. del t.) [↵](#)